SAGRADA BIBLIA

Éxodo

Libro completo

«YO SOY EL QUE SOY»

EDICIÓN DE ESTUDIO

Texto de Félix Torres Amat, con notas que se abren al tocar el número: palabras, contexto, fe y conexiones bíblicas. Con pausas para meditar y escribir.

Índice

Cómo usar esta edición 7

Antes de empezar 9

Veintidós palabras hebreas 15

El Éxodo en la liturgia 17

1 La opresión en Egipto 19

2 Nacimiento y huida de Moisés 26

3 La zarza ardiente 35

4 Las señales y el regreso a Egipto 44

5 Ladrillos sin paja 49

6 «Yo soy el Señor» 54

7 La vara y el río 60

8 Ranas, mosquitos y moscas 69

9 Peste, úlceras y granizo 75

10 Langostas y tinieblas 81

11 El anuncio de la última plaga 89

12 La Pascua y la salida de Egipto 93

13 Los primogénitos y la columna de fuego 105

14 El paso del mar 112

15 El cántico de Moisés..... 122
16 El maná 130
17 Agua de la roca y victoria sobre Amalec..... 139
18 Jetro visita a Moisés 143
19 La alianza en el Sinaí 148
20 Los diez mandamientos 157
21 Las leyes de la alianza 166
22 El forastero, la viuda y el huérfano 176
23 Justicia, fiestas y promesas..... 181
24 La sangre de la alianza 188
25 El arca, la mesa y el candelero 195
26 La tienda de la morada.....204
27 El altar y el atrio..... 212
28 Las vestiduras sagradas..... 217
29 La consagración de los sacerdotes.....229
30 El incienso, el rescate y el óleo santo 236
31 Los artistas y el sábado.....242
32 El becerro de oro 246
33 «Muéstrame tu gloria» 256
34 La alianza renovada.....263

35 Las ofrendas del pueblo 272
36 Más de lo necesario 278
37 El arca, la mesa y el candelero 283
38 El altar, el atrio y las cuentas 287
39 Las vestiduras sagradas 292
40 La gloria llena la morada 298

PARA PROFUNDIZAR

1 Israel en Egipto: lo que dice la historia 22
2 Moisés: profeta, legislador y figura de Cristo 31
3 El nombre de Dios: «Yo soy el que soy» 40
7 Las plagas: naturaleza, signo y juicio 65
10 El corazón endurecido del faraón 85
12 La Pascua judía y la Pascua cristiana 101
13 Los primogénitos: del rescate a la Presentación de Jesús 108
14 El éxodo y la historia 118
15 El paso del mar y el bautismo 126
16 El maná y la Eucaristía 135
19 La alianza del Sinaí y Pentecostés 153
20 Los diez mandamientos 161
21 Las leyes de la alianza y el Código de Hammurabi 172
24 La sangre de la alianza 191

25 La morada de Dios entre los hombres 201
26 El arca de la alianza y la Virgen María 208
28 El sacerdocio de Aarón y el sacerdocio de Cristo 225
32 El becerro de oro: la idolatría de siempre 252
33 Ver el rostro de Dios 259
34 «Misericordioso y clemente»: el retrato de Dios 268
40 La gloria que llena la morada.....303

CUADROS

2 El niño en la cesta: Moisés y Sargón de Acad 30
3 Los nombres de Dios en el Pentateuco..... 39
6 La familia de Moisés..... 58
7 Las diez plagas..... 64
12 La Pascua en tres tiempos 100
14 La ruta del éxodo 117
19 ¿Dónde está el Sinaí?..... 152
20 Los diez mandamientos: tres numeraciones 161
21 El código de la alianza y el Código de Hammurabi 171
23 Las fiestas de Israel 186
25 La morada y sus objetos 200
28 Las doce piedras del pectoral 223
28 Las vestiduras del sumo sacerdote.....224

32 Las intercesiones de Moisés 251
35 Lo que Dios manda y lo que Israel hace 276
40 El Éxodo en el Nuevo Testamento 302
Repaso 307
Notas personales 313
Sobre esta edición 314

Cómo usar esta edición

Este archivo está pensado para leerse en un lector de tinta electrónica, con el dedo o con el lápiz.

Las notas se abren al tocarlas

Dentro del texto bíblico verás pequeños números en un recuadro gris, como este: 3. Cada uno es una nota guardada como comentario del PDF. Al tocar el número, la nota se abre en una ventana y no tienes que ir al final del libro.

Cada nota lleva arriba un título con su número, la cita y su tipo, por ejemplo «3 · Éx 1,2 · Palabra». Hay cuatro tipos:

Palabra	Qué significa una palabra hebrea o latina, o una palabra del español antiguo de esta traducción.
Contexto	Historia, arqueología, geografía y lo que contaban los pueblos vecinos de Israel.
Fe	Lo que enseña la Iglesia: el Catecismo, los Padres, los papas y la liturgia.
Conexión	Cómo resuena el pasaje en el resto de la Biblia, sobre todo en el Nuevo Testamento.

Los números pequeños en negrita, sin recuadro, son los versículos.

Para detenerse

Al final de cada capítulo hay una **Pausa**: dos o tres preguntas, una oración breve y líneas para escribir con el lápiz. Muchos capítulos tienen además un recuadro **¿Sabías que?**, y hay cuadros de apoyo, como las diez plagas, la ruta del éxodo, los diez mandamientos o el tabernáculo. Algunos terminan con un breve ensayo, **Para profundizar**, sobre una gran cuestión del libro. Al final encontrarás un repaso con preguntas cuyas respuestas también se esconden en notas.

Un modo de leer

Lee primero el capítulo de corrido, sin abrir las notas, para escuchar la historia entera. Después reléelo despacio, tocando las notas que te llamen la atención; si hay un ensayo, léelo entonces. Termina con la Pausa. Es una forma sencilla de la *lectio divina*, la lectura orante que la Iglesia recomienda: leer, meditar, orar, contemplar y llevar la Palabra a la vida (Benedicto XVI, *Verbum Domini*, n. 87).

El índice y los marcadores del PDF son tocables; el índice incluye también la lista de ensayos y de cuadros. Si alguna nota no se abre en tu lector, mira la última página.

Antes de empezar

El libro de la liberación

El Éxodo es el segundo libro de la Biblia y del Pentateuco. En hebreo se titula *Shemot*, «Nombres», por sus primeras palabras: «Estos son los nombres de los hijos de Israel». El nombre «Éxodo», que significa «salida», viene de la traducción griega y resume su centro: Dios saca a su pueblo de la esclavitud de Egipto.

El Génesis terminaba con un ataúd en Egipto y una promesa: «os visitará Dios» (Gn 50,24). El Éxodo cuenta cómo se cumple. Una familia de setenta personas se ha convertido en un pueblo oprimido; Dios escucha su clamor, llama a Moisés, lo libera con mano poderosa, hace con él una alianza en el Sinaí y termina habitando en medio de él, en una tienda. Para Israel es el acontecimiento fundador, el que se recuerda cada año en la Pascua y el que los profetas y los salmos invocan una y otra vez: «Yo soy el Señor tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto».

EN EGIPTO Y EN EL DESIERTO	
1 – 2	La opresión; nacimiento y huida de Moisés
3 – 6	La zarza ardiente: Dios revela su nombre y envía a Moisés
7 – 11	Las plagas de Egipto
12 – 13	La Pascua y la salida
14 – 15	El paso del mar y el canto de Moisés
15,22 – 18	El desierto: agua amarga, maná, la roca, Amalec, Jetró

EN EL SINAÍ	
19 – 20	La teofanía y los diez mandamientos
21 – 23	El código de la alianza
24	La alianza sellada con sangre
25 – 31	Instrucciones para la morada y el sacerdocio
32 – 34	El becerro de oro y la alianza renovada
35 – 40	Construcción de la morada; la gloria la llena

Quién lo escribió y cuándo ocurrió

Como todo el Pentateuco, la tradición atribuye el Éxodo a Moisés, y el libro mismo le atribuye la escritura de algunas leyes y de la alianza (17,14; 24,4; 34,27). Los estudiosos piensan que el texto actual reúne tradiciones antiguas, narra-

ciones, cantos y códigos legales de épocas distintas, y que alcanzó su forma final hacia los siglos VI y V a. C. (ver «Antes de empezar» en el Génesis). El canto de María en 15,21, de solo dos versos, se considera uno de los textos poéticos más antiguos de la Biblia.

¿Cuándo ocurrió la salida de Egipto? La Biblia no nombra al faraón. Una indicación de 1 Re 6,1 llevaría al siglo XV a. C.; la mención de la ciudad de Ramsés (1,11) apunta al siglo XIII, en tiempos de Ramsés II, que es la fecha más citada. La estela del faraón Merneptah, hacia el 1208 a. C., menciona por primera vez a un pueblo llamado «Israel», ya en Canaán. No hay en Egipto ningún documento que hable de la salida de los hebreos, y las cifras del texto, como seiscientos mil hombres a pie (12,37), son difíciles de entender literalmente. Muchos estudiosos piensan que en el origen hay un recuerdo histórico, la huida de un grupo de semitas sometidos a trabajos forzados, que con el tiempo se convirtió en la memoria de todo Israel; otros son más escépticos. La Iglesia pide leer el libro atendiendo a su género y a la verdad que Dios quiso enseñar «para nuestra salvación» (*Dei Verbum*, nn. 11-12).

Cómo leerlo

El Éxodo no es solo una liberación política. Dios dice al faraón: «Deja ir a mi pueblo, para que me sirva» (7,16); en he-

breo, la misma raíz sirve para «esclavitud» y para «culto». Israel pasa de servir al faraón a servir a Dios, de los trabajos forzados a la alianza y la adoración. Por eso el libro no termina al cruzar el mar, sino cuando la gloria del Señor llena la morada (40,34). La Iglesia ha recordado que la liberación del Éxodo tiene a la vez un alcance social y religioso, y que está ordenada a la alianza y al culto (Congregación para la Doctrina de la Fe, *Libertatis conscientia*, 1986).

Para los cristianos, el Éxodo es la gran figura de la salvación en Cristo. En la Transfiguración, Moisés y Elías hablan con Jesús de su «éxodo», que iba a cumplir en Jerusalén (Lc 9,31). Jesús muere en la Pascua y es «nuestro cordero pascual» (1 Cor 5,7); el paso del mar anuncia el bautismo (1 Cor 10,1-2); el maná, el pan de vida (Jn 6); la sangre de la alianza, la Eucaristía (Mt 26,28); la morada, el Verbo que «puso su tienda entre nosotros» (Jn 1,14). La liturgia vive este paso: en la Vigilia pascual, la lectura del Éxodo no puede omitirse nunca, y el pregón pascual canta «esta es la noche en que sacaste de Egipto a los israelitas, nuestros padres». El Catecismo explica que la Eucaristía es memorial de la Pascua de Cristo en el sentido bíblico: no un simple recuerdo, sino una actualización (nn. 1363-1364).

Hay en el libro páginas difíciles: las plagas, la muerte de los primogénitos, leyes que permiten la esclavitud o la

pena de muerte. Las notas las explican en su contexto y a la luz de toda la Escritura, que es la «pedagogía divina» de la que habla el Catecismo (n. 122). También hay páginas de una ternura inesperada: un Dios que «ha visto la aflicción» de su pueblo y ha «oído su clamor» (3,7), y que se presenta como «misericordioso y clemente» (34,6).

Sobre esta traducción

Torres Amat sigue la Vulgata y conserva algunas de sus particularidades. Escribe en mayúsculas el nombre que Dios revela en la zarza, «YO SOY EL QUE SOY» y «EL QUE ES» (3,14), y en 6,3 dice que a los patriarcas no les reveló su nombre «ADONAI», como la Vulgata. Explica las palabras raras con glosas: «la Fase (eso es, el Paso) del Señor» (12,11). En 34,29 dice que del rostro de Moisés salían «rayos de luz», donde la Vulgata, por una lectura posible del hebreo, decía que su rostro tenía «cuernos»: de ahí los cuernos del Moisés de Miguel Ángel.

La numeración de algunos capítulos difiere de la de muchas Biblias modernas, y al final la Vulgata condensa cuatro versículos del hebreo en dos; el colofón lo explica. Las notas señalan, como en el Génesis, dónde la Vulgata se aparta del hebreo y dónde las palabras son añadidas del traductor.

Algunos capítulos terminan con un breve ensayo, **Para profundizar**, sobre las grandes cuestiones del libro: el nombre de Dios, las plagas, la Pascua judía y cristiana, el éxodo y la historia, los diez mandamientos, la morada, el becerro de oro o el rostro de Dios. Todos aparecen en el índice.

Veintidós palabras hebreas

Las palabras clave del Éxodo en su lengua original, que se lee de derecha a izquierda.

שְׁמוֹת	**Shemot** · «Nombres»; título hebreo del libro 1,1
מֹשֶׁה	**Moshé** · Moisés; el texto lo relaciona con «sacar» del agua 2,10
סְנֶה	**sené** · zarza 3,2
אֶהְיֶה אֲשֶׁר אֶהְיֶה	**ehyé asher ehyé** · «Yo soy el que soy» 3,14
יהוה	**YHWH** · el nombre de Dios; se lee «el Señor» 3,15; 6,3
גָּאַל	**gaal** · rescatar como pariente, redimir 6,6; 15,13
פֶּסַח	**pésaj** · Pascua, «paso» 12,11
מַצָּה	**matsá** · pan sin levadura 12,15
יַם־סוּף	**yam suf** · «mar de las cañas»; el mar Rojo 13,18
מָן	**man** · el maná; «¿qué es?» 16,15
שַׁבָּת	**shabbat** · sábado, descanso 16,23; 20,8
בְּרִית	**berit** · alianza 19,5; 24,8
סְגֻלָּה	**segulá** · propiedad personal, tesoro 19,5
קָדוֹשׁ	**qadosh** · santo, apartado para Dios 19,6
עֲשֶׂרֶת הַדְּבָרִים	**aséret ha-debarim** · «las diez palabras», el decálogo 34,28
תּוֹרָה	**torá** · enseñanza, ley 24,12
מִשְׁכָּן	**mishkán** · morada, tabernáculo 25,9

אֲרוֹן	**arón** · arca, cofre 25,10
כַּפֹּרֶת	**kapporet** · propiciatorio, la cubierta del arca 25,17
כֹּהֵן	**kohen** · sacerdote 28,1
כָּבוֹד	**kabod** · gloria; literalmente «peso» 24,16; 40,34
חֶסֶד	**jésed** · amor fiel, misericordia 34,6

El Éxodo en la liturgia

Dónde escucha la Iglesia estos capítulos, según el Leccionario romano y la Liturgia de las Horas.

Domingos y solemnidades

Celebración	Lectura
Vigilia pascual, tercera lectura (nunca se omite)	Éx 14,15 – 15,1 (el paso del mar)
Jueves Santo, misa de la Cena del Señor	Éx 12,1-8.11-14 (la cena pascual)
3.er domingo de Cuaresma, ciclos A, B y C	Éx 17,3-7 (el agua de la roca); Éx 20,1-17 (los mandamientos); Éx 3,1-8a.13-15 (la zarza)
Santísima Trinidad, ciclo A	Éx 34,4b-6.8-9 («misericordioso y clemente»)
Corpus Christi, ciclo B	Éx 24,3-8 (la sangre de la alianza)
11.º domingo del tiempo ordinario, ciclo A	Éx 19,2-6a («un reino de sacerdotes»)
18.º domingo, ciclo B	Éx 16,2-4.12-15 (el maná)
24.º domingo, ciclo C	Éx 32,7-11.13-14 (el becerro de oro)
29.º domingo, ciclo C	Éx 17,8-13 (Moisés con los brazos en alto)
30.º domingo, ciclo A	Éx 22,20-26 (el forastero, la viuda y el huérfano; aquí 22,21-27)

Otros momentos

Celebración	Lectura
Ferias del tiempo ordinario, año impar, semanas 15.ª a 17.ª	El Éxodo, de la opresión en Egipto a la gloria que llena la morada
Jueves de la 4.ª semana de Cuaresma	Éx 32,7-14 (la intercesión de Moisés)
Pregón pascual (Exsultet)	«Esta es la noche en que sacaste de Egipto a los israelitas, nuestros padres»
Laudes del sábado de la 1.ª semana	El cántico de Moisés (Éx 15)

Las referencias del Leccionario siguen la numeración moderna; donde difiere de la de esta edición se indica entre paréntesis.

1

La opresión en Egipto

El Éxodo empieza donde terminó el Génesis: con los nombres de los hijos de Jacob que bajaron a Egipto. Han pasado generaciones, y la familia de setenta personas se ha convertido en un pueblo numeroso: la bendición de la creación, «creced y multiplicaos», se cumple en tierra extranjera. El capítulo tiene tres partes: el crecimiento de Israel (vv. 1-7), la opresión con trabajos forzados (vv. 8-14) y el intento de exterminio, frustrado por dos parteras que temen a Dios (vv. 15-22). El faraón no tiene nombre; las parteras, sí.

Los hijos de Israel en Egipto

1 Estos son los nombres [1] de los hijos de Israel, que con Ja-
cob entraron a Egipto, cada uno con su familia. 2 Rubén,
Simeón, Leví, Judá, 3 Isacar, Zabulón y Benjamín. 4 Dan y
Neftalí, Gad y Aser. 5 Eran, pues, todas las almas de los des-
cendientes de Jacob, incluso él mismo, setenta [2]. José es-
taba en Egipto. 6 Muerto éste y todos sus hermanos, y toda
aquella primera generación [3], 7 los hijos de Israel se au-
mentaron y multiplicaron como la hierba [4]: y engrosados
en gran manera, llenaron el país.

Un rey que no conocía a José

8 Entretanto se alzó en Egipto un nuevo rey, el cual nada
sabía de José [5], 9 y dijo a su pueblo: Bien veis que el pueblo
de los hijos de Israel es muy numeroso y más fuerte ya que
nosotros. 10 Vamos, pues, a oprimirle con arte [6], no sea
caso que prosiga multiplicándose más y más; y que sobre-
viniendo alguna guerra contra nosotros, se agregue a
nuestros enemigos, y después de habernos vencido y roba-
do, se vaya de este país. 11 Estableció, pues, sobrestantes de
obras [7], para que los vejasen con cargas insoportables; y
edificaron al faraón las fuertes ciudades de las tiendas, Fi-
tom y Ramesés [8]. 12 Pero cuanto más los oprimían, tanto
más se multiplicaban [9] y crecían. 13 Aborrecían los egip-
cios a los hijos de Israel [10], y además de oprimirlos, los in-
sultaban, 14 y les hacían pasar una vida muy amarga [11] con
las duras fatigas de hacer barro o argamasa y ladrillo, y
con toda suerte de servidumbre con que los oprimían en
las labores del campo.

Las parteras temen a Dios

15 Además de esto, el rey de Egipto impuso a las parteras de
los hebreos [12], de las cuales una se llamaba Séfora y la otra
Fúa [13], 16 este precepto: Cuando asistiereis a las hebreas en
sus partos [14], al momento que salga la criatura, si fuere
varón matadle, si hembra, dejadla vivir. 17 Pero las parte-

ras temieron a Dios [15], y no ejecutaron la orden del rey de Egipto, sino que conservaban la vida a los niños.

[18] Por lo que llamándolas el rey a su presencia, les dijo: ¿Qué fin ha sido el vuestro en querer conservar a los varones? [19] Las cuales respondieron: Las mujeres hebreas no son como las egipcias; porque aquéllas saben el arte de partear [16], y antes que lleguemos para asistirlas han parido ya. [20] Favoreció, pues, Dios a las parteras en recompensa de su piedad; y el pueblo fue creciendo y corroborándose extraordinariamente. [21] Y por cuanto las parteras temieron más a Dios que al rey, afirmó sus casas, dándoles hijos y bienes [17].

[22] Por último, el faraón dio a todo su pueblo esta orden: Todo varón que naciere entre los hebreos, echadle al río [18]: toda hembra reservadla [19].

¿Sabías que?

En Tebas, en la tumba de Rekhmiré, visir de Tutmosis III hacia el 1450 a. C., una pintura muestra cómo se hacían los ladrillos: unos obreros sacan agua de un estanque, otros amasan el barro, lo moldean y apilan los ladrillos secos, mientras los capataces vigilan bastón en mano. Las inscripciones explican que son cautivos traídos por el faraón para las obras del templo de Amón en Karnak. Entre ellos hay nubios y asiáticos, estos con barba y de piel más clara, venidos de Siria y Canaán, la tierra de los antepasados de Israel.

PARA PROFUNDIZAR

Israel en Egipto: lo que dice la historia

Ningún documento egipcio menciona a Moisés, a los hebreos esclavizados ni la salida de Egipto. No es tan extraño: los faraones no registraban sus fracasos, y casi todos los papiros del húmedo delta se han perdido. Pero el silencio no lo es todo. La arqueología ha iluminado el mundo en que el Éxodo sitúa su relato, y muchos de sus detalles encajan bien en el Egipto del segundo milenio antes de Cristo (para la fecha, ver «Antes de empezar»).

Que grupos semitas bajaran a Egipto está bien documentado. En una tumba de Beni Hasán, hacia el 1890 a. C., se pintó la llegada de una caravana de treinta y siete «asiáticos» con sus familias y sus asnos. Un papiro de hacia el 1750 a. C. enumera a cuarenta y cinco siervos asiáticos de una casa egipcia (ver nota a 1,15). Y a finales del siglo XIII a. C., un funcionario de la frontera informa (papiro Anastasi VI) de que ha dejado pasar a unos pastores de Edom hacia los estanques de Per-Atum, la Fitom bíblica, para que sobrevivieran ellos y sus ganados: es la situación de la familia de Jacob (Gn 47,4).

A partir de 1966, el arqueólogo austriaco Manfred Bietak excavó durante décadas Tell el-Daba, la antigua Ávaris, en el delta oriental. Allí vivió durante siglos una población de cultura cananea, y de ese ambiente salió la dinastía de los hicsos, «gobernantes de tierras extranjeras», que dominó el norte de Egipto hacia 1650-1550 a. C., hasta que el faraón Amosis la expulsó. Flavio Josefo, siguiendo al sacerdote egipcio Manetón, identificó a los hicsos con los antepasados de Israel (*Contra Apión* I,14). Hoy casi na-

die acepta esa identificación, pero algunos piensan que el recuerdo de asiáticos poderosos en el delta, luego expulsados o sometidos, pudo dejar huella en la tradición.

A dos kilómetros de Ávaris, en Qantir, Seti I levantó un palacio que su hijo Ramsés II convirtió en Pi-Ramsés, «casa de Ramsés», capital de Egipto durante su largo reinado (hacia 1279-1213 a. C.); la ciudad fue abandonada hacia el siglo XI. El nombre de 1,11 es el argumento principal para situar la opresión en el siglo XIII, aunque el Génesis llama ya «Ramesés» a la región en tiempos de José (Gn 47,11): el narrador usa los nombres que conocían sus lectores. Fitom, Per-Atum, suele identificarse con Tell el-Retaba, fortificada por Ramsés II; otros prefieren Tell el-Masjuta, ocupada sobre todo desde el siglo VII a. C., y piensan que el relato recibió su forma mucho después.

Egipto construía en piedra sus templos y sus tumbas, y casi todo lo demás en adobe: barro del Nilo mezclado con paja y secado al sol. La tumba del visir Rekhmiré muestra a cautivos extranjeros haciendo ladrillos (ver el recuadro), un rollo de cuero del Louvre registra cuotas de ladrillos en tiempos de Ramsés II (ver nota a 5,8), y unos papiros de Leiden mencionan a unos apiru que transportan piedra para un gran pilono de Ramsés II en Menfis. Nada de esto prueba el relato, pero muestra que su retrato de la opresión no es fantasía.

Queda la palabra «hebreo» (ibrí). En la Biblia la usan sobre todo los extranjeros para referirse a los israelitas (Gn 39,14; 1 Sam 4,6), o los israelitas al hablar con extranjeros (3,18), y la ley la emplea para el esclavo «hebreo» (21,2). La Biblia la relaciona con Héber,

antepasado de Abrahán (Gn 10,21), y la versión griega la tradujo una vez como «el que cruzó», el emigrante (Gn 14,13). Por otra parte, textos del segundo milenio, como las cartas de El Amarna (siglo XIV a. C.), hablan de los habiru o apiru: no un pueblo, sino una clase de desarraigados, mercenarios, jornaleros o bandidos. El parecido de las palabras es llamativo, pero la equivalencia de los sonidos se discute, y los apiru aparecen en lugares y siglos demasiado distintos para identificarlos sin más con Israel. Muchos piensan, con todo, que «hebreo» pudo tener al principio un matiz parecido: gente sin tierra ni protección.

La Iglesia no pide demostrar cada detalle, sino leer el relato según su género y su intención. Lo que el Éxodo afirma por encima de todo es una confesión: el Dios de Israel se puso del lado de unos esclavos que no contaban en la historia de Egipto. Sobre ella se apoya todo el Antiguo Testamento: «Yo soy el Señor Dios tuyo, que te ha sacado de la tierra de Egipto» (20,2).

PAUSA

1. Las parteras temieron más a Dios que al rey. ¿En qué situación concreta te cuesta obedecer a Dios antes que a lo que se espera de ti?
2. El faraón veía en los israelitas una amenaza. ¿A quién miras tú con desconfianza solo por ser distinto o extranjero?
3. Cuanto más los oprimían, más crecían. ¿Recuerdas una dificultad que, vista ahora, te hizo crecer?

Para orar. *Señor de la vida, dame el valor de las parteras para defender a los pequeños, aunque me cueste.*

2

Nacimiento y huida de Moisés

Al Éxodo le basta un capítulo para llevar a Moisés de la cuna al destierro. Cuenta su nacimiento y su salvación de las aguas (vv. 1-10), su primer intento de hacer justicia, que termina en fracaso y huida (vv. 11-15), y su llegada a Madián, donde encuentra esposa junto a un pozo (vv. 16-22). Al final llega el giro de toda la historia: Dios escucha el gemido de Israel y se acuerda de su alianza (vv. 23-25). En la primera escena todo lo hacen mujeres: una madre, una hermana, una princesa extranjera y sus criadas. Contra el decreto del faraón, la vida se abre paso.

El niño salvado de las aguas

1 Después de esto, es de saber que un varón de la familia de
Leví [1] fue y se casó con una mujer de su linaje; 2 la cual
concibió y parió un hijo, y viéndole muy lindo [2], le tuvo
escondido por espacio de tres meses. 3 Mas no pudiendo ya
encubrirle, tomó una cestilla de juncos [3] y la calafateó
con betún y pez, y colocó dentro al infantillo, y le expuso
en un carrizal de la orilla del río [4], 4 quedándose a lo lejos
una hermana suya [5], para ver el paradero.

5 Cuando he aquí que bajaba la hija del faraón a lavarse en
el río [6], y sus damas se paseaban por la orilla del agua. Así

que vio la cestilla en el carrizal, envió por ella a una de sus
criadas; y habiéndosela traído, 6 destapándola, y viendo
dentro a un niño que daba tiernos vagidos, se compadeció
de él [7], y dijo: De los niños de los hebreos es éste. 7 Y acer-
cándose entonces la hermana del niño: ¿Quieres, le dijo,
que yo vaya y te llame una mujer hebrea que pueda criar
ese niño? 8 Anda, respondió ella. Fue corriendo la mucha-
cha, y llamó a su madre. 9 A la cual dijo la hija del faraón:
Toma este niño y críamelo, que yo te pagaré [8]. Tomó la
mujer el niño y lo crió. Y cuando fue ya crecido, le entregó
a la hija del faraón, 10 que le adoptó por hijo [9], y le puso
por nombre Moisés, como quien dice: Del agua le
saqué [10].

Moisés huye a Madián

11 Un día, cuando Moisés era ya grande, salió a ver a sus
hermanos [11]; y observó la aflicción en que estaban, y a un
egipcio que maltrataba a uno de los hebreos sus herma-
nos. 12 Y habiendo mirado hacia todas partes y no divisan-
do a nadie, mató al egipcio [12], y le escondió en la arena.

13 Saliendo al día siguiente, vio a dos hebreos que reñían; y
dijo al que hacía la injuria: ¿Por qué maltratas a tu próji-
mo? 14 El hombre respondió: ¿Quién te ha constituido
príncipe y juez sobre nosotros? [13], ¿quieres tú tal vez ma-
tarme como mataste ayer al egipcio? Temió Moisés, y dijo:
¿Cómo se habrá sabido esto? 15 Lo supo también el faraón,

y trataba de hacer morir a Moisés; el cual huyendo de su vista, se fue a morar en tierra de Madián [14], y se puso a descansar junto a un pozo [15].

Moisés en Madián

[16] A la sazón tenía el sacerdote de Madián [16] siete hijas, las cuales vinieron a sacar agua; y llenadas las canales, querían dar de beber a los rebaños de su padre. [17] Sobrevinieron unos pastores, y las echaron. Pero saliendo Moisés en defensa de las doncellas [17], abrevó sus ovejas. [18] Así que volvieron a Ragüel, su padre les preguntó: ¿Por qué habéis venido hoy más presto de lo acostumbrado? [19] Un hombre egipcio [18], respondieron ellas, nos ha defendido de la vejación de los pastores, y a más de eso, nos ha ayudado a sacar agua, y dado de beber a las ovejas. [20] ¿En dónde está?, dijo el padre. ¿Por qué habéis dejado ir a ese hombre? Llamadle, a fin de que coma algo.

[21] Como resultado de eso, Moisés juró que se quedaría con él. Y recibió por mujer a su hija Séfora [19], [22] la cual le parió un hijo a quien llamó Gersán [20], diciendo: He sido peregrino en tierra extraña. Parió después otro, a quien llamó Eliézer [21], diciendo: El Dios de mi padre, protector mío, me libró de las manos del faraón.

Dios escucha el clamor de Israel

23 De allí a mucho tiempo murió el rey de Egipto [22]; y los
hijos de Israel, gimiendo bajo el peso de las faenas, levan-
taron el grito al cielo [23]; y el clamor en que les hacía pro-
rrumpir el excesivo trabajo, subió hasta Dios. 24 El cual oyó
sus gemidos, y tuvo presente el pacto [24] contraído con
Abrahán, Isaac y Jacob; 25 y volvió los ojos hacia los hijos
de Israel, y los reconoció por hijos suyos [25].

¿Sabías que?

En 1932, en Dura-Europos, una ciudad romana a orillas del Éufrates, en la actual Siria, los arqueólogos desenterraron una sinagoga cuyas paredes estaban cubiertas de pinturas bíblicas, terminadas hacia el año 244. Una de ellas muestra a la hija del faraón metida en el Nilo, con el niño Moisés en brazos, mientras sus criadas esperan en la orilla. Es una de las representaciones más antiguas que se conservan de esta escena. Las pinturas fueron trasladadas al Museo Nacional de Damasco, donde se reconstruyó la sala.

El niño en la cesta: Moisés y Sargón de Acad

	Leyenda de Sargón	Éxodo 2,1-10
Quién	Sargón, fundador del imperio de Acad (hacia 2300 a. C.); habla él mismo	Moisés, futuro libertador de Israel
Padres	Madre sacerdotisa (la palabra es dudosa); padre desconocido	Un levita y una hija de Leví, sin nombre aquí (6,20)
Por qué	La madre lo da a luz en secreto	El decreto del faraón contra los varones (1,22)
La cesta	De juncos, sellada con betún	De papiro, con betún y pez: la tebá, como el arca de Noé (2,3)
El río	El Éufrates; la corriente lo arrastra	El Nilo; la cesta queda entre los juncos, vigilada por la hermana (2,3-4)
Lo rescata	Aqqi, el aguador, al sacar agua	La hija del faraón, que se compadece (2,5-6)
Crianza	Aqqi lo adopta y lo hace jardinero	Su propia madre, a sueldo; luego lo adopta la princesa, que lo llama Moisés (2,7-10)
Ascenso	La diosa Ishtar lo ama, y llega a rey	Huye al desierto; Dios lo llama en la zarza (3,1-10)
Sentido	Legitima a un rey de origen oscuro	Dios salva al que salvará a su pueblo de las aguas

La leyenda se conoce por copias neoasirias del siglo VII a. C., halladas en Nínive, más de quince siglos después de Sargón; muchos piensan que se compuso o se reelaboró entonces, quizá bajo Sargón II (722-705 a. C.), y su relación con el Éxodo se discute. El niño abandonado y salvado para un gran destino aparece en muchas culturas: Ciro en Heródoto, Rómulo y Remo en Roma. El Éxodo no exalta a un rey, sino a un Dios que se sirve de mujeres sin poder.

PARA PROFUNDIZAR

Moisés: profeta, legislador y figura de Cristo

Ninguna figura domina el Antiguo Testamento como Moisés. Cuatro libros siguen su vida: el niño salvado de las aguas, el príncipe que huye, el pastor llamado en la zarza, el libertador ante el faraón, el mediador de la alianza, el intercesor que se pone entre Dios y el pueblo pecador. Muere a las puertas de la tierra prometida, y el Deuteronomio lo despide con un elogio sin igual: «no se levantó más en Israel un profeta como Moisés, a quien el Señor conociera cara a cara» (Dt 34,10).

La Escritura lo presenta como el profeta por excelencia, con quien Dios habla «cara a cara, como un hombre suele hablar a un amigo» (33,11), y a la vez como el hombre más humilde de la tierra (Nm 12,3); como el legislador, hasta el punto de que el Pentateuco entero se llamó «la Ley de Moisés», y como el siervo de mayor confianza en la casa de Dios (Nm 12,7). El Deuteronomio añade una promesa abierta al futuro: «el Señor tu Dios te suscitará un profeta como yo, de en medio de ti, de entre tus hermanos; a él escucharéis» (Dt 18,15; ver 18,18). Como Dt 34,10 afirma que ese profeta no había llegado todavía, Israel quedó esperándolo.

El Nuevo Testamento ve cumplida esa espera en Jesús. San Pedro en el templo y san Esteban ante el sanedrín citan Dt 18,15 y lo aplican a él (Hch 3,22-23; 7,37). La voz del Padre en la Transfiguración, «escuchadle» (Mt 17,5), resuena como el «a él escucharéis» del Deuteronomio, y la multitud alimentada en el desierto exclama: «este es verdaderamente el profeta que había de venir» (Jn 6,14). Pero Jesús no es solo un Moisés nuevo. La Carta a los He-

breos lo dice con una imagen: Moisés fue fiel en la casa de Dios como siervo; Cristo, como Hijo, al frente de la casa (Heb 3,1-6). Y el prólogo de san Juan lo resume: «la Ley fue dada por medio de Moisés; la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo» (Jn 1,17). Moisés solo vio a Dios de espaldas (33,23); el Hijo nos lo ha dado a conocer (Jn 1,18).

San Mateo cuenta la infancia de Jesús con colores del Éxodo: un rey que manda matar a los niños, una huida a Egipto y un ángel que dice a José casi las palabras de 4,19 (ver nota a 4,19). Los Padres desarrollaron el paralelo. Eusebio de Cesarea compara a los dos en su *Demostración evangélica* (III,2): ambos liberan a su pueblo, ayunan cuarenta días, alimentan a la multitud en el desierto, resplandecen en un monte y eligen doce y setenta colaboradores. Afraates, el sabio persa del siglo IV, añade que a Moisés lo escondieron al nacer para que no lo mataran, como a Jesús lo llevaron a Egipto, y que Moisés sacó a su pueblo de la servidumbre del faraón y Jesús libró a todas las naciones de la de Satanás (*Demostraciones* 21,10). San Gregorio de Nisa leyó su vida como un camino del alma hacia Dios (*Vida de Moisés*).

Para el judaísmo, Moisés es Moshé Rabbenu, «Moisés, nuestro maestro». La Misná abre el tratado de los Padres con la cadena de la tradición: Moisés recibió la Torá en el Sinaí y la transmitió a Josué (Avot 1,1). Filón de Alejandría lo presentó como rey, legislador, sacerdote y profeta, y Maimónides puso entre los trece principios de la fe judía que su profecía es superior a la de cualquier otro profeta; el himno Yigdal, que se canta en la sinagoga, lo repite con las palabras de Dt 34,10. En Qumrán se esperaba la venida de «un profeta» junto a los mesías (1QS 9,11), y por eso pregun-

tan a Juan Bautista: «¿Eres tú el profeta?» (Jn 1,21). Y, sin embargo, la Hagadá que se lee en la cena de Pascua solo lo nombra una vez, dentro de una cita bíblica: la liberación es obra de Dios, no de un hombre.

El Catecismo ve en la oración de Moisés el ejemplo más claro de intercesión, que se cumplirá en «el único mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús» (n. 2574; 1 Tim 2,5). Moisés no es un héroe sin sombras: mata, huye, se resiste a la llamada, se queja, y al final no entra en la tierra. Precisamente por eso es figura de Cristo y espejo del creyente: un hombre débil al que Dios hace instrumento de su salvación.

PAUSA

1. Una madre, una hermana y una princesa extranjera salvaron a Moisés. ¿Quiénes han protegido tu vida y tu fe sin que tú lo supieras?
2. Moisés quiso hacer justicia a su manera y fracasó. ¿Hay algo bueno que intentas lograr por un camino equivocado?
3. «He sido peregrino en tierra extraña». ¿Cuándo te has sentido extranjero, y qué aprendiste entonces?

Para orar. *Dios que oyes el gemido de tu pueblo, escucha también el clamor que llevo dentro y que no sé poner en palabras.*

3

La zarza ardiente

Es una de las páginas centrales de toda la Biblia. En el monte de Dios, un pastor fugitivo ve una zarza que arde sin consumirse y oye la voz del Dios de sus padres. El capítulo tiene cuatro momentos: la zarza (vv. 1-6), la misión (vv. 7-12), la revelación del nombre (vv. 13-15) y las instrucciones para hablar a los ancianos y al faraón (vv. 16-22). Dios se presenta como el que ve, oye, conoce y baja a liberar. Y cuando Moisés le pregunta su nombre, recibe una respuesta que la fe judía y cristiana no ha dejado de meditar: «YO SOY EL QUE SOY».

La zarza que no se consume

1 Empleándose Moisés en apacentar las ovejas de su suegro
Jetro [1], sacerdote de Madián; y guiando una vez la grey al
desierto, vino hasta el monte de Dios, Horeb [2], 2 donde se
le apareció el Señor [3] en una llama de fuego que salía de
en medio de una zarza [4]; y veía que la zarza estaba ardiendo, y no se consumía [5]. 3 Por lo que dijo Moisés: Iré a ver
esta gran maravilla, cómo es que no se consume la zarza.

4 Pero viendo el Señor que se acercaba ya para ver lo que
era, le llamó desde entre la zarza, y dijo: Moisés, Moisés [6].
Aquí me tienes, respondió él. 5 No te acerques acá, prosi-

guió el Señor: quítate el calzado de los pies [7], porque la tierra que pisas es santa. [6] Yo soy, le añadió: Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob [8]. Se cubrió Moisés el rostro [9], porque no se atrevía a mirar hacia Dios.

«He visto la aflicción de mi pueblo»

[7] Le dijo el Señor: He visto la tribulación de mi pueblo en Egipto [10], y oído sus clamores, a causa de la dureza de los sobrestantes de las obras. [8] Y conociendo cuánto padece, he bajado a librarle [11] de las manos de los egipcios, y hacerle pasar por aquella tierra a una tierra buena y espaciosa, a una tierra que mana leche y miel [12], al país del cananeo, y del heteo, y del amorreo, y del ferezeo, y del heveo y del jebuseo. [9] En suma, el clamor de los hijos de Israel ha llegado a mis oídos; y he visto su aflicción, y cómo son oprimidos de los egipcios. [10] Pero ven tú; que te quiero enviar al faraón, para que saques de Egipto al pueblo mío, los hijos de Israel.

[11] ¿Quién soy yo [13], respondió Moisés a Dios, para ir al faraón, y sacar de Egipto a los hijos de Israel? [12] Le dijo Dios: Yo estaré contigo [14]; y la señal que tendrás de haberte yo enviado, será esta: Cuando hayas sacado a mi pueblo de Egipto, ofrecerás un sacrificio a Dios sobre este monte [15].

El nombre de Dios

13 Dijo Moisés a Dios: Y bien, yo iré a los hijos de Israel, y
les diré: El Dios de vuestros padres me ha enviado a voso-
tros. Pero si me preguntaren: ¿Cuál es su nombre? [16],
¿qué les diré? 14 Respondió Dios a Moisés: YO SOY EL QUE
SOY [17]. He aquí, añadió, lo que dirás a los hijos de Israel:
EL QUE ES me ha enviado [18] a vosotros. 15 Dijo de nuevo
Dios a Moisés: Esto dirás a los hijos de Israel: El Señor Dios
de vuestros padres [19], el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac
y el Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros. Este nombre
tengo yo eternamente, y con éste se hará memoria de
mí [20] en toda la serie de las generaciones.

La misión ante los ancianos y el faraón

16 Ve, y junta los ancianos de Israel [21], y les dirás: El Señor
Dios de vuestros padres se me apareció; el Dios de
Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, diciendo: Yo
he venido a visitaros de propósito [22], y he visto todas las
cosas que os han acontecido en Egipto; 17 y tengo decretado
el sacaros de la opresión que en él padecéis, y trasladaros
al país del cananeo, y del heteo, y del amorreo, y del fere-
zeo, y del heveo, y del jebuseo, a una tierra que mana leche
y miel. 18 Y escucharán tu voz, y entrarás tú con los ancia-
nos de Israel al rey de Egipto, y le dirás: El Señor Dios de
los hebreos nos ha llamado. Hemos de ir camino de tres

días al desierto [23] para ofrecer sacrificios al Señor Dios nuestro.

[19] Yo ya sé que el rey de Egipto no querrá dejaros ir, sino forzado por una mano poderosa [24]. [20] Por eso extenderé yo mi brazo, y heriré a los pueblos de Egipto con toda suerte de prodigios que haré en medio de ellos; después de lo cual os dejará partir.

[21] Haré también que ese pueblo mío halle gracia en los ojos de los egipcios, para que al partir no salgáis vacíos; [22] sino que cada mujer ha de pedir a la vecina y a su casera alhajas de plata y oro, y vestidos preciosos; vestiréis con ellos a vuestros hijos e hijas, y despojaréis a Egipto [25].

¿Sabías que?

Al pie del Yebel Musa se alza el monasterio de Santa Catalina, fundado por el emperador Justiniano a mediados del siglo VI y habitado por monjes desde entonces: se lo considera uno de los monasterios cristianos más antiguos en uso continuado. Detrás del ábside de su basílica está la capilla de la Zarza Ardiente, en la que se entra descalzo, y junto a ella crece una zarza que los monjes veneran como la de Moisés. Hacia el 383, la peregrina Egeria ya vio allí una iglesia y un arbusto que, escribe, seguía vivo y echaba brotes.

Los nombres de Dios en el Pentateuco

Nombre	Significado y traducción	Dónde
El אֵל	«Dios», nombre común semítico; en Ugarit, el dios supremo	Gn 33,20; 46,3
Elohim אֱלֹהִים	«Dios»: plural de majestad, con el verbo en singular	Gn 1,1; Éx 3,4
El Shaddai אֵל שַׁדַּי	Discutido: «el de la montaña», «el que basta». Vulgata *omnipotens*: «Dios todopoderoso»	Gn 17,1; Éx 6,3
El Elyón אֵל עֶלְיוֹן	«Dios altísimo», el de Melquisedec	Gn 14,18-22
El Olam אֵל עוֹלָם	«Dios eterno», invocado en Bersabee	Gn 21,33
El Roí אֵל רֳאִי	«Dios que me ve», el nombre que le da Agar	Gn 16,13
YHWH יהוה	El nombre propio, ligado al verbo «ser»; se lee Adonai. Torres Amat: «el Señor»	Éx 3,15; 6,2
Ehyé אֶהְיֶה	«Yo soy» o «yo seré», del mismo verbo: «YO SOY EL QUE SOY»	Éx 3,12.14
Adonai אֲדֹנָי	«Mi Señor»; griego *Kyrios*, latín *Dominus*. «ADONAI» en 6,3, donde el hebreo dice YHWH	Gn 18,27; Éx 4,10
YHWH Nissí יהוה נִסִּי	«El Señor es mi estandarte»; Torres Amat: «EL SEÑOR ES MI EXALTACIÓN»	Éx 17,15

Dios se dio a conocer poco a poco y con nombres distintos, pero el revelado a Moisés en la zarza es el fundamental para la antigua y la nueva alianza (Catecismo, n. 204). Los nombres con El suelen ir unidos a un lugar o a una experiencia de los patriarcas. Por respeto, YHWH se lee Adonai, y así lo traducen la versión griega, la Vulgata y la liturgia: «el Señor».

PARA PROFUNDIZAR

El *nombre de* Dios: «Yo soy *el que soy*»

Moisés pregunta a Dios su nombre, y la respuesta es una de las frases más comentadas de la historia: ehyé asher ehyé. Ehyé es la primera persona del verbo hayá, «ser, estar, existir», en una forma que puede indicar presente o futuro: «Yo soy el que soy», «Yo soy el que es» o «Yo seré el que seré». Dios abrevia enseguida, «Ehyé (Yo soy) me ha enviado a vosotros» (3,14), y luego da el nombre en tercera persona, YHWH, que suele explicarse como «Él es» o «Él será» (3,15): el nombre propio del Dios de Israel.

¿Es una respuesta o una negativa a responder? Algunos ven en ella una evasiva: Dios no se deja encerrar en un nombre que el hombre pueda manejar. El Catecismo recoge las dos cosas: es un nombre revelado y a la vez como el rechazo de un nombre, y por eso expresa mejor a Dios, infinitamente por encima de lo que podemos decir (n. 206). Pero el contexto da una clave decisiva. Cuando Moisés pregunta «¿quién soy yo?», Dios responde con el mismo verbo: ehyé immak, «yo estaré contigo» (3,12). El Dios que es, es el Dios que está: se revela como el que está siempre allí, presente junto a su pueblo para salvarlo (n. 207). San Agustín distinguía dos nombres: «Yo soy el que soy», que dice lo que Dios es en sí mismo, y «el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob», un nombre de misericordia, vuelto hacia nosotros (*Sermón* 7).

Los traductores griegos pusieron «Yo soy el que es» (*ego eimi ho on*), y la Vulgata *Ego sum qui sum… Qui est misit me*; de ahí las mayúsculas de Torres Amat. Esta lectura marcó a los Padres y a la teología medieval. Santo Tomás sostiene que «El que es» es el

nombre más propio de Dios por tres razones: no significa una forma determinada, sino el ser mismo, y en Dios el ser es su esencia; es el más universal e indeterminado; y significa el presente, y Dios no conoce pasado ni futuro (*Suma teológica* I, q. 13, a. 11). Añade que, en cuanto a lo que se quiere designar, es todavía más propio el Tetragrámaton, impuesto para significar la sustancia de Dios, incomunicable y, por así decirlo, singular (ad 1). Étienne Gilson llamó a esta herencia la «metafísica del Éxodo», y el Catecismo la hace suya: Dios es la plenitud del ser y de toda perfección, y solo él ES (n. 213).

¿Se oponen la lectura filosófica y la bíblica? No necesariamente. El hebreo no piensa en «esencias», pero el Dios que puede decir «yo estaré contigo» en cualquier lugar y tiempo es precisamente el que no depende de nada ni de nadie. Porque es, puede estar; porque es siempre fiel a sí mismo, es fiel a sus promesas (n. 212). El ser de Dios no es una abstracción fría: es el fundamento de su fidelidad.

En el Evangelio de san Juan, Jesús dice varias veces «Yo soy» sin más, como Dios en la versión griega de Isaías: «para que sepáis que Yo soy» (Is 43,10). La más fuerte es Jn 8,58: «antes que Abrahán naciese, Yo soy». Sus oyentes toman piedras para apedrearlo; los soldados que vienen a prenderlo retroceden y caen en tierra cuando la oyen (Jn 18,5-6). El Catecismo ve aquí la revelación de que Jesús lleva el nombre divino: «cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces sabréis que Yo soy» (n. 211; Jn 8,28).

El Tetragrámaton se pronunciaba en el culto del templo, pero con el tiempo se dejó de decir en voz alta; según la Misná, el sumo sacerdote lo pronunciaba el día de la Expiación (Yomá 6,2). Al leer se decía Adonai, «mi Señor»; la versión griega puso Kyrios, la Vulgata Dominus, y Torres Amat «el Señor» (n. 209). De la lectura conjunta de las consonantes YHWH y las vocales de Adonai nació la forma híbrida «Jehová»; la pronunciación antigua era probablemente «Yahvé». En 2008, la Congregación para el Culto Divino pidió que en las celebraciones litúrgicas, en los cantos y en las oraciones no se use ni se pronuncie el nombre de Dios en la forma del tetragrámaton, sino que se traduzca por el equivalente de Adonai o Kyrios: en español, «Señor» (carta del 29 de junio de 2008). No es una pérdida, sino fidelidad a los apóstoles, que también dijeron Kyrios: con ese título la Iglesia confiesa que «Jesús es Señor» (Flp 2,11).

PAUSA

1. Moisés se desvió del camino para mirar la zarza. ¿Qué te ayuda a detenerte y mirar, en medio de tu rutina?
2. Dios respondió a «¿quién soy yo?» con «yo estaré contigo». ¿Qué tarea te parece hoy demasiado grande para ti?
3. ¿Qué lugar, momento o persona ha sido para ti «tierra santa», donde sentiste la presencia de Dios?

Para orar. *Señor, tú que eres el que eres y estás conmigo, enséñame a descalzarme ante tu presencia.*

4

Las señales y el regreso a Egipto

Moisés sigue resistiéndose. A sus objeciones, «no me creerán», «no sé hablar», «envía a otro», Dios responde con tres señales, con la promesa de estar en su boca y con la ayuda de su hermano Aarón (vv. 1-17). Después Moisés vuelve a Egipto con su familia y con la vara de Dios (vv. 18-23), sufre en el camino un ataque misterioso del que lo salva Séfora (vv. 24-26) y se encuentra con Aarón en el monte de Dios (vv. 27-31). El capítulo termina con una frase sencilla y decisiva: «Y creyó el pueblo».

Tres señales para creer

1 Replicó Moisés, y dijo: No me creerán [1] ni oirán mi voz,
sino que dirán: No hay tal: no se te ha aparecido el Señor.
2 ¿Qué es eso, le preguntó Dios, que tienes en tu mano?
Una vara [2], respondió él.
3 Dijo el Señor: Arrójala en tierra. La arrojó, y se convirtió en una serpiente [3], de manera que Moisés echó a huir.
4 Dijo entonces el Señor: Alarga tu mano, y cógela por la cola. La alargó y la cogió, y luego la serpiente volvió a ser vara.
5 Esto es, añadió el Señor, para que crean que se te ha aparecido el Señor Dios de sus padres, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob.

6 Le dijo todavía el Señor: Mete tu mano en tu seno. Y habiéndola metido, la sacó cubierta de lepra, blanca como la
nieve [4]. 7 Vuélvete a meter, dijo, la mano en el seno. La
volvió a meter, y la sacó otra vez, y era semejante a la demás carne del cuerpo. 8 Si no te creyeren, dijo, ni diesen
oídos a la voz del primer prodigio, se rendirán a la del segundo. 9 Que si ni aun a estos dos prodigios dieren crédito
ni escucharen tu voz, toma agua del río, y derrámala en
tierra, y cuanta sacares del río se convertirá en sangre [5].

«Envía al que has de enviar»

10 Dijo entonces Moisés: Señor, te suplico tengas presente
que yo nunca he tenido facilidad en hablar; y aun después
que hablas con tu siervo, me siento más embarazado y torpe de lengua [6]. 11 Le dijo a esto el Señor: ¿Quién hizo la
boca del hombre? [7] ¿O quién formó al mudo y al sordo, al
que ve y al ciego? ¿No he sido yo? 12 Anda, pues, que yo estaré en tu boca [8], y te enseñaré lo que has de hablar.
13 Todavía él replicó: Te suplico, Señor, que envíes al que
has de enviar [9].

14 Enojado el Señor contra Moisés, dijo: Aarón tu hermano, hijo de Leví como tú [10], sé que habla bien; pues
mira, éste mismo va a venir a tu encuentro, y al verte se
llenará de gozo. 15 Tú le hablarás y le irás poniendo mis palabras en su boca. Yo estaré en tu boca y en la suya, y os
mostraré lo que debéis hacer. 16 Él hablará en tu lugar al

pueblo, y será tu lengua. Y tú le dirigirás en todo lo perteneciente a Dios [11]. 17 Toma también en tu mano esta vara, con la cual has de hacer prodigios.

El regreso a Egipto

18 Partió, pues, Moisés, y volvió a su suegro Jetro, y le dijo: Quisiera ir a visitar otra vez a mis hermanos en Egipto, para ver si viven todavía. A lo cual respondió Jetro: Ve enhorabuena. 19 Había dicho el Señor a Moisés, estando éste en Madián: Anda y vuelve a Egipto; porque han muerto ya todos los que atentaban contra tu vida [12]. 20 Tomó, pues, Moisés a su esposa y a sus hijos, y los hizo montar en un jumento [13], y se volvió a Egipto, llevando en la mano la vara de Dios.

21 Le dijo asimismo el Señor cuando volvía a Egipto: Mira que hagas delante del faraón todos los portentos para los cuales te he dado poder. Yo endureceré su corazón [14], y no dejará partir a mi pueblo. 22 Y tú le dirás: Esto dice el Señor: Israel es mi hijo primogénito [15]. 23 Ya te tengo dicho: Deja ir a mi hijo, para que me rinda el culto que me es debido, y tú no has querido dejarle partir; he aquí, pues, que yo voy a quitar la vida a tu hijo primogénito.

24 Estando Moisés en el camino, se le presentó el Señor en una posada, en ademán de quererle quitar la vida [16]. 25 Cogió al momento Séfora un pedernal muy afilado y cir-

cuncidó a su hijo, y tocando con la sangre los pies de Moisés, le dijo: Tú eres para mí un esposo de sangre [17]. [26] Y el ángel le dejó estar [18] luego que hubo dicho ella con motivo de la circuncisión que hizo: Eres para mí esposo de sangre.

Aarón sale al encuentro de Moisés

[27] Entretanto dijo el Señor a Aarón: Ve al desierto a encontrar a Moisés; y fue a su encuentro hasta Horeb, el monte de Dios, y le besó [19]. [28] Y contó Moisés a Aarón todo lo que le había dicho el Señor al enviarle, y los prodigios que le había mandado hacer. [29] Con esto fueron juntos a Egipto, y congregaron a todos los ancianos de los hijos de Israel. [30] Y Aarón refirió todas las palabras que había dicho el Señor a Moisés; y éste hizo los milagros delante del pueblo. [31] Y creyó el pueblo [20]. Y entendieron que el Señor venía a visitar a los hijos de Israel por haber vuelto los ojos a su tribulación; y postrados en tierra, le adoraron.

¿Sabías que?

En Adviento se canta un antiguo canto latino, el *Rorate caeli*, cuyo estribillo pide: «destilad, cielos, el rocío de lo alto, y las nubes lluevan al justo» (Is 45,8). Una de sus estrofas une dos frases de estos capítulos: «mira, Señor, la aflicción de tu pueblo» (*Vide, Domine, afflictionem populi tui*, eco de 3,7) «y envía al que has de enviar» (*et mitte quem missurus es*, 4,13), y sigue con Isaías: «envía al Cordero, dominador de la tierra» (Is 16,1). La excusa de Moisés, que quería librarse de la misión, se ha convertido en la súplica de la Iglesia que espera al Mesías.

PAUSA

1. Moisés puso una excusa tras otra. ¿Cuál es tu excusa favorita cuando Dios te pide algo?
2. Dios convirtió el bastón de un pastor en «la vara de Dios». ¿Qué tienes hoy en la mano que Dios podría usar?

Para orar. *Señor, pon tus palabras en mi boca; y si no sé hablar, dame un hermano que me ayude.*

5

Ladrillos sin paja

La primera entrevista con el faraón es un fracaso. Moisés y Aarón piden permiso para celebrar una fiesta en el desierto, y el rey responde con desprecio: «No conozco a tal Señor». El capítulo avanza en cuatro escenas: la petición (vv. 1-5), la orden de hacer ladrillos sin paja (vv. 6-14), la queja inútil de los capataces israelitas, que terminan culpando a Moisés (vv. 15-21), y la oración amarga de Moisés (vv. 22-23). La situación empeora justo cuando Dios ha prometido intervenir: es la experiencia, tantas veces repetida, de que obedecer a Dios no siempre trae un alivio inmediato.

«Dejad ir a mi pueblo»

1 Después de esto entraron Moisés y Aarón al faraón, y le
dijeron: Esto dice el Señor Dios de Israel: Dejad ir a mi
pueblo [1] a fin de que me ofrezca un sacrificio solemne [2]
en el desierto. 2 A lo que respondió él: ¿Quién es ese Señor
para que yo haya de escuchar su voz [3] y dejar salir a Is-
rael? No conozco a tal Señor, ni dejaré ir a Israel.
3 Replicaron ellos: El Dios de los hebreos [4] nos ha llamado
para que vayamos camino de tres días al desierto, y ofrez-
camos sacrificio al Señor Dios nuestro, a fin de que no ven-
ga sobre nosotros la peste o la guerra [5]. 4 Les dijo el rey de

Egipto: ¿Cómo es que vosotros, Moisés y Aarón, distraéis
al pueblo de sus tareas [6]? Marchad a vuestros quehaceres.
5 Y dijo luego el faraón: Este pueblo se ha aumentado mu-
cho en el país; ved cómo se ha multiplicado el gentío;
¿cuánto más si le dejáis respirar de sus fatigas? [7]

Ladrillos sin paja

6 Dio orden, pues, en aquel mismo día a los sobrestantes de
las obras y a los inspectores del pueblo [8], diciendo: 7 De
ninguna manera habéis ya de dar al pueblo, como antes,
paja para que haga los ladrillos [9]: que vayan ellos mismos
a recogerla; 8 y sin embargo, les exigiréis la misma canti-
dad de ladrillos [10] que hasta ahora, sin disminuirles nada;
pues están holgando [11], y por eso vocean, diciéndose unos
a otros: Vamos a ofrecer sacrificio a nuestro Dios. 9 Sean
agobiados con faenas y cumplan con ellas, para que no den
oídos a embustes.

10 Saliendo, pues, con este mandato los sobrestantes de las
obras y los inspectores, dijeron al pueblo: Esto dice el fa-
raón: No quiero daros la paja. 11 Id y recogedla donde pu-
diereis hallarla; ni por eso se disminuirá nada de vuestra
tarea. 12 Se esparció, pues, el pueblo por toda la tierra de
Egipto para recoger paja [12]. 13 Al mismo tiempo los sobres-
tantes los apremiaban, diciendo: Cumplid vuestra tarea
diaria [13], como solíais hacer antes, cuando se os daba la
paja. 14 Y fueron azotados los maestros de obras de los hijos

de Israel [14] por los inspectores del faraón, que les decían: ¿Por qué ni ayer ni hoy nos dais cumplida la cantidad de ladrillos, como antes?

La queja de los capataces

[15] Entonces los maestros de obras de los hijos de Israel fueron a clamar al faraón, diciendo: ¿Por qué razón maltratas así a tus siervos? [16] No se nos dan pajas y se nos exige la misma cantidad de ladrillos; mira que tus siervos somos azotados, y se trata injustamente a tu pueblo [15]. [17] Estáis holgando, les respondió el faraón, y esto es lo que os hace decir: Vamos a ofrecer sacrificio al Señor. [18] Andad en hora mala, y trabajad; que no se os ha de dar la paja, y habéis de completar el número acostumbrado de ladrillos. [19] Así es que los maestros de obras de los hijos de Israel se veían en gran angustia, a causa de que no querían disminuirles en nada el número de ladrillos que diariamente tenían que dar.

[20] Y al salir de la presencia del faraón, fueron a encontrar a Moisés y Aarón, los cuales estaban aguardando allí cerca, [21] y les dijeron: Atienda el Señor a esto que nos pasa, y juzgue; pues vosotros nos habéis hecho abominables [16] a los ojos del faraón y de sus servidores, y habéis puesto en su mano el cuchillo para que nos degüelle.

La oración de Moisés

22 Se volvió Moisés al Señor, y dijo: ¡Ah Señor! ¿Por qué
has afligido a este tu pueblo? 17 ¿A qué me has enviado a
mí? 23 Pues desde que yo he venido a tratar con el faraón en
tu nombre, ha afligido más a tu pueblo, y tú no lo has
libertado 18.

¿Sabías que?

«Go down, Moses... Let my people go»: con estas palabras del Éxodo empieza uno de los espirituales negros más famosos. Lo cantaban los esclavos afroamericanos del sur de Estados Unidos, que se reconocían en el Israel oprimido. Harriet Tubman, que guió a muchos esclavos fugitivos hacia el norte y a quien llamaban «Moisés», lo usaba como señal, según su primera biógrafa. En 1861 lo transcribió el capellán Lewis Lockwood al oírlo a esclavos refugiados en el fuerte Monroe, en Virginia, y al año siguiente se publicó como partitura: se considera el primer espiritual impreso con su música.

PAUSA

1. Al obedecer a Dios, la situación de Israel empeoró. ¿Has vivido algo así? ¿Qué sostuvo tu fe?
2. El faraón llamaba pereza al deseo de adorar a Dios. ¿Qué lugar real tienen en tu semana el descanso y la oración del domingo?
3. Moisés se quejó ante Dios con toda franqueza. ¿Qué pregunta o reproche tienes guardado y podrías decirle hoy?

Para orar. *Señor, cuando no entienda tus caminos, que mi queja sea también oración y no me aleje de ti.*

6

«Yo soy el Señor»

Dios responde a la queja de Moisés con una de las grandes promesas de la Biblia. El capítulo tiene tres partes: la palabra de Dios, enmarcada por «Yo soy el Señor», que recuerda la alianza con los patriarcas y promete liberar, rescatar y adoptar a Israel (vv. 1-13); una genealogía que sitúa a Moisés y Aarón en la tribu de Leví (vv. 14-27), y la reanudación del relato (vv. 28-30). Muchos estudiosos ven aquí un segundo relato de la vocación de Moisés, de otra tradición, paralelo al de la zarza. El pueblo, agotado, no escucha; Moisés vuelve a objetar. Pero Dios mantiene su plan.

«Yo soy el Señor»

1 Ahora verás, respondió el Señor a Moisés, lo que voy a
hacer con el faraón. Porque obligado del poder de mi bra-
zo dejará salir a los israelitas, y la robusta mano mía hará
que él mismo los eche de su tierra [1].

2 Y prosiguió el Señor diciendo a Moisés: Yo soy el Señor [2],
3 que me aparecí a Abrahán, a Isaac y Jacob, como Dios
todopoderoso [3], aunque no les revelé mi nombre
ADONAI [4]. 4 Hice sí pacto con ellos de darles la tierra de
Canaán, tierra de su peregrinación, donde estuvieron
como extranjeros [5]. 5 Yo he oído los gemidos de los hijos

de Israel por la opresión que sufren de parte de los egipcios; y he tenido presente el pacto mío con ellos [6]. [6] Por tanto, diles de mi parte a los hijos de Israel: Yo soy el Señor, que os sacaré del yugo de los egipcios [7], que os libraré de la esclavitud, y os rescataré [8], descargando mi brazo levantado terribles golpes contra ellos. [7] Yo os adoptaré por pueblo mío y seré vuestro Dios [9], y conoceréis que Yo soy el Señor Dios vuestro que os habré sacado del yugo de los egipcios, [8] e introducido en la tierra que tengo jurado dar [10] a Abrahán, a Isaac y a Jacob; porque a vosotros os daré la posesión de ella. Yo que soy el Señor.

[9] Refirió, pues, Moisés, todas estas cosas a los hijos de Israel; los cuales no le dieron crédito, angustiados como estaban en extremo [11], y agobiados con el exceso de las faenas.

Otra objeción de Moisés

[10] Y habló el Señor a Moisés diciendo: [11] Entrad luego al faraón, rey de Egipto, y dile que deje salir de su tierra a los hijos de Israel. [12] Respondió Moisés al Señor: Ves que los hijos de Israel no me escuchan; pues ¿cómo me ha de escuchar el faraón, sobre todo siendo yo tartamudo [12]? [13] Mas el Señor habló a Moisés y a Aarón, y les dio orden de ir a buscar a los hijos de Israel, y al faraón, rey de Egipto, a fin de sacar de la tierra de Egipto a los hijos de Israel.

La familia de Moisés y Aarón

14 Estos son los príncipes de las tribus según sus familias [13]. Hijos de Rubén, primogénito de Israel: Enoc y
Fallú, Hesrón y Carmí. 15 Estas son las familias de Rubén.
Hijos de Simeón: Jamuel y Jamín, y Ahod y Jaquín, y Soar
y Saúl, hijo de una cananea. Estos son los linajes de Si-
meón.

16 Y estos son los nombres de los hijos de Leví, según sus familias: Gersón, y Caat y Merari. Y los años de la vida de
Leví fueron ciento treinta y siete [14]. 17 Hijos de Gersón:
Lobni y Semeí con sus descendientes. 18 Hijos de Caat: Amram, e Isaar, y Hebrón y Oziel. Y los años de la vida de Caat
fueron ciento treinta y tres. 19 Hijos de Merari: Mooli y
Musi. Estos son los descendientes de Leví según sus familias.

20 Amram casó con Jocabed, su prima hermana paterna [15], la cual le parió a Aarón y a Moisés. Y los años
de la vida de Amram fueron ciento treinta y siete. 21 Los hijos de Isaar: Core, y Nefeg y Zecri. 22 Los de Oziel: Misael, y
Elisafán y Setri. 23 Aarón tomó por mujer a Isabel, hija de
Aminadab [16], hermana de Nahasón, la cual le parió a Nadab, y Abiú y Eleazar e Itamar [17]. 24 Los hijos de Core [18]:
Aser, y Elcana y Abiasaf. Estas son las familias de los coritas. 25 Pero Eleazar, hijo de Aarón, tomó por mujer a una

de las hijas de Futiel, la cual le parió a Finees [19]. Estos son los príncipes de las familias levíticas, según sus prosapias.

[26] Este es aquel Aarón, y éste aquel Moisés, a quienes mandó el Señor que sacaran de la tierra de Egipto a los hijos de Israel, distribuidos en bandas o cuadrillas [20]. [27] Estos son los que hablaron al faraón, rey de Egipto, para hacer salir de Egipto a los hijos de Israel. Moisés y Aarón fueron los que le hablaron.

El Señor renueva su mandato

[28] En el día en que habló el Señor a Moisés [21] en la tierra de Egipto, [29] les dijo el Señor estas palabras: Yo soy el Señor: da a conocer al faraón, rey de Egipto, todas las cosas que yo te digo. [30] A lo cual respondió Moisés: Ves que yo soy tartamudo, ¿cómo me ha de escuchar el faraón?

> **¿Sabías que?**
>
> En la familia sacerdotal de Israel aparecen varios nombres egipcios. Moisés viene probablemente de *ms*, «hijo» (ver nota a 2,10); Fineés es *pa-nehesy*, «el nubio», un nombre corriente en Egipto, y algunos egiptólogos explican también por el egipcio el de Hofní, hijo del sacerdote Elí (1 Sam 1,3), y el de Merarí, hijo de Leví. Para muchos estudiosos es un indicio de que el recuerdo de una estancia en Egipto es antiguo: un relato inventado mucho después difícilmente habría dado nombres egipcios a los antepasados de los sacerdotes de Israel.

La familia de Moisés

Moisés *el libertador*	**Aarón** *la línea sacerdotal*	**Los primos** *otros hijos de Coat*
Leví, tercer hijo de Jacob y Lía, vivió 137 años. Sus hijos: Gersón, **Coat** y Merarí (6,16)		
Coat (133 años) → **Amram** (137 años) ∞ **Jocabed**, su tía en el hebreo, su prima en la Vulgata (6,18-20)		**Isaar**, **Hebrón** y **Oziel**, hermanos de Amram (6,18)
Moisés ∞ **Séfora**, hija de Jetro (2,21). Su hermana **María**, la profetisa (15,20)	**Aarón**, tres años mayor que Moisés (7,7) ∞ **Isabel**, hija de Aminadab y hermana de Naasón, de la tribu de Judá (6,23)	**Coré**, hijo de Isaar · **Misael** y **Elisafán**, hijos de Oziel (6,21-22)
Gersán y **Eliézer** (2,22; 18,3-4)	**Nadab** y **Abiú**, muertos por el «fuego extraño» (Lv 10,1-2) · **Eleazar** e **Itamar** (6,23)	**Aser**, **Elcana** y **Abiasaf**, los coritas (6,24)
Sus descendientes quedan entre los levitas, sin sacerdocio (1 Cr 23,14)	**Eleazar**, sumo sacerdote tras Aarón (Nm 20,28) ∞ una hija de Futiel → **Fineés** (6,25; Nm 25,13)	Los «hijos de Coré», cantores del templo (Sal 42; 84)

Cada fila es una generación; ∞ indica matrimonio. De Leví a Moisés hay solo cuatro generaciones, como anuncia Gn 15,16; la versión griega añade a María en 6,20. Por Isabel, la familia sacerdotal queda unida a Judá: su hermano Naasón es antepasado de David y de Jesús (Rut 4,20-22; Mt 1,4). El sacerdocio pasa de Aarón a Eleazar y a Fineés, a quien Dios promete un sacerdocio perpetuo.

PAUSA

1. El pueblo no escuchó por su «cortedad de espíritu». ¿Qué cansancio o tristeza te impide hoy escuchar las promesas de Dios?
2. Dios se presenta como el pariente que rescata. ¿De qué esclavitud necesitas que te rescate?
3. De la familia de Coré, el rebelde, salieron salmos bellísimos. ¿Qué historia de tu familia podría Dios transformar en bendición?

Para orar. *Señor, Dios fiel, que no me canse de esperar tu liberación, aunque me falte el aliento.*

7

La vara y el río

Empieza el gran duelo entre el Señor y el faraón. Dios renueva el envío de Moisés y de Aarón, anuncia que el faraón no escuchará y da la clave de todo lo que vendrá: «entenderán los egipcios que Yo soy el Señor». El capítulo tiene tres partes: el encargo y la edad de los dos hermanos (vv. 1-7), la vara convertida en serpiente ante la corte (vv. 8-13) y la primera plaga, el agua del Nilo convertida en sangre (vv. 14-25). El río al que el faraón mandó arrojar a los niños hebreos (1,22) se vuelve contra Egipto.

Moisés, «dios» del faraón

1 Y dijo el Señor a Moisés: Mira, yo te he constituido Dios
del faraón [1]; y Aarón tu hermano será profeta o intérprete
tuyo [2]. 2 Tú le dirás a Aarón todas las cosas que yo te man-
do, y él hablará al faraón para que deje ir de su tierra a los
hijos de Israel. 3 Mas yo endureceré su corazón [3], y multi-
plicaré mis prodigios y portentos [4] en la tierra de Egipto;
4 y con todo no ha de escucharos. Pero yo extenderé mi
mano sobre Egipto, y sacaré al ejército y pueblo mío, los
hijos de Israel, de la tierra de Egipto, a fuerza de grandes
castigos [5]. 5 Y entenderán los egipcios que Yo soy el
Señor [6], cuando extendiere mi mano sobre Egipto y saca-
re a los hijos de Israel de en medio de ellos.

6 Hicieron, pues, Moisés y Aarón según lo que el Señor les
había mandado. Lo ejecutaron del mismo modo. 7 Moisés
tenía ochenta años [7], y Aarón ochenta y tres cuando ha-
blaron al faraón.

La vara convertida en serpiente

8 Previno también el Señor a Moisés y Aarón: 9 Cuando el
faraón os dijere: Hacednos ver por algún milagro que Dios
os envía, dirás tú a Aarón: Toma tu vara, y échala delante
del faraón, y convertirse ha en culebra [8]. 10 Habiéndose,
pues, presentado Moisés y Aarón al faraón, hicieron lo
que Dios les había ordenado, y Aarón echó la vara en pre-
sencia del faraón y de sus servidores o cortesanos, la cual
se convirtió en culebra. 11 Llamó entonces el faraón a los
sabios y a los hechiceros [9], y ellos también con encanta-
mientos egipcíacos y ciertos secretos de su arte, hicieron
lo mismo en la apariencia [10]. 12 Y arrojaron cada uno de
ellos sus varas [11], las cuales se transformaron en serpien-
tes; pero la vara de Aarón devoró las varas de ellos [12]. 13 Y
el corazón del faraón se endureció, y no escuchó a Moisés
y a Aarón, como lo había el Señor ordenado o predicho [13].

Primera plaga: el agua en sangre

14 Obstinado está el corazón del faraón, dijo el Señor a Moi-
sés, y no quiere dejar ir al pueblo. 15 Ve a encontrarle por la
mañana, pues irá al río [14]; y estarás aguardándole en la

orilla, teniendo en tu mano la vara que se convirtió en serpiente. 16 Y le dirás: El Señor Dios de los hebreos me ha enviado a decirte: Deja que vaya mi pueblo a ofrecerme sacrificios [15] en el desierto. Tú hasta ahora no has querido obedecer. 17 Dice, pues, el Señor: En esto conocerás que yo soy el Señor [16]: Voy a herir al agua del río con la vara que tengo en mi mano, y se convertirá en sangre [17]. 18 Con lo que morirán los peces del río, se corromperán las aguas, y los egipcios, que ahora beben el agua del río, se verán angustiados.

19 Dijo asimismo el Señor a Moisés: Dile a Aarón: Toma tu vara y extiende tu mano sobre las aguas de Egipto, y sobre sus ríos, y acequias, y lagunas y todos los estanques de agua, para que se conviertan en sangre, y sangre haya en toda la tierra de Egipto, hasta en las vasijas, tanto de madera como de piedra. 20 Lo hicieron, pues, Moisés y Aarón, conforme al precepto del Señor; y levantando Aarón la vara, hirió el agua del río en presencia del faraón y de sus criados, la cual se convirtió en sangre [18]. 21 Los peces que había en el río murieron, y el río se corrompió, de suerte que no podían los egipcios beber agua, y hubo sangre en toda la tierra de Egipto.

22 También los hechiceros de los egipcios hicieron otro tanto [19] con sus encantamientos; y se endureció el corazón del faraón, y no escuchó a Moisés y Aarón, conforme

el Señor lo había dispuesto o predicho. 23 Antes les volvió
las espaldas y se metió en su casa, y tampoco hizo caso esta
vez [20]. 24 Entretanto todos los egipcios cavaban alrededor
del río [21], a fin de hallar agua para beber; porque no po-
dían beber de la del río. 25 Siete días enteros se pasaron
después que el Señor hirió el río.

¿Sabías que?

Hasta mediados del siglo XX, el Nilo crecía cada verano con las lluvias de las montañas de Etiopía, y sus aguas bajaban turbias, de color pardo rojizo, cargadas del limo que fertilizaba los campos. Los egipcios veneraban esa crecida como el dios Hapi y medían su altura con escalas talladas en la piedra, los nilómetros, como el que todavía se ve en la isla de Elefantina, en Asuán. La gran presa de Asuán, terminada en 1970, acabó con la inundación anual: el río del Éxodo ya no cambia de color.

Las diez plagas

Plaga · *dios egipcio**	**Los magos**	**El faraón**
1. Sangre, 7,14-25 ***Hapi*, el Nilo**	Hacen lo mismo (7,22)	Se vuelve a su casa sin hacer caso (7,23)
2. Ranas, 8,1-15 ***Heqet***	Hacen lo mismo (8,7)	Pide oración y promete; con el alivio, se endurece (8,8.15)
3. Mosquitos, 8,16-19	Fracasan: «es el dedo de Dios» (8,18-19)	Su corazón se endurece (8,19)
4. Moscas, 8,20-32	—	«Sin salir de esta tierra»; «no vayáis más lejos» (8,25.28)
5. Peste, 9,1-7 ***Apis*, *Hathor***	—	Comprueba que Israel no perdió nada, y se endurece (9,7)
6. Úlceras, 9,8-12 ***Sejmet* (?)**	No pueden ni presentarse (9,11)	Por primera vez, «endureció… el Señor» (9,12)
7. Granizo, 9,13-35 ***Nut*, el cielo (?)**	—	«He pecado; el Señor es justo» (9,27); vuelve a obstinarse
8. Langostas, 10,1-20	—	«Id solamente los hombres» (10,11); «perdonadme» (10,17)
9. Tinieblas, 10,21-29 ***Ra*, el sol**	—	«Queden solamente vuestras ovejas» (10,24); amenaza de muerte a Moisés (10,28)
10. Primogénitos 12,29-36 · *el faraón*	—	«Marchad… y rogad por mí» (12,31-32)

La primera plaga de cada serie se anuncia al faraón de madrugada (1, 4, 7), la segunda en su palacio (2, 5, 8) y la tercera llega sin aviso (3, 6, 9); la décima rompe el esquema. * Relacionar cada plaga con un dios egipcio es una interpretación moderna, a veces forzada; el texto solo dice que el Señor hizo justicia «de los dioses todos de Egipto» (12,12; Nm 33,4).

PARA PROFUNDIZAR

Las plagas: naturaleza, signo y juicio

Las diez plagas son una de las páginas más conocidas de la Biblia. El texto las llama «prodigios y portentos» (7,3), es decir, señales, y también «juicios» (7,4). Su número no es fijo en la Escritura: los Salmos 78 y 105 las recuerdan en otro orden y sin nombrarlas todas; la cifra de diez se consolidó después, y la Misná habla ya de «diez plagas» (Abot 5,4). Su orden, en tres series de tres más la décima, está construido con arte (ver el cuadro «Las diez plagas»).

También se han buscado explicaciones naturales. La más elaborada es la de la estudiosa Greta Hort (1957-1958): una crecida excepcional del Nilo, teñido de rojo por la tierra de Etiopía y por microorganismos, mataría a los peces; las ranas huirían del agua corrompida y morirían en masa; sus cadáveres multiplicarían los insectos, y una infección transmitida por ellos alcanzaría al ganado y a las personas. Otros han pensado en una «marea roja» de algas o en la erupción del volcán de Santorini, en el Egeo, cuyas cenizas habrían oscurecido el cielo. Son hipótesis sugerentes, pero con límites claros: la cadena de Hort se rompe después de la sexta plaga y no explica la muerte de los primogénitos ni la distinción entre egipcios e israelitas, y la erupción de Santorini, que hoy se sitúa hacia el 1600 a. C., es siglos anterior a la fecha más probable del éxodo y ocurrió a unos 800 kilómetros del delta. El relato, en todo caso, usa fenómenos conocidos en Egipto, intensificados y concentrados para mostrar la mano de Dios.

A veces se cita también un texto egipcio, las *Admoniciones de Ipuwer*, conservado en un papiro del museo de Leiden. Describe un

país sumido en el caos: los pobres se enriquecen, las esclavas llevan joyas y «el río es sangre». A mediados del siglo XX, Immanuel Velikovsky lo presentó como un testimonio egipcio del éxodo. La gran mayoría de los egiptólogos lo rechaza: el texto es un poema de lamentación, un género literario que pinta el desorden social con imágenes convencionales; se compuso probablemente en el Imperio Medio, siglos antes de cualquier fecha propuesta para el éxodo, y no menciona a Israel ni a Moisés.

El propio texto da otra clave: «de los dioses todos de Egipto tomaré yo venganza» (12,12); el Señor «hizo justicia también de sus dioses», recuerda el libro de los Números (Nm 33,4). En Egipto, el Nilo, la fecundidad, el ganado, el sol y el mismo faraón tenían carácter divino, y muchos intérpretes han relacionado cada plaga con un dios: el Nilo con Hapi, las ranas con Heqet, el ganado con Apis y Hathor, las tinieblas con Ra (ver el cuadro «Las diez plagas»). Son asociaciones modernas, a veces forzadas, pero apuntan a algo verdadero: el Señor muestra su señorío sobre todo lo que Egipto adoraba, y la creación obedece a su Creador, no al faraón.

Hacia el siglo I a. C., un sabio judío de Alejandría meditó sobre las plagas en los capítulos 11 a 19 del libro de la Sabiduría. Construye una serie de contrastes, porque las mismas criaturas con que fueron castigados los egipcios sirvieron de beneficio a Israel (Sab 11,5). En lugar del río ensangrentado, Israel recibió agua de la roca; frente a los animales que atormentaron a Egipto, las codornices; frente a las tinieblas, la columna de fuego (Sab 11,4-7; 16,2; 18,1-3). Formula un principio: cada uno es castigado por aquello mismo con que peca (Sab 11,16). Y descubre la misericor-

dia dentro del juicio: Dios castigó poco a poco para dejar lugar al arrepentimiento (Sab 12,10), porque lo ama todo y todo lo perdona, porque todo es suyo, «Señor, amigo de la vida» (Sab 11,24-26).

Las plagas enseñan, en fin, que el Dios de Israel es el Señor de la creación y de la historia, y que quiere ser conocido por todos: «entenderán los egipcios que Yo soy el Señor» (7,5). El Apocalipsis las retomará en las trompetas y las copas (Ap 8 – 9; 16) para hablar del juicio de Dios sobre los poderes que esclavizan. La Iglesia pide leer estos relatos atendiendo a su género literario y a lo que Dios quiso enseñar (*Dei Verbum*, n. 12). Y la tradición judía añade un gesto de humanidad: en la cena pascual, muchas familias derraman una gota de vino por cada plaga, para que la alegría de la liberación no se convierta en alegría por el sufrimiento de otros.

PAUSA

1. Moisés empezó su misión a los ochenta años. ¿Crees que para Dios hay una edad en la que ya es tarde para servirle?
2. El faraón «no puso su corazón» en lo que veía. ¿Qué señales de Dios en tu vida has preferido no mirar?
3. Israel debía salir de Egipto «para servir» a Dios. ¿A quién o a qué sirves de hecho con tu tiempo y tus fuerzas?

Para orar. *Señor, que conozca tu nombre por amor y no a fuerza de golpes, y que te sirva con un corazón libre.*

8

Ranas, mosquitos y moscas

Tres plagas más, y el duelo se endurece. Las ranas invaden hasta la cama del faraón (vv. 1-15), los mosquitos brotan del polvo (vv. 16-19) y las moscas llenan Egipto, pero respetan la tierra de Gesén (vv. 20-32). Los magos imitan la segunda plaga, fracasan en la tercera y reconocen «el dedo de Dios». El faraón empieza a negociar: pide oraciones, promete, propone soluciones a medias y, en cuanto siente alivio, se vuelve atrás. Desde la cuarta plaga, Dios hace distinción entre su pueblo y Egipto.

Segunda plaga: las ranas

[1] Dijo todavía el Señor a Moisés [1]: Preséntate al faraón y le
dirás: Esto dice el Señor: Deja ir a mi pueblo para que me
ofrezca sacrificios. [2] Que si no quieres dejarle ir, mira que
voy a castigar todas tus provincias con ranas [2]. [3] Y criará
el río tanta rana, que subirán y se meterán por tu casa, y
entrarán en el aposento donde duermes y en tu misma
cama, como también en las casas de tus servidores, y en
las de todo tu pueblo, y hasta en tus hornos y en los re-
puestos de tus viandas [3]. [4] Y serás atormentado de las ra-
nas tú, y tu pueblo y todos tus servidores.

[5] Dijo, pues, el Señor a Moisés: Dile a Aarón: Extiende tu
mano sobre los ríos y sobre los arroyos y las lagunas, y haz
salir ranas sobre la tierra de Egipto. [6] Extendió Aarón su
mano sobre las aguas de Egipto, y salieron fuera las ranas,
y cubrieron el territorio de Egipto. [7] Hicieron también los
magos una cosa semejante con sus encantamientos, e hi-
cieron salir ranas sobre la tierra de Egipto.

[8] Pero el faraón llamó a Moisés y a Aarón y les dijo: Rogad
al Señor que aparte las ranas [4] de mí y del pueblo mío, que
yo dejaré ir a vuestro pueblo, para que ofrezca sacrificios
al Señor. [9] Dijo entonces Moisés al faraón: Determina tú el
tiempo [5] en que yo he de interceder por ti, por tus siervos
y por tu pueblo, para que las ranas sean echadas lejos de ti
y de tu palacio, y de tus criados y de tu pueblo, y queden
solamente en el río. [10] Respondió el faraón: Mañana [6].
Bien está, dijo Moisés, lo haré según pides, para que sepas
que nadie hay como el Señor Dios nuestro [7]. [11] Y se retira-
rán las ranas de ti, y de tu palacio, y de tus siervos y de tu
pueblo, y solamente quedarán en el río.

[12] Dicho esto se despidieron del faraón Moisés y Aarón; y
Moisés clamó al Señor [8] por el cumplimiento de la prome-
sa que él había hecho al faraón tocante a las ranas. [13] Y
cumplió el Señor la palabra de Moisés, y así murieron to-
das las ranas de las casas, y de las granjas y de los campos,
[14] y las juntaron en inmensos montones [9]: con lo que que-

dó la tierra llena de hediondez o mal olor. 15 Mas el faraón,
viéndose libre del mal, endureció su corazón [10], y no dio
oídos a Moisés y Aarón, como el Señor lo había dispuesto o
predicho.

Tercera plaga: los mosquitos

16 Dijo, pues, el Señor a Moisés: Di a Aarón que extienda su
vara y hiera el polvo de la tierra, para que nazcan
mosquitos [11] en todo el territorio de Egipto. 17 Lo hicieron
así, y extendió Aarón la vara que tenía en la mano, e hirió
el polvo de la tierra, y hombres y bestias quedaron infesta-
dos de mosquitos, y todo el polvo de la tierra se convirtió
en mosquitos por todo el país de Egipto. 18 Procuraron
también los encantadores con sus hechizos producir mos-
quitos, y no pudieron [12]. Entretanto los mosquitos infesta-
ban así a los hombres como a las bestias. 19 Y dijeron los
hechiceros al faraón: Es el dedo de Dios el que aquí
obra [13]. Pero se endureció el corazón del faraón y no escu-
chó a Moisés ni a Aarón, como el Señor había dispuesto o
predicho.

Cuarta plaga: las moscas

20 Dijo todavía el Señor a Moisés: Levántate de madrugada
y preséntate al faraón, porque ha de salir a las aguas o al
río, y le dirás: Esto dice el Señor: Deja ir a mi pueblo para
que me ofrezca sacrificios. 21 Porque si no lo dejas ir, mira

que yo enviaré contra ti, contra tus siervos y contra tu pueblo y contra tus casas, todo género de moscas [14]; y las habitaciones de los egipcios, y todos los parajes donde moraren, se llenarán de moscas de diferentes especies. [22] Y en el mismo día haré que la tierra de Gesén, donde habita mi pueblo, sea maravillosa [15], no habiendo en ella ninguna de esas moscas; a fin de que entiendas que yo el Señor habito en medio de aquellas tierras. [23] Yo haré distinción entre mi pueblo y el tuyo [16]: mañana se verá este prodigio. [24] Y así lo hizo el Señor. Enjambres de moscas molestísimas y dañinas vinieron a las casas del faraón y de sus criados, y a toda la tierra de Egipto, y quedó el país infestado de tales moscas.

[25] Llamó entonces el faraón a Moisés y Aarón, y les dijo: Id, y sacrificad a vuestro Dios, sin salir de esta tierra [17]. [26] No puede ser eso, respondió Moisés, por cuanto hemos de sacrificar al Señor Dios nuestro, animales, que entre los egipcios es un sacrilegio el matarlos [18]. Pues si delante de sus ojos matáramos aquellos animales que ellos adoran, nos apedrearían como sacrílegos. [27] Andaremos camino de tres días al desierto [19], y allí ofreceremos sacrificios al Señor Dios nuestro, como nos lo tiene ordenado. [28] A lo que dijo el faraón: Yo os dejaré ir a ofrecer sacrificios en el desierto al Señor Dios vuestro, con tal que no vayáis más lejos; rogad por mí.

[29] Y dijo Moisés: Saliendo de tu presencia oraré al Señor, y mañana las moscas se alejarán del faraón, de sus siervos y de su pueblo; pero no quieras engañarme ya más [20], impidiendo que el pueblo vaya a ofrecer sacrificios al Señor. [30] Despedido Moisés del faraón, oró al Señor, [31] el cual cumplió la promesa de Moisés, y arrojó las moscas lejos del faraón, de sus siervos y de su pueblo, sin que quedase una siquiera. [32] Mas se endureció también el corazón del faraón, de suerte que tampoco esta vez dejó salir al pueblo.

¿Sabías que?

En 1739, Georg Friedrich Händel estrenó en Londres el oratorio *Israel en Egipto*, con un texto tomado del Éxodo y de los Salmos que probablemente reunió Charles Jennens, el mismo del *Mesías*. Las plagas desfilan en una serie de coros asombrosos: una contralto canta que «su tierra produjo ranas», el coro anuncia «toda clase de moscas y piojos» mientras los violines imitan el zumbido de los insectos, y en el coro del granizo la orquesta descarga piedra y fuego. Es una de las obras corales más audaces del Barroco.

PAUSA

1. El faraón pidió «mañana» cuando podía verse libre hoy. ¿Qué decisión buena vienes aplazando?
2. Moisés rezó por quien oprimía a su pueblo. ¿Por quién te cuesta rezar?
3. El faraón quería que Israel sirviera a Dios «sin salir de esta tierra». ¿Qué parte de tu vida te reservas para no dejarla a Dios?

Para orar. *Señor, que no deje para mañana la conversión que hoy me pides, y que sepa rezar también por quien me hace daño.*

9

Peste, úlceras y granizo

Las plagas se agravan y empiezan a tocar la vida: muere el ganado de los egipcios (vv. 1-7), brotan úlceras en hombres y animales (vv. 8-12) y un granizo como nunca se había visto arrasa los campos (vv. 13-35). Por primera vez el relato dice que «el Señor endureció» el corazón del faraón (v. 12). También por primera vez algunos egipcios «temen la palabra del Señor» y se ponen a salvo, y el faraón confiesa: «he pecado; el Señor es justo». Pero la confesión dura lo que dura el miedo.

Quinta plaga: la peste del ganado

1 Y dijo el Señor a Moisés: Anda ve al faraón, y dile: Esto
dice el Señor Dios de los hebreos: Deja salir a mi pueblo
para que me ofrezca sacrificios. 2 Porque si le resistes aún y
le detienes, 3 mira que mi mano descargará sobre tus cam-
pos; y enviaré sobre caballos, y asnos, y camellos [1], y bue-
yes y ovejas, una cruel peste [2]. 4 Y hará el Señor esta dis-
tinción milagrosa entre los bienes de Israel y los bienes de
los egipcios, que no perecerá nada de lo que pertenece a
los hijos de Israel. 5 Y el Señor fijó el plazo, diciendo: Ma-
ñana ejecutará el Señor en la tierra este prodigio. 6 Así lo
hizo el Señor al día siguiente, y murieron todos los anima-
les de los egipcios [3]; pero de los animales de los israelitas,

ni uno siquiera pereció. [7] Y envió el faraón a verlo [4]; y se halló que nada había muerto de lo que poseía Israel. Mas el corazón del faraón se endureció, y no soltó al pueblo.

Sexta plaga: las úlceras

[8] Dijo entonces el Señor a Moisés y a Aarón: Coged puñados de ceniza de un fogón [5], y espárzala Moisés hacia el cielo en presencia del faraón, [9] y extiéndase este polvo por todo Egipto; de que resultarán úlceras y tumores apostemados [6] en hombres y animales por todo el país de Egipto. [10] Cogieron, pues, ceniza de un fogón y se presentaron al faraón, y Moisés la esparció hacia el cielo; y luego sobrevinieron úlceras de tumores apostemados en hombres y animales. [11] Ni los hechiceros podían comparecer delante de Moisés [7], a causa de las úlceras que padecían, igual que todos los demás egipcios. [12] Y endureció o abandonó el Señor el corazón del faraón [8], que tampoco dio oídos a Moisés y Aarón, según lo había dicho el Señor a Moisés.

Séptima plaga: el granizo

[13] No obstante, dijo el Señor a Moisés: Levántate de mañana y preséntate al faraón y le dirás: Esto dice el Señor Dios de los hebreos: Dejad que vaya mi pueblo a ofrecerme sacrificios. [14] Porque esta vez he de enviar todas mis plagas sobre tu corazón [9], y sobre tus siervos y sobre tu pueblo;

para que sepas que no hay semejante a mí en toda la tierra.
15 Pues esta vez, extendiendo mi mano te castigaré a ti y a
tu pueblo con mortal pestilencia, y serás exterminado de
la tierra. 16 Que a este fin te he conservado o sufrido [10]
para mostrar en ti mi poderío, por donde mi nombre sea
celebrado en todo el mundo [11]. 17 ¿Y aún retienes tú a mi
pueblo, y no quieres dejarle ir?

18 Pues mira, mañana a esta misma hora, haré llover un
horrible pedrisco [12], tal cual nunca se ha visto en Egipto
desde que comenzó a ser habitado, hasta el presente. 19 Por
eso desde ahora envía y recoge tus bestias [13], y todo cuan-
to tienes en el campo; porque hombres y bestias, y todo lo
que se hallare al descubierto y no se hubiere retirado de
los campos, cayendo sobre ellos el pedrisco, todo perecerá.
20 Aquel que entre los siervos del faraón temió la palabra
del Señor [14], hizo retirar a casa sus criados y bestias. 21 El
que no hizo caso de lo que dijo el Señor, dejó a sus criados
y bestias en el campo.

22 Dijo, pues, el Señor a Moisés: Extiende tu mano hacia el
cielo, para que caiga un pedrisco en toda la tierra de Egip-
to sobre hombres y sobre bestias, y sobre toda hierba del
campo en Egipto. 23 Extendió luego Moisés la vara hacia el
cielo, y el Señor despidió truenos [15], y granizo, y centellas
que discurrían sobre la tierra. E hizo llover el Señor piedra
sobre el país de Egipto. 24 Y la piedra y el fuego caían mez-

clados entre sí [16]: y fue la piedra de tal tamaño, cual no se vio jamás antes en toda la tierra de Egipto, desde el establecimiento de aquella nación. [25] Piedra que hirió en Egipto todas cuantas cosas se hallaron en la campiña desde el hombre hasta la bestia; y arrasó el pedrisco toda la hierba del campo, y destrozó todos los árboles del país. [26] Sólo en la tierra de Gesén, donde moraban los hijos de Israel, no cayó piedra.

[27] Envió, en fin, el faraón a llamar a Moisés y Aarón, y les dijo: También esta vez he pecado: el Señor es justo [17]; yo y mi pueblo unos impíos. [28] Rogad al Señor que cesen esos terribles truenos y pedrisco, para que yo os deje ir, y de ninguna manera os detengáis aquí más tiempo. [29] Respondió Moisés: Saliendo de la ciudad, alzaré mis manos al Señor, y cesarán los truenos, y no caerá más piedra; para que sepas que la tierra es del Señor [18]. [30] Pero yo conozco que ni tú, ni tus siervos teméis al Señor Dios.

[31] Es de notar que el lino y la cebada se perdieron [19]; por cuanto la cebada estaba espigada y el lino granaba ya. [32] Pero el trigo y la espelta no padecieron, por ser tardíos.

[33] Despedido Moisés del faraón, así que salió de la ciudad alzó las manos hacia el Señor, y cesaron los truenos y el pedrisco; ni cayó más gota de agua sobre la tierra. [34] Pero viendo el faraón que había cesado la lluvia, la piedra y los truenos, agravó su pecado [20]: [35] se obstinó su corazón y el

de sus siervos o ministros, se endureció más y más, y no dio libertad a los hijos de Israel, como lo había mandado el Señor por medio de Moisés.

¿Sabías que?

En 1908, el arqueólogo irlandés R. A. S. Macalister encontró en Guézer, entre Jerusalén y la costa, una pequeña tablilla de piedra caliza con uno de los textos hebreos más antiguos que se conocen, probablemente del siglo X a. C. Es el llamado calendario de Guézer, quizá un ejercicio escolar, que enumera las faenas del año agrícola: dos meses de cosecha de la aceituna, dos de siembra, dos de siembra tardía, un mes de arrancar el lino, un mes de cosecha de la cebada, un mes de cosecha y fiesta… Como en Éx 9,31-32, el lino y la cebada van antes que el trigo. Se conserva en los Museos Arqueológicos de Estambul.

PAUSA

1. El faraón tuvo la prueba delante y no quiso verla. ¿Qué te impide a veces reconocer la acción de Dios?
2. Algunos egipcios «temieron la palabra del Señor» y se pusieron a salvo. ¿Cómo se nota en tu vida que tomas en serio su palabra?
3. «He pecado», dijo el faraón, pero no cambió. ¿Cómo distinguir el arrepentimiento verdadero del que solo nace del miedo?

Para orar. *Señor, dame un corazón que no se endurezca cuando pasa el peligro, sino que se convierta de verdad.*

10

Langostas y tinieblas

La octava y la novena plaga dejan a Egipto sin cosechas y sin luz. Ahora son los propios cortesanos quienes suplican al faraón: «¿No ves cómo está perdido todo Egipto?». El capítulo tiene dos partes: las langostas (vv. 1-20), precedidas de un regateo sobre quiénes deben salir, y las tinieblas de tres días (vv. 21-29), que terminan en ruptura: el faraón amenaza de muerte a Moisés, y Moisés responde que no volverá a ver su cara. Dios explica además el sentido de todo: que Israel lo cuente a sus hijos y a sus nietos.

Octava plaga: las langostas

1 Y dijo el Señor a Moisés: Ve al palacio del faraón, porque
yo tengo abandonado a la dureza su corazón [1] y el de sus
servidores o ministros, para continuar haciendo en él es-
tos prodigios de mi poder, 2 y a fin de que tú cuentes a tus
hijos y nietos [2] cuántas veces he destrozado a los
egipcios [3], obrando prodigios contra ellos, por donde co-
nozcáis que yo soy el Señor. 3 Entraron, pues, Moisés y Aa-
rón en el palacio del faraón, y le dijeron: Esto dice el Señor
Dios de los hebreos: ¿Hasta cuándo rehusarás sujetarte a
mí? [4] Deja salir a mi pueblo a ofrecerme sacrificios. 4 Que
si prosigues resistiendo y no quieres soltarle, mira que

mañana yo inundaré tus comarcas de langostas, 5 que cubran la superficie de la tierra, de suerte que nada de ella se vea, y devoren cuanto no hubiere destrozado el pedrisco [5]; porque roerán todos los árboles y plantas que brotan en los campos. 6 Y se llenarán de ellas tus casas y las de tus servidores, y las de todos los egipcios, en tanta muchedumbre cuanta no han visto ni tus padres, ni tus abuelos desde que vinieron al mundo hasta el día presente. Con esto volvió las espaldas, y dejó al faraón [6].

7 Le dijeron, pues, al faraón sus criados o ministros: ¿Hasta cuándo hemos de padecer, oh señor, esta ruina [7]? Deja ir a esos hombres a ofrecer sacrificios al Señor Dios suyo. ¿No ves cómo está perdido todo Egipto? 8 Volvieron, pues, a llamar a Moisés y Aarón ante el faraón, el cual les dijo: Id, sacrificad al Señor vuestro Dios. ¿Mas cuáles son los que han de ir? 9 Hemos de ir, respondió Moisés, con nuestros niños y ancianos [8], con los hijos e hijas, con nuestras ovejas y ganados mayores; por cuanto es una fiesta solemne del Señor Dios nuestro. 10 Replicó el faraón: Así Dios os ayude [9], ¿cómo yo he de permitiros ir con vuestros niños? ¿Quién puede dudar que procedéis con refinada malicia? 11 No ha de ser así: mas id solamente los hombres [10] y sacrificad al Señor; pues es lo que vosotros mismos habéis pedido. Y al punto fueron echados de la presencia del faraón.

12 En seguida dijo el Señor a Moisés: Extiende tu mano sobre la tierra de Egipto, hacia la langosta, a fin de que venga y devore toda la hierba que hubiere quedado después del pedrisco. 13 Extendió, pues, Moisés la vara sobre la tierra de Egipto; y envió el Señor un viento abrasador [11] todo aquel día y aquella noche, el cual, venida la mañana, trajo las langostas. 14 Se derramaron éstas sobre toda la tierra de Egipto, y posaron en todos los términos de los egipcios en tan espantosa muchedumbre, que nunca había habido tantas hasta aquel tiempo, ni las ha de haber [12] en lo sucesivo. 15 Y cubrieron toda la faz de la tierra, talándolo todo. De manera que fue devorada la hierba del campo, y todos los frutos de los árboles, que había perdonado la piedra; y no quedó absolutamente cosa verde, ni en los árboles, ni en las hierbas de la tierra en todo Egipto.

16 Por lo cual el faraón a toda prisa llamó a Moisés y Aarón, y les dijo: Pecado he contra el Señor Dios vuestro, y contra vosotros [13]. 17 Ahora, pues, perdonadme mi pecado también por esta vez, y rogad al Señor vuestro Dios que aparte de mí esta muerte. 18 Salido Moisés de la presencia del faraón, oró al Señor. 19 El cual hizo soplar del poniente un viento muy recio, que, arrebatando las langostas, las arrojó en el mar Rojo [14]; sin que quedase ni una sola en todos los confines de Egipto. 20 Y el Señor endureció el corazón del faraón, que no dejó todavía partir a los hijos de Israel.

Novena plaga: las tinieblas

21 Dijo entonces el Señor a Moisés: Extiende tu mano hacia
el cielo, y haya tinieblas sobre la tierra de Egipto, tan den-
sas, que puedan palparse [15]. 22 Extendió Moisés la mano
hacia el cielo, y al instante tinieblas horrorosas cubrieron
toda la tierra de Egipto por espacio de tres días [16]. 23 Una
persona no veía a otra [17], ni se movió del sitio en que esta-
ba; pero dondequiera que habitaban los hijos de Israel, allí
había luz [18].

24 Por lo que el faraón llamó a Moisés y Aarón, y les dijo:
Id, sacrificad al Señor; queden solamente vuestras ovejas y
ganados mayores; vayan vuestros niños con vosotros.
25 Respondió Moisés: También nos has de dar hostias y ho-
locaustos que ofrecer al Señor Dios nuestro. 26 Los ganados
todos han de venir con nosotros: no ha de quedar de ellos
ni una pezuña [19]; como que son necesarios para el culto
del Señor Dios nuestro, sobre todo no sabiendo qué es lo
que debe inmolársele, hasta que lleguemos al sitio mismo
que nos ha señalado. 27 Con eso endureció el Señor el cora-
zón del faraón, y no quiso tampoco soltarlos.

28 Y dijo el faraón a Moisés: Quítateme de delante, y guár-
date de comparecer otra vez en mi presencia: el primer día
que te me presentes, morirás [20]. 29 Respondió Moisés: Así
se hará como tú has dicho; no volveré yo a ver tu cara.

¿Sabías que?

Según la FAO, la organización de las Naciones Unidas para la alimentación, un enjambre de langosta del desierto puede reunir entre 40 y 80 millones de insectos en cada kilómetro cuadrado y recorrer más de cien kilómetros en un día con el viento a favor. Cada langosta come al día más o menos su propio peso, unos dos gramos, de modo que un enjambre de un kilómetro cuadrado consume en un día tanto alimento como unas 35.000 personas. Entre 2019 y 2021, una plaga así arrasó cultivos en el este de África, Arabia y el sur de Asia.

PARA PROFUNDIZAR

El *corazón endurecido del faraón*

«Yo endureceré su corazón» (7,3). Pocas frases del Éxodo inquietan tanto. Si Dios endurece al faraón, ¿qué culpa tiene él? ¿Qué queda de su libertad? El tema recorre todo el relato, desde 4,21 hasta el paso del mar (14,17): el corazón del faraón aparece endurecido unas veinte veces.

El hebreo usa tres verbos. Jazaq significa «ser fuerte, firme»: el corazón del faraón se «hace fuerte» en su decisión, con una ironía, porque Dios sacará a su pueblo «con mano fuerte» (13,9). Kabed significa «ser pesado»: un corazón pesado es un corazón insensible, y a él responden plagas «pesadas», la peste, el granizo y la langosta (9,3.18; 10,14); al final, Dios será «glorificado» en el faraón (14,4), con la misma raíz, porque en hebreo la gloria (kabod) es «peso». Algunos egiptólogos recuerdan que, en el juicio egip-

cio de los muertos, el corazón se pesaba en una balanza contra la pluma de la verdad. Qashá, por último, significa «ser duro» (7,3; 13,15), y es el mismo verbo con que Dios llamará a Israel «pueblo de dura cerviz» (32,9): la dureza de corazón no es un vicio exclusivo de Egipto.

¿Quién endurece? Durante las cinco primeras plagas se dice que el corazón del faraón «se endureció» o que él mismo lo endureció (7,13.22; 8,15.19.32; 9,7). Solo a partir de la sexta dice el narrador que «el Señor endureció» su corazón (9,12; 10,20.27; 11,10), como había anunciado (4,21; 7,3). La tradición judía ya se fijó en este orden: Rashi, siguiendo un midrás, observa que en las cinco primeras plagas no se dice que Dios endureciera al faraón. Dios confirma una decisión que el faraón ha tomado una y otra vez. Además, el hebreo bíblico atribuye todo a Dios como causa primera, sin distinguir entre lo que Dios quiere y lo que permite (Is 45,7; Am 3,6). Torres Amat lo hace explícito con sus glosas: «endureció o abandonó» (9,12), «tengo abandonado a la dureza» (10,1), «ordenado o predicho» (7,13).

San Pablo cita Éx 9,16 en la Carta a los Romanos y concluye que Dios «tiene misericordia de quien quiere, y endurece a quien quiere» (Rom 9,17-18). Pero en esos capítulos (Rom 9 – 11) no trata del destino eterno de cada persona, sino del lugar de Israel y de las naciones en la historia de la salvación, y su reflexión termina en la misericordia universal: Dios «encerró a todos en la desobediencia, para tener misericordia de todos» (Rom 11,32).

Los Padres defendieron la libertad del faraón frente a quienes pensaban que algunos hombres nacen con una naturaleza desti-

nada a la perdición. Orígenes dedica al tema varias páginas de *Sobre los principios* (III,1,7-11). Su imagen más conocida es la del sol, que con el mismo calor derrite la cera y seca el barro: la acción de Dios es una, pero produce efectos distintos según el corazón que la recibe; y compara a Dios con el amo bueno que dice al siervo malcriado por su paciencia: «yo te he hecho malo», aunque la culpa sea del siervo (III,1,11). San Agustín lo resume en una frase: Dios endureció al faraón por un justo juicio, y el faraón se endureció por su libre albedrío (*Sobre la gracia y el libre albedrío* 23,45). Santo Tomás explica que Dios es causa del endurecimiento solo en cuanto no concede la gracia a quien la rechaza, no porque cause la malicia (*Suma teológica* I-II, q. 79, a. 3).

La Iglesia lo enseña con claridad: «Dios no es de ninguna manera, ni directa ni indirectamente, la causa del mal moral»; lo permite, respetando la libertad de su criatura, y misteriosamente sabe sacar de él el bien (Catecismo, n. 311). Y añade: «Dios no predestina a nadie a ir al infierno»; para eso es necesaria una aversión voluntaria a Dios y persistir en ella hasta el final (n. 1037). El concilio de Trento condenó la idea de que Dios obra el mal del mismo modo que obra el bien (sesión VI, canon 6).

La historia del faraón es, por eso, una advertencia. El endurecimiento no es un rayo que cae de repente, sino un proceso: cada vez que siente alivio, el faraón se vuelve atrás (8,15), hasta que ya no sabe hacer otra cosa. El Salmo 95 y la Carta a los Hebreos lo dirán a cada creyente: «si hoy escucháis su voz, no endurezcáis vuestro corazón» (Sal 95,7-8; Heb 3,7-8).

PAUSA

1. Dios quiere que su obra se cuente «a los hijos y a los nietos». ¿Qué les cuentas tú a los más jóvenes de lo que Dios ha hecho en tu vida?
2. El faraón pedía que se apartara el castigo, pero no que cambiara su corazón. ¿Qué pides tú a Dios cuando sufres?
3. «No sabemos qué hemos de ofrecer hasta que lleguemos». ¿Estás dispuesto a seguir a Dios sin saber todo lo que te pedirá?

Para orar. *Señor, ablanda mi corazón cada vez que me resisto, y no permitas que me acostumbre a decirte que no.*

11

El anuncio de la última plaga

Un capítulo breve y solemne, entre las nueve plagas y la noche de Pascua. Tiene dos partes: el Señor anuncia a Moisés el último golpe y manda pedir alhajas a los egipcios (vv. 1-3), y Moisés, todavía ante el faraón, proclama la muerte de los primogénitos (vv. 4-8). Los vv. 9-10 cierran todo el ciclo de las plagas con un resumen. El Dios que había llamado a Israel «mi hijo primogénito» va a cumplir la advertencia que hizo al principio: «voy a quitar la vida a tu hijo primogénito» (4,22-23).

Las alhajas de Egipto

1 Había antes el Señor dicho a Moisés [1]:
Todavía heriré al faraón y a Egipto con una plaga [2],
y después os despedirá y os obligará a que salgáis.
2 Dirás, pues, a todo el pueblo
que cada uno pida a su amigo [3],
y cada mujer a su vecina,
alhajas de plata y oro [4].
3 Y el Señor hará que su pueblo encuentre buena disposición en los egipcios.
Y también la persona de Moisés gozaba de grandísimo concepto [5]
en todo el país de Egipto,
así entre los criados o grandes del faraón,
como en todo el pueblo.

La muerte de los primogénitos, anunciada

4 Moisés le dijo también al faraón: Esto dice el Señor: A la
medianoche saldré a recorrer Egipto [6]; 5 y morirán todos
los primogénitos en la tierra de los egipcios, desde el pri-
mogénito del faraón, sucesor del trono [7], hasta el primo-
génito de la esclava que hace rodar la muela en el
molino [8], y todos los primogénitos de las bestias. 6 Y se
oirá un clamor grande en todo Egipto [9], cual nunca hubo,
ni habrá jamás. 7 Pero entre todos los hijos de Israel, desde
el hombre hasta la bestia, no chistará siquiera un perro [10];
para que conozcáis cuán milagrosa distinción hace el Se-
ñor entre egipcios e israelitas. 8 Y todos esos servidores tu-
yos vendrán a mí, y postrados en mi presencia me
suplicarán [11], diciendo: Sal tú, y todo tu pueblo que está a
tus órdenes. Y después de esto saldremos.

9 E irritado Moisés en extremo [12], se apartó del faraón. En-
tonces dijo el Señor a Moisés: Ni aun ahora ha de escucha-
ros el faraón [13], a fin de que se multipliquen los prodigios
en la tierra de Egipto. 10 Todos estos portentos, que quedan
escritos en este libro [14], obraron Moisés y Aarón delante
del faraón. Mas el Señor endureció el corazón del faraón,
quien no dejó salir de su tierra a los hijos de Israel.

¿Sabías que?

El libro de la Sabiduría recuerda así la noche de los primogénitos: «Cuando un silencio sereno lo envolvía todo y la noche llegaba a la mitad de su carrera, tu palabra omnipotente se lanzó desde el cielo, desde el trono real» (Sab 18,14-15). En el texto, esa palabra es un guerrero implacable que trae la muerte a Egipto. Pero la liturgia cristiana la oyó como un anuncio de la Navidad, cuando la Palabra se hizo carne en el silencio de la noche: en latín, *Dum medium silentium*, es la antífona de entrada del segundo domingo después de Navidad.

PAUSA

1. Moisés se indignó ante la dureza del faraón. ¿Qué injusticias te indignan, y qué haces con esa indignación?
2. Las joyas de Egipto sirvieron para el becerro de oro y para la morada. ¿A qué dedicas tú los bienes que Dios te ha dado?

Para orar. *Señor, que escuche el clamor de los que sufren como tú lo escuchas, y que no espere a sufrir para convertirme.*

12

La Pascua y la salida de Egipto

Es el capítulo central del Éxodo. Antes de la última plaga, Dios da a Israel un rito para salvarse y para recordar: el cordero pascual y los panes sin levadura. El capítulo alterna leyes y relato: la institución de la Pascua (vv. 1-14), la fiesta de los ázimos y las instrucciones de Moisés a los ancianos (vv. 15-28), la muerte de los primogénitos y la salida precipitada (vv. 29-42), y unas normas sobre quién puede comer la Pascua (vv. 43-51). Israel sale de Egipto celebrando una liturgia: la libertad empieza en torno a una mesa.

El cordero pascual

1 Dijo también el Señor a Moisés y a Aarón en la tierra de
Egipto [1]: 2 Este mes ha de ser para vosotros el principio de
los meses [2]. Será el primero entre los meses del año.
3 Hablad a toda la congregación de los hijos de Israel, y de-
cidles: El día diez de este mes tome cada cual un cordero
por cada familia [3] y por cada casa. 4 Que si en alguna no
fuese tanto el número de individuos, que baste para comer
el cordero, tomará de su vecino inmediato a su casa aquel
número de personas que necesite para comerle. 5 El corde-
ro ha de ser sin defecto [4], macho, y primal o del año; po-

dréis, guardando el mismo rito, tomar o sustituir por él un cabrito.

6 Lo reservaréis hasta el día catorce de este mes; en el cual, por la tarde [5], le inmolará toda la multitud de los hijos de Israel. 7 Y tomarán de su sangre, y rociarán con ella los dos postes y el dintel [6] de las casas en que le comerán. 8 Las carnes las comerán aquella noche asadas al fuego, y panes ázimos o sin levadura, con lechugas silvestres [7]. 9 Nada de él comeréis crudo, ni cocido en agua, sino solamente asado al fuego [8]; comeréis también la cabeza con sus pies e intestinos. 10 No quedará nada de él para la mañana siguiente; si sobrare alguna cosa, la quemaréis al fuego.

11 Y le comeréis de esta manera: tendréis ceñidos vuestros lomos [9], y puesto el calzado en los pies, y un báculo en la mano; y comeréis aprisa [10], por ser la Fase (eso es, el Paso) del Señor [11]. 12 Porque yo pasaré aquella noche por la tierra de Egipto, y heriré de muerte a todo primogénito en dicha tierra, sin perdonar a hombre, ni bestia; y de los dioses todos de Egipto tomaré yo venganza [12], Yo el Señor. 13 La sangre os servirá como señal en las casas donde estuviereis, pues yo veré la sangre y pasaré de largo [13], sin que os toque la plaga exterminadora, cuando yo heriré con ella la tierra de Egipto. 14 Tendréis a este día por memorable [14]; y le celebraréis como fiesta solemne al Señor con perpetuo culto, de generación en generación.

Los ázimos y la sangre en las puertas

15 Por siete días comeréis pan sin levadura; desde el primer
día no habrá levadura en vuestras casas; todo el que co-
miere pan con levadura, desde el primer día hasta el sépti-
mo, aquella alma será cortada o separada de Israel [15]. 16 El
primer día será santo y solemne, y el día séptimo será ve-
nerado con igual solemnidad; ninguna obra servil haréis
en ellos, excepto las que pertenecen a la comida.
17 Guardaréis, pues, la fiesta de los ázimos [16]; porque aquel
mismo día sacaré de la tierra de Egipto a vuestro ejército o
pueblo: día que habréis de celebrar de generación en gene-
ración con un culto perpetuo. 18 El día catorce del primer
mes, desde la tarde, comeréis los ázimos, hasta el día vein-
tiuno del mismo mes por la tarde. 19 Durante siete días no
se hallará levadura en vuestras casas. Quien comiere pan
con levadura, ora sea extranjero, ora sea natural del país,
será borrada su alma del censo de Israel. 20 Nada habéis de
comer con levadura; usaréis de pan ázimo en todas vues-
tras casas.

21 En seguida convocó Moisés a todos los ancianos de Is-
rael, y les dijo: Id a buscar la res para cada una de vuestras
familias, e inmolad la Pascua; 22 y mojad un manojito de
hisopo [17] en la sangre vertida en el umbral de la puerta, y
rociad con ella el dintel y ambos postes; ninguno de voso-
tros salga fuera de la puerta de su casa hasta la mañana.

23 Porque ha de pasar el Señor hiriendo de muerte a los
egipcios, y al ver la sangre en el dintel y en los dos postes,
pasará de largo la puerta de aquella casa; y no permitirá al
ángel exterminador [18] entrar en vuestras casas, ni haceros
daño.

24 Observa, oh Israel, este mandato, que ha de ser como
una ley inviolable para ti, y para tus hijos perpetuamente.
25 Así, pues, luego que entrareis en la tierra que os ha de
dar el Señor, como lo tiene prometido, observaréis estas
mismas ceremonias; 26 y cuando vuestros hijos os pregun-
taren: ¿Qué significa este rito? [19], 27 les responderéis: Esta
es la víctima del Paso del Señor, cuando pasó de largo las
casas de los hijos de Israel en Egipto, hiriendo de muerte a
los egipcios, y dejando salvas nuestras casas. Al oír esto, se
postraron todos y adoraron al Señor. 28 Y habiendo salido
los hijos de Israel, hicieron como el Señor había mandado
a Moisés y Aarón.

La salida de Egipto

29 Mas he aquí que a la medianoche el Señor hirió de muer-
te a todos los primogénitos [20] en la tierra de Egipto, desde
el primogénito del faraón que le sucedía en el trono, hasta
el primogénito de la esclava que estaba en cadena, y a todo
primer nacido de las bestias. 30 Con lo que se levantó el fa-
raón de noche, y todos sus servidores, y Egipto todo; y fue-
ron grandes los alaridos en Egipto, porque no había casa

en donde no hubiera algún muerto. 31 Y llamando el faraón en aquella misma noche a Moisés y a Aarón, les dijo: Marchad y retiraos prontamente de mi pueblo, así vosotros como los hijos de Israel. Id y ofreced sacrificios al Señor como decís. 32 Llevaos vuestras ovejas y ganados mayores, conforme lo habéis pedido; y al partiros rogad por mí.

33 Al mismo tiempo los egipcios estrechaban al pueblo para que saliese prontamente del país, diciendo: Si no marcháis pereceremos todos. 34 El pueblo, pues, tomó la harina amasada, antes que se le pusiese levadura, y envuelta en los mantos o capas se la echó a cuestas. 35 Asimismo, los hijos de Israel, haciendo lo que Moisés había ordenado, pidieron a los egipcios alhajas de oro y plata, y muchísima ropa. 36 Y el Señor dio al pueblo gracia en los ojos de los egipcios, para que les prestasen lo que pedían; y de esta manera despojaron a los egipcios [21].

37 Partieron, en fin, los hijos de Israel de Ramesés a Socot, en número de unos seiscientos mil hombres a pie [22], sin contar los niños. 38 También salió agregada a ellos una turba inmensa de gente de toda clase, ovejas y ganados mayores, y todo género de animales en grandísimo número. 39 Y cocieron la harina que acababan de transportar amasada de Egipto, e hicieron panes ázimos, cocidos al rescoldo, porque no habían podido echarles levadura, por la prisa que les metían los egipcios para que saliesen, no permi-

tiéndoles ninguna dilación: ni habían podido pensar en disponer comida alguna para el viaje.

40 El tiempo que moraron en Egipto y antes en Canaán [23] los hijos de Israel, fue de cuatrocientos treinta años; 41 cumplidos los cuales, salió en un mismo día de la tierra de Egipto todo el ejército del Señor. 42 Digna es de ser consagrada al Señor esta noche [24] en que sacó a los hijos de Israel de la tierra de Egipto; y deben celebrarla todos los hijos de Israel en adelante perpetuamente.

Ley de la Pascua

43 Sobre lo cual dijo el Señor a Moisés y a Aarón: Este ha de ser el rito de la Pascua o cordero pascual. Ningún extranjero comerá de ella. 44 Pero todo esclavo comprado será circuncidado, y entonces comerá. 45 El advenedizo y jornalero no comerán de ella.

46 El cordero se comerá dentro de la casa, no sacaréis afuera nada de su carne, ni le quebraréis ningún hueso [25]. 47 Todo el pueblo de los hijos de Israel celebrará la Pascua. 48 Que si alguno de los extranjeros quisiese convertirse a vuestra religión y celebrar la Pascua del Señor, serán primero circuncidados todos los varones de su casa; y entonces la podrá celebrar legítimamente, y será como natural del país [26]; pero quien no fuere circuncidado, no comerá de la Pascua. 49 Una misma ley o rito guardará el nacional

y el extranjero que mora entre vosotros. [50] Así lo hicieron todos los hijos de Israel, como el Señor tenía mandado a Moisés y Aarón. [51] Y en el mismo día sacó el Señor de la tierra de Egipto a los hijos de Israel, repartidos en diversos escuadrones o bandas.

¿Sabías que?

La pequeña comunidad samaritana, que hoy cuenta con menos de mil miembros, repartidos entre el monte Garizín, junto a Nablus, y la ciudad israelí de Holón, es la única que sigue sacrificando corderos en la Pascua, como manda Éx 12. Cada año, al atardecer del día 14 del primer mes, los degüellan sobre el monte, untan con su sangre la frente de los niños, los asan enteros en hornos cavados en la tierra y los comen de noche, deprisa, con pan sin levadura y hierbas amargas.

La Pascua en tres tiempos

	En Egipto (Éx 12)	En la última Cena	En la misa
Cuándo	El 14 del primer mes, de noche (12,6.8)	«La noche en que iba a ser entregado» (1 Cor 11,23)	El domingo; sobre todo, el Triduo pascual
La víctima	Un cordero sin defecto (12,5)	Jesús mismo, «nuestra Pascua» (1 Cor 5,7)	«Este es el Cordero de Dios» (Jn 1,29)
La sangre	En los postes y el dintel (12,7.13)	«Mi sangre de la alianza» (Mc 14,24)	El cáliz de la alianza nueva y eterna
El pan	Ázimos, el pan de la prisa (12,39)	«Esto es mi cuerpo» (Mc 14,22)	En el rito latino, pan sin levadura
La copa	No se menciona (el seder tendrá cuatro)	La copa «después de cenar» (Lc 22,20)	«Acabada la cena, tomó el cáliz»
El canto	Más tarde, el Hallel (Sal 113 – 118)	Cantan los salmos antes de salir (Mc 14,26)	El Santo; el aleluya pascual
El memorial	Un día «memorable» (12,14)	«Haced esto en memoria mía» (Lc 22,19)	«Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección»
La liberación	De la esclavitud de Egipto (12,51)	«Para el perdón de los pecados» (Mt 26,28)	Del pecado y de la muerte
La espera	Ceñidos y con el bastón (12,11)	«Hasta el día en que lo beba nuevo» (Mc 14,25)	«Mientras esperamos la gloriosa venida…»

En la Cena, Jesús dio su sentido definitivo a la pascua judía; la Eucaristía la cumple y anticipa la pascua final de la Iglesia en la gloria (Catecismo, n. 1340). Sobre la fecha de la Cena, ver «Para profundizar».

PARA PROFUNDIZAR

La Pascua judía y la Pascua cristiana

La Pascua que describe Éx 12 es un rito doméstico y nocturno: cada familia inmola un cordero la tarde del 14 del primer mes, marca con su sangre la puerta y lo come asado, con panes sin levadura y hierbas amargas; durante siete días no se come pan fermentado. Muchos estudiosos piensan que el texto une dos fiestas de primavera más antiguas: un rito de pastores, que sacrificaban un cordero y protegían con su sangre sus tiendas, y una fiesta de campesinos que estrenaban la cosecha de cebada con pan sin levadura. Sea cual sea su origen, el Éxodo les da un sentido nuevo: ya no celebran el ciclo de la naturaleza, sino una acción de Dios en la historia. Más tarde se celebró en Jerusalén, donde en tiempos de Jesús los corderos se inmolaban en el templo (Dt 16,5-7).

Tras la destrucción del templo, el año 70, ya no hubo cordero. La Misná describe el orden (seder) de la cena: cuatro copas de vino, las preguntas del hijo, el relato de la salida, que empieza con la vergüenza y termina con la alabanza, y el canto de los salmos del Hallel (Sal 113 – 118). Rabán Gamaliel enseñaba que no cumple su deber quien no explica tres cosas: el cordero, el pan ázimo y las hierbas amargas; y la Misná concluye: «en cada generación, cada uno debe considerarse como si él mismo hubiera salido de Egipto» (Pesajim 10,5). Cuánto de este orden se practicaba ya en tiempos de Jesús es discutido.

Jesús murió en Jerusalén durante la Pascua. Los tres primeros evangelios presentan la última Cena como una cena pascual (Mc 14,12-16; Lc 22,15). San Juan, en cambio, sitúa su muerte en la vís-

pera de la fiesta, a la hora en que se inmolaban los corderos (Jn 18,28; 19,14), de modo que la Cena habría sido el día anterior. Se han propuesto varias soluciones: que Jesús siguiera un calendario distinto, como el de Qumrán, hipótesis que Benedicto XVI consideró plausible en su homilía del Jueves Santo de 2007; que celebrara una cena de despedida con carácter pascual, pero sin cordero; o que Juan ordenara los hechos según su sentido teológico. Los evangelios coinciden en lo esencial: Jesús da su vida en el marco de la Pascua y se entrega a sí mismo, en el pan y el vino, como el verdadero cordero. El Catecismo lo resume: al celebrar la última Cena «en el transcurso del banquete pascual», Jesús dio su sentido definitivo a la pascua judía (n. 1340).

Hacia el año 55, san Pablo lo dice con toda claridad: «Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmolado», y saca la consecuencia: celebremos la fiesta no con la levadura vieja de la malicia, sino con los ázimos de la sinceridad y la verdad (1 Cor 5,7-8). San Juan verá en la cruz el cumplimiento del precepto «ni le quebraréis ningún hueso» (Jn 19,36).

En el siglo II, Melitón, obispo de Sardes, escribió una homilía *Sobre la Pascua* que se recuperó en papiros publicados en el siglo XX. Es un poema de gran fuerza que lee Éx 12 como figura de Cristo: el cordero de Egipto era el esbozo, y Cristo la obra acabada; «él es el que nos sacó de la esclavitud a la libertad, de las tinieblas a la luz, de la muerte a la vida». La Liturgia de las Horas lee un fragmento el Jueves Santo. Melitón explicaba la palabra pascha por el verbo griego paschein, «padecer» (*Sobre la Pascua* 46); san Agustín corrigió esa etimología popular: pascha es una palabra hebrea que significa «paso» (*Tratados sobre el evangelio de san*

Juan 55,1). La tradición unió los dos sentidos: la Pascua de Cristo es pasión y es paso.

El Catecismo explica que en el memorial bíblico los acontecimientos de la salvación «se hacen, en cierta forma, presentes y actuales»: así entiende Israel su Pascua, y así celebra la Iglesia la Eucaristía, en la que el sacrificio de Cristo «permanece siempre actual» (nn. 1363-1364). En la Vigilia, el pregón pascual, un antiguo himno latino, canta: *haec sunt enim festa paschalia, in quibus verus ille Agnus occiditur, cuius sanguine postes fidelium consecrantur*, «estas son las fiestas de Pascua, en las que se inmola el verdadero Cordero, cuya sangre consagra las puertas de los fieles»; y repite: «esta es la noche en que sacaste de Egipto a los israelitas, nuestros padres». La noche de Egipto y la noche de la resurrección son, para la Iglesia, una misma noche.

PAUSA

1. La primera Pascua se celebró en las casas, y los padres explicaban a los hijos su sentido. ¿Cómo se vive y se transmite la fe en tu casa?
2. Israel comió la Pascua vestido de viaje. ¿De qué «Egipto» te llama hoy Dios a salir?
3. En cada Eucaristía se hace presente la Pascua de Cristo. ¿Cómo podría cambiar eso tu manera de vivir la misa?

Para orar. *Señor Jesús, Cordero inmolado, marca mi casa con tu sangre y haz de mi vida una Pascua contigo.*

13

Los primogénitos y la columna de fuego

Israel ya está en camino, y Dios le enseña a recordar. El capítulo combina leyes y relato: la consagración de los primogénitos y la fiesta de los ázimos (vv. 1-10), el rescate de los primogénitos (vv. 11-16) y el comienzo de la marcha por el desierto, con los huesos de José y la columna de nube y de fuego (vv. 17-22). Dos veces aparece el hijo que pregunta, y dos veces la orden de llevar la memoria «como una señal en la mano». La libertad recibida ha de convertirse en memoria transmitida.

Memoria de la salida

1 Habló después el Señor a Moisés, diciendo: 2 Conságrame
todo primogénito que abre el vientre de su madre [1], entre
los hijos de Israel, tanto de hombre como de animales;
porque míos son todos [2].

3 Acordaos, dijo Moisés al pueblo, acordaos de este día [3]
en que habéis salido de Egipto y de la casa de vuestra
esclavitud [4]: cómo el Señor os ha sacado con mano fuerte
de este lugar; por cuya razón no comeréis en semejante día
pan con levadura. 4 Salís hoy en el mes de las nuevas mie-
ses o de la primavera [5]. 5 Cuando el Señor, pues, te hubie-
re introducido, oh Israel, en la tierra del cananeo, y del he-

teo, y del amorreo, y del heveo y del jebuseo, que prometió con juramento a tus padres que te daría a ti, tierra que mana leche y miel [6], tú celebrarás este rito sagrado en dicho mes. 6 Por espacio de siete días comerás ázimos, y el día séptimo será también día solemne del Señor. 7 Comerás ázimos, digo, por siete días; y no parecerá en tu casa, ni en todos tus términos, cosa alguna con levadura.

8 Y en aquel día contarás el suceso a tu hijo [7], diciendo: Esto y esto hizo por mí el Señor [8], cuando salí de Egipto. 9 Y será como una señal en tu mano [9], y como un recuerdo delante de tus ojos, a fin de que la ley del Señor esté siempre en tu boca; por cuanto con brazo fuerte te sacó de Egipto el Señor. 10 Observarás este rito todos los años al tiempo señalado.

El rescate de los primogénitos

11 Y cuando el Señor te haya introducido en la tierra del cananeo, como lo tiene jurado a ti y a tus padres, y te haya dado la posesión de ella, 12 separarás para el Señor todos los primogénitos, y todos los primerizos de tus ganados; todo lo que tuvieres de sexo masculino, lo consagrarás al Señor. 13 Al primer nacido o primerizo de asno le cambiarás por una oveja [10]; si no le rescatares, le matarás. Pero a todos tus hijos primogénitos les rescatarás con dinero [11].

14 Y cuando tu hijo te preguntare el día de mañana: ¿Qué
significa esto?, le responderás: El Señor nos sacó con bra-
zo fuerte de la tierra de Egipto, de la casa de la esclavitud.
15 Porque como el faraón se hubiese obstinado [12] en no
querer dejarnos salir, mató el Señor a todos los primogéni-
tos en tierra de Egipto, tanto de hombres como de bestias;
por esta razón sacrifico yo al Señor todo primerizo que es
del sexo masculino, y rescato todos los primogénitos de
mis hijos. 16 Lo que has de tener como una señal impresa
en tu mano, y como un recuerdo pendiente ante tus
ojos [13], que te advierte habernos el Señor sacado de Egipto
con brazo fuerte.

El camino del desierto

17 Habiendo, pues, el faraón despedido al pueblo de Israel,
no guió Dios a éste por el camino del país de los filisteos [14],
aunque era el más corto; considerando que tal vez se arre-
pentiría al ver que le movían guerras [15], y se volvería a
Egipto. 18 Sino que los condujo rodeando por el camino del
desierto, que está cerca del mar Rojo; y los hijos de Israel
salieron de la tierra de Egipto armados [16]. 19 Moisés llevó
también consigo los huesos de José [17]; el cual lo había he-
cho prometer con juramento a los hijos de Israel, al decir-
les: Dios os visitará: llevaos de aquí mis huesos con voso-
tros.

[20] Ellos, habiendo partido de Socot, acamparon en Etam, que está en la extremidad del desierto. [21] E iba el Señor delante para mostrarles el camino: de día en una columna de nube [18], y por la noche en una columna de fuego [19], sirviéndoles de guía en el viaje día y noche. [22] Nunca faltó la columna de nube durante el día, ni la columna de fuego por la noche delante del pueblo.

¿Sabías que?

Entre los manuscritos del mar Muerto aparecieron también filacterias de hacia el cambio de era: diminutas cajitas de cuero con tiras de pergamino plegadas, escritas con una letra minúscula pero clara. Contienen los mismos pasajes que llevan todavía hoy los tefilín judíos, Éx 13,1-10.11-16, Dt 6,4-9 y 11,13-21, y algunas, además, el decálogo. Son el testimonio material más antiguo de que la orden de llevar la palabra de Dios «como una señal en tu mano» (13,9) se cumplía al pie de la letra.

PARA PROFUNDIZAR

Los primogénitos: del rescate a la Presentación de Jesús

«Conságrame todo primogénito… porque míos son todos» (13,2). La ley de los primogénitos nace en la noche de Pascua: el Señor hirió a los primogénitos de Egipto y salvó a los de Israel, y desde entonces los primeros nacidos de Israel le pertenecen (13,11-16; 22,29). Todo el Éxodo gira en torno a esta palabra: Israel es el

«hijo primogénito» de Dios, y el faraón que no lo deja ir perderá a su propio primogénito (4,22-23). La ley distingue tres casos: el primogénito de los animales puros se ofrece en sacrificio; el del asno, impuro, se rescata con una cría de oveja o de cabra, y el de los hombres se rescata siempre (13,12-13; 34,19-20). La Biblia rechaza con horror los sacrificios de niños que practicaban algunos pueblos vecinos (Lv 18,21; Jr 7,31), y la historia de Isaac ya lo había mostrado (Gn 22): Dios no quiere la muerte de los hijos, sino que su vida se reciba como un don.

El libro de los Números da un paso más: Dios toma para sí a la tribu de Leví «en lugar de todos los primogénitos» de Israel (Nm 3,11-13). Se hace un censo: hay 22.273 primogénitos y 22.000 levitas; los 273 que sobran se rescatan pagando cinco siclos por cabeza, en total 1.365 siclos, que se entregan a Aarón y a sus hijos (Nm 3,40-51). Los levitas, consagrados al servicio del santuario, son así como el primogénito de todo el pueblo. El precio del rescate quedó fijado: cinco siclos de plata, a partir del mes de vida (Nm 18,15-16).

El judaísmo conserva hasta hoy este rito, el pidyón ha-ben, «rescate del hijo». Pasados treinta días del nacimiento, si el niño es el primer hijo de su madre y la familia no es de sacerdotes ni de levitas, el padre entrega cinco monedas de plata a un cohén, un descendiente de Aarón. Según la costumbre, el sacerdote le pregunta si prefiere entregarle a su hijo o rescatarlo, y el padre responde que quiere rescatarlo. Es una fiesta familiar que expresa, como la ley del Éxodo, que la vida del hijo es de Dios antes que de sus padres.

San Lucas cuenta que, cumplidos los días de la purificación, María y José llevaron a Jesús al templo «para presentarlo al Señor, como está escrito en la ley del Señor: Todo varón primogénito será consagrado al Señor», con palabras de Éx 13,2.12, y ofrecieron «un par de tórtolas o dos pichones», la ofrenda de los pobres (Lc 2,22-24; Lv 12,8). Lucas no menciona los cinco siclos: no dice que Jesús fuera rescatado, sino «presentado», como Ana había llevado al templo a Samuel para dejarlo al servicio del Señor (1 Sam 1,24-28). El Catecismo lo dice así: la Presentación muestra a Jesús como «el Primogénito que pertenece al Señor» (n. 529). El Nuevo Testamento lo llamará «primogénito de toda criatura» y «primogénito de entre los muertos» (Col 1,15.18), «primogénito entre muchos hermanos» (Rom 8,29). En él, el rescate se invierte: no es rescatado con dinero, sino que da su propia vida «en rescate por muchos» (Mc 10,45).

La fiesta de la Presentación se celebra el 2 de febrero, cuarenta días después de Navidad, como pedía la ley de la purificación (Lv 12,2-4). La peregrina Egeria la vio celebrar en Jerusalén a fines del siglo IV, a los cuarenta días de la Epifanía, con procesión y predicación. En Oriente se llama *Hypapanté*, «el Encuentro», porque Simeón y Ana salen al encuentro del Señor. Roma la adoptó en el siglo VII, y el papa Sergio I (687-701) introdujo una procesión con velas encendidas; más tarde se añadió la bendición de las candelas, y de ahí su nombre popular, la Candelaria, porque Simeón saludó al niño como «luz para alumbrar a las naciones» (Lc 2,32). Hasta 1969 se llamó «Purificación de la Virgen María»; desde entonces, «Presentación del Señor», y desde 1997 es también la Jornada Mundial de la Vida Consagrada. En América

Latina, la Virgen de la Candelaria es una gran fiesta popular, como la de Puno, en el Perú. Y cada noche, en Completas, la Iglesia reza el cántico de Simeón, el *Nunc dimittis*: el primogénito presentado en el templo es la luz con la que el pueblo de Dios termina el día.

PAUSA

1. «Esto hizo por mí el Señor». ¿Qué le contarías a un hijo o a un amigo de lo que Dios ha hecho por ti?
2. Dios no llevó a su pueblo por el camino más corto. ¿Qué rodeos de tu vida ves hoy como parte de su pedagogía?
3. Israel cargó con los huesos de José para cumplir una promesa. ¿Qué promesa tuya está esperando que la cumplas?

Para orar. *Señor, ve delante de mí como columna de nube y de fuego, y que nunca me falte tu luz en el camino.*

14

El *paso del mar*

Es la página más célebre del Éxodo y el centro de la memoria de Israel. El capítulo avanza en tres tiempos: el faraón se arrepiente de haber soltado a los hebreos y los persigue hasta dejarlos atrapados entre su ejército y el mar (vv. 1-14); Dios abre el mar y el pueblo lo cruza en seco durante la noche (vv. 15-25); al amanecer, las aguas vuelven y cubren a los egipcios (vv. 26-31). Todo empieza con un pueblo aterrado que quiere volver a la esclavitud, y termina con un pueblo que «temió al Señor y creyó». El paso del mar es el nacimiento de la fe de Israel.

El faraón persigue a Israel

1 Y habló el Señor a Moisés, diciendo: 2 Da orden a los hijos
de Israel que vuelvan a su camino [1], y acampen frente a
Fihahirot, que está entre Mágdalo y el mar [2], delante de
Beelsefón; a la vista de este lugar sentaréis el campamento
junto al mar. 3 Porque el faraón va a decir de los hijos de Is-
rael: Están estrechados del terreno, y cerrados de los mon-
tes del desierto [3]. 4 Y yo endureceré su corazón y os perse-
guirá; con lo que seré glorificado en el faraón [4] y en todo
su ejército, y conocerán los egipcios que Yo soy el Señor.
Ellos lo hicieron así.

5 Entretanto avisaron al rey de los egipcios que el pueblo
iba huyendo; y se trocó el corazón del faraón y de sus ser-
vidores en orden al pueblo, y dijeron: ¿En qué pensába-
mos al soltar a Israel para que dejase de servirnos? [5]
6 Hizo, pues, uncir los caballos a su carroza, y tomó consi-
go a todo su pueblo. 7 Y llevó seiscientos carros de guerra
escogidos [6], y todos cuantos había en Egipto, y los capita-
nes de todo el ejército. 8 Y el Señor abandonó el corazón
del rey de Egipto a la obstinación [7], el cual fue al alcance
de los hijos de Israel; pero éstos habían salido amparados
de una mano todopoderosa [8]. 9 Siguiendo, pues, las hue-
llas los egipcios, los hallaron acampados junto al mar.
Toda la caballería y carros del faraón y el ejército entero
estaban ya en Fihahirot, enfrente de Beelsefón.

10 Y así que el faraón se hubo acercado, alzando los hijos de
Israel sus ojos, vieron en pos de sí a los egipcios; con lo que
se amedrentaron sobremanera. 11 Y clamaron al Señor, y
dijeron a Moisés: ¿Acaso faltaban sepulturas en Egipto [9],
para que nos hayas traído a que muriésemos en el desier-
to? ¿Qué designio ha sido el tuyo en sacarnos de Egipto?
12 ¿No te decíamos aún estando en Egipto: Déjanos que sir-
vamos a los egipcios? Porque mucho mejor nos era servir-
los a ellos, que morir en el desierto. 13 Moisés respondió al
pueblo: No temáis, estad firmes, y veréis los prodigios [10]
que ha de obrar hoy el Señor; pues esos egipcios que ahora

estáis viendo, ya nunca más los volveréis a ver. 14 El Señor
peleará por vosotros, y vosotros os estaréis quedos [11].

El paso del mar

15 Y dijo el Señor a Moisés: ¿Por qué clamas a mí? [12] Di a
los hijos de Israel que marchen. 16 Y tú levanta tu vara, y
extiende tu mano sobre el mar, y divídelo, para que los hi-
jos de Israel caminen por el medio de él a pie enjuto [13].
17 Yo entretanto endureceré el corazón de los egipcios para
que vayan en persecución vuestra; y seré glorificado en el
exterminio del faraón y de todo su ejército, y de sus carros
y caballería. 18 Entonces conocerán los egipcios que Yo soy
el Señor, cuando haya hecho servir para mi gloria al fa-
raón, y a sus carros y a su caballería.

19 En esto, alzándose el ángel de Dios [14] que iba delante del
ejército de los israelitas, se colocó detrás de ellos; y con él
la columna de nube, la cual, dejando la delantera, 20 se si-
tuó a la espalda, entre el campo de los egipcios y el de Is-
rael; y la nube era tenebrosa por la parte que miraba a
aquéllos [15], al paso que para Israel hacía clara la noche, de
tal manera que no pudieron acercarse los unos a los otros
durante todo el tiempo de la noche.

21 Extendiendo, pues, Moisés la mano sobre el mar, le abrió
el Señor por en medio, y soplando toda la noche un viento
recio y abrasador [16], le dejó en seco, y las aguas quedaron

divididas. 22 Con lo que los hijos de Israel entraron por medio del mar en seco, teniendo las aguas como por muro a derecha e izquierda [17].

23 Los egipcios, persiguiéndolos el alcance, entraron en medio del mar tras ellos, con toda la caballería del faraón, sus carros y gente de a caballo. 24 Estaba ya para romper el alba [18]; y he aquí que el Señor, echando una mirada desde la columna de fuego y de nube sobre los escuadrones de los egipcios, hizo perecer su ejército [19], 25 y trastornó las ruedas de los carros [20], los cuales caían precipitados al profundo del mar. Por lo que dijeron los egipcios: Huyamos de Israel, pues el Señor pelea por él contra nosotros.

Las aguas vuelven a su cauce

26 Entonces dijo el Señor a Moisés: Extiende tu mano sobre el mar, para que se reúnan las aguas sobre los egipcios, sobre sus carros y caballos. 27 Luego que Moisés extendió la mano sobre el mar, se volvió éste a su sitio al rayar el alba; y huyendo los egipcios, las aguas los sobrecogieron, y el Señor los envolvió en medio de las olas. 28 Así las aguas, vueltas a su curso, sumergieron los carros y la caballería de todo el ejército del faraón, que había entrado en el mar en seguimiento de Israel; ni uno siquiera se salvó [21]. 29 Mas los hijos de Israel marcharon por medio del mar enjuto, teniendo las aguas por muro a derecha e izquierda.

30 De esta suerte libró el Señor a Israel en aquel día de
mano de los egipcios. 31 Y vieron en la orilla del mar los ca-
dáveres de los egipcios [22], y cómo el Señor había descarga-
do contra ellos su poderosa mano. Con esto temió el pue-
blo al Señor, y creyó al Señor y a su siervo Moisés [23].

¿Sabías que?

En 2010, Carl Drews, del Centro Nacional de Investigación Atmosférica de los Estados Unidos, y Weiqing Han, de la Universidad de Colorado, publicaron una simulación por computadora del fenómeno que los oceanógrafos llaman «descenso del nivel del agua por el viento». Según sus cálculos, un viento del este de unos cien kilómetros por hora, soplando durante doce horas sobre una laguna del delta oriental del Nilo, podía dejar al descubierto durante unas cuatro horas una franja de fango de tres o cuatro kilómetros, con agua a ambos lados, que volvería de golpe al cesar el viento. No demuestra que el éxodo ocurriera así, pero muestra que el «viento recio» del v. 21 no es un adorno del relato.

La ruta del éxodo

Lugar	En el texto	Identificación propuesta
Ramesés	Salida (12,37)	Pi-Ramsés, capital de Ramsés II en el delta, junto a Qantir: la más segura.
Socot	Primer alto (13,20)	Quizá Tjeku, en el uadi Tumilat.
Etam	Al borde del desierto (13,20)	Desconocido; ¿del egipcio *jetem*, «fortaleza»?
Fihahirot	Entre Mágdalo y el mar, frente a Beelsefón (14,2)	Desconocido. Migdol, «torre», nombraba fuertes egipcios de la frontera.
El mar	*Yam suf*, «mar de las cañas» (14 – 15)	Lagunas del norte, lagos del istmo de Suez, golfo de Suez; para pocos, golfo de Áqaba.
Sur	Tres días sin agua (15,22)	Shur, «muro»: el noroeste del Sinaí.
Mara	Aguas amargas (15,23)	Ain Hawara, o Uyun Musa, cerca de Suez.
Elim	Doce fuentes, setenta palmeras (15,27)	Uadi Garandel.
Sin	Codornices y maná (16,1)	Llanura de el-Markha, junto al golfo de Suez.
Rafidim	La roca; Amalec (17,1-16)	Uadi Feirán, el gran oasis del sur, o uadi Refayid.
Sinaí	La alianza (19,1-2)	Jebel Musa, según la tradición (ver el cuadro del capítulo 19).

Las etapas siguen el Éxodo y la lista de Nm 33,3-15, que añade otras. Solo Ramesés, y quizá Socot, tienen una identificación bastante segura; las demás dependen de dónde se sitúen el mar y el monte. La ruta del sur, por la costa del golfo de Suez hasta Jebel Musa, es la de los peregrinos cristianos desde el siglo IV; otros proponen una ruta por el norte o hacia Arabia. El texto dice que Dios no llevó a su pueblo por el camino corto, el de los filisteos (13,17).

PARA PROFUNDIZAR

El éxodo y la historia

¿Ocurrió el paso del mar tal como lo cuenta este capítulo? La pregunta es legítima, y la Iglesia no pide esquivarla: pide leer cada texto según su género literario y buscar la verdad que Dios quiso enseñar «para nuestra salvación» (*Dei Verbum*, nn. 11-12). El Éxodo no es una crónica de archivo, sino una memoria confesada, cantada y celebrada durante siglos, que une recuerdos antiguos, cifras simbólicas y lenguaje épico. Eso no la hace falsa, pero obliga a distinguir.

La Biblia no da el nombre del faraón. Según 1 Re 6,1, la salida ocurrió 480 años antes del cuarto año de Salomón, es decir, hacia 1446 a. C.; pero 480 es doce veces cuarenta, doce generaciones redondas, y la versión griega dice 440. La mención de la ciudad de Ramesés (1,11; 12,37), la capital que Ramsés II (h. 1279-1213 a. C.) levantó en el delta, junto a la actual Qantir, apunta más bien al siglo XIII, la fecha que prefieren la mayoría de quienes admiten un núcleo histórico. Hacia 1208 a. C., la estela de su hijo Merneptah, hallada por Flinders Petrie en Tebas en 1896 y conservada en El Cairo, nombra entre los vencidos de Canaán a «Israel», con el signo jeroglífico de pueblo y no de ciudad: es la mención segura más antigua de Israel fuera de la Biblia.

Las cifras plantean otra dificultad. Seiscientos mil hombres de a pie, sin contar los niños (12,37; Nm 1,46), suponen dos o tres millones de personas, una población comparable a la de todo Egipto en aquella época. Ya Flinders Petrie (1906) y George Mendenhall (1958) señalaron que la palabra hebrea elef, «mil», significa tam-

bién «clan» o «unidad militar» (Jue 6,15; 1 Sam 10,19); leídas así, las listas hablarían de unos pocos miles de personas. Otros piensan que las cifras reflejan la población del Israel posterior, que se reconocía entero en aquella salida.

Las fuentes egipcias callan: ningún documento menciona a los hebreos, las plagas o una derrota en el mar. No es extraño, porque los faraones no inscribían sus fracasos y casi todos los papiros del delta se han perdido por la humedad. Hay, eso sí, datos que encajan con el relato: semitas empleados en las obras reales, un papiro de finales del siglo XIII (Anastasi V) que cuenta la persecución de dos esclavos fugados más allá de la fortaleza de Tjeku y del Migdol, y nombres egipcios en la tribu de Leví, como Moisés, Pinjás o Jofní. En el Sinaí, en cambio, la arqueología no ha hallado huellas: en Cadés Barne, donde Israel habría pasado muchos años, no hay restos de esa época, aunque un pueblo nómada deja muy pocos. Tampoco se sabe dónde estaba el *yam suf*, literalmente «mar de las cañas», que la versión griega llamó «mar Rojo» y que 1 Re 9,26 aplica al golfo de Áqaba (ver el cuadro «La ruta del éxodo»).

Las posturas de los estudiosos forman un abanico. Unos, más conservadores, sostienen que el relato es sustancialmente histórico, con la fecha alta o con la del siglo XIII. Muchos piensan que en el origen hay un grupo menor de semitas sometidos a trabajos forzados que escapó de Egipto, quizá vinculado a la tribu de Leví, la de los nombres egipcios, y cuya memoria se convirtió en la de todo Israel. Otros, más escépticos, ven en el relato una elaboración tardía a partir de recuerdos del dominio egipcio sobre Canaán o de la expulsión de los hicsos, en el siglo XVI a. C. La ar-

queología no puede probar ni refutar un milagro; a lo sumo, puede enmarcarlo.

Lo que es seguro es el lugar que esta memoria ocupa en la fe. Israel no se inventó un origen glorioso: confesó que sus padres fueron esclavos y que Dios los liberó. Esa confesión encabeza los mandamientos (20,2), resume uno de sus credos más antiguos (Dt 26,5-9) y se renueva cada año en la Pascua, en la que, según la Misná, «en cada generación cada uno debe verse a sí mismo como si hubiera salido de Egipto» (Pesajim 10,5). Para los cristianos, Jesús muere en la Pascua y cumple su «éxodo» en Jerusalén (Lc 9,31), y la Eucaristía es el memorial que actualiza esa liberación (Catecismo, nn. 1363-1364). La fe no se apoya en la altura de las olas, sino en el Dios que dice: «He visto la tribulación de mi pueblo… he bajado a librarle» (3,7-8).

PAUSA

1. Los israelitas, acorralados, quisieron volver a servir en Egipto. ¿Qué «Egipto» añoras tú cuando el camino con Dios se vuelve difícil?
2. «El Señor peleará por vosotros, y vosotros os estaréis quedos». ¿En qué lucha de tu vida necesitas dejar de agitarte y confiar?
3. ¿Qué «mar» que parecía imposible de cruzar ha abierto Dios alguna vez delante de ti?

Para orar. *Señor, cuando todo parezca cerrado, dame fe para caminar hacia adelante por el camino que tú abres.*

15

El cántico de Moisés

Al otro lado del mar, Israel canta. El capítulo tiene dos partes muy distintas: el gran cántico de Moisés (vv. 1-21), uno de los poemas más antiguos y solemnes de la Biblia, que se cierra con el estribillo de María y las mujeres, y el comienzo de la travesía del desierto (vv. 22-27), con las aguas amargas de Mara y el oasis de Elim. El cántico celebra la victoria del mar y mira ya hacia la tierra y el santuario. Tres días después, el pueblo que cantaba murmura por falta de agua: la fe recién nacida tiene que aprender a confiar.

El cántico de Moisés

1 Entonces Moisés y los hijos de Israel entonaron este
himno al Señor [1], diciendo: Cantemos alabanzas al Señor,
porque ha hecho brillar su gloria y grandeza [2], y ha pre-
cipitado en el mar al caballo y al caballero [3]. 2 El Señor es la
fortaleza mía, y el objeto de mis alabanzas [4], porque Él ha
sido mi Salvador. Este es mi Dios [5], y yo publicaré su glo-
ria: el Dios de mis padres, a quien he de ensalzar. 3 El Se-
ñor se ha aparecido como un valiente campeón: es su
nombre el Omnipotente [6]. 4 A los carros del faraón y a su
ejército los ha precipitado al mar; sus mejores capitanes
han sido sumergidos en el mar Rojo [7]. 5 Sepultados que-

dan en los abismos, se hundieron como una piedra hasta lo más profundo [8].

[6] Tu diestra, ¡oh Señor!, ha demostrado su soberana fortaleza [9]: Tu diestra, ¡oh Señor!, es la que ha herido al enemigo de tu pueblo. [7] Y con la grandeza de tu gloria y poderío has derribado a tus adversarios. Enviaste los instrumentos de tu cólera, la cual los ha devorado como el fuego a una paja. [8] Al soplo de tu furor [10] se amontonaron las aguas; se paró la ola que iba corriendo; se cuajaron en medio del mar los abismos de las aguas. [9] Iré tras ellos, había dicho el enemigo [11], y los alcanzaré; partiré los despojos, y se hartará mi alma; desenvainaré mi espada, y los matará mi mano. [10] Sopló tu espíritu, ¡oh Señor!, y el mar los anegó; se hundieron como plomo en aguas impetuosas.

[11] ¿Quién hay entre los fuertes a ti semejante, oh Señor? [12] ¿Quién hay semejante a ti, tan grande en santidad, terrible y digno de alabanza, y obrador de prodigios? [12] Extendiste tú la mano, y la tierra los tragó. [13] Por tu misericordia te has hecho el caudillo del pueblo que redimiste [13], y le has conducido a fuerza de tu poder a tu santa morada. [14] Se levantaron los pueblos, y montaron en cólera; quedando penetrados de gran ira y dolor los habitantes de la Palestina [14]. [15] Se conturbaron los príncipes de Edom; los valientes de Moab se estremecieron, y se quedaron yertos los moradores todos de Canaán. [16] Caiga sobre ellos el te-

rror y espanto, a vista del gran poder de tu brazo, queden inmóviles como una piedra, en tanto que pasa, ¡oh Señor!, tu pueblo, hasta que pase este pueblo tuyo que tú has adquirido.

17 A estos hijos tuyos tú los introducirás y establecerás, ¡oh Señor!, sobre el monte de tu herencia, sobre esa firmísima morada tuya, que tú le has fabricado: en Sión, ¡oh Señor!, santuario tuyo [15], que han fundado tus manos. 18 El Señor reinará eternamente, y más allá de todos los siglos [16].

19 Porque el faraón entró a caballo en el mar, con sus carros y caballería, y el Señor replegó sobre ellos las aguas del mar; mas los hijos de Israel pasaron por medio de él a pie enjuto.

El canto de María

20 Entonces María, la profetisa, hermana de Aarón [17], tomó en su mano un pandero [18]; y salieron en pos de ella todas las mujeres con panderos y danzas, 21 cuyos coros guiaba, entonando la primera [19]: Cantemos himnos al Señor, porque ha dado una gloriosa señal de su grandeza; ha precipitado en el mar al caballo y al caballero.

Las aguas amargas de Mara

22 En fin, Moisés sacó a los israelitas del mar Rojo, y fueron a salir al desierto del Sur [20], y anduvieron tres días por la soledad sin hallar agua. 23 Llegaron después a Mara, y no

podían beber las aguas de Mara por ser amargas. Por eso puso nombre apropiado al sitio, llamándole Mara, esto es, amargura [21]. [24] Aquí murmuró el pueblo contra Moisés, diciendo: ¿Qué beberemos? [25] Mas él clamó al Señor, el cual le mostró un madero [22], y habiéndole echado en las aguas, se endulzaron. Allí dio el Señor al pueblo algunos preceptos y leyes; y allí le probó [23], [26] y dijo: Si escucharas la voz del Señor Dios tuyo, e hicieres lo que es recto delante de él, y obedecieres sus mandamientos, y observares todos sus preceptos, no descargaré sobre ti plaga ninguna, de las que he descargado sobre Egipto; porque Yo soy el Señor que te doy la salud [24].

[27] De allí pasaron los hijos de Israel a Elim; donde había doce manantiales de aguas y setenta palmeras [25], y acamparon allí junto a las aguas.

¿Sabías que?

En los rollos de la Torá que se leen en la sinagoga, el cántico del mar no se copia como el resto del texto, sino con una disposición especial que el Talmud llama «medio ladrillo sobre ladrillo entero» (Meguilá 16b): los fragmentos de frase alternan con espacios en blanco, de modo que la columna parece un muro de ladrillos. Hay quien ve en ese dibujo las murallas de agua entre las que pasó Israel. El canto de David de 2 Sam 22 se copia del mismo modo.

PARA PROFUNDIZAR

El paso del mar y el bautismo

«No quiero que ignoréis, hermanos, que nuestros padres estuvieron todos bajo la nube, y todos atravesaron el mar, y todos fueron bautizados en Moisés por la nube y por el mar» (1 Cor 10,1-2). Con estas palabras, san Pablo dio a la Iglesia la clave para leer Éx 14 – 15. No inventa un sentido ajeno al texto: ve en la historia de Israel «figuras» (en griego, typoi) de lo que se cumple en Cristo (1 Cor 10,6.11). Como Israel pasó por el agua de la esclavitud a la libertad, guiado por la nube, el cristiano pasa por el agua del bautismo de la esclavitud del pecado a la vida de hijo de Dios. Pero Pablo añade una advertencia: la mayoría de aquellos «bautizados» cayeron después en el desierto (1 Cor 10,5). El bautismo es un comienzo, no un punto de llegada.

La liturgia expresa esta convicción en su noche más importante. En la Vigilia pascual se proclaman hasta siete lecturas del Antiguo Testamento, que por razones pastorales pueden reducirse; pero el Misal Romano establece que la tercera, el paso del mar (Éx 14,15 – 15,1), no se omita nunca. El pueblo responde con el cántico de Moisés, y el pregón pascual ya ha cantado: «Esta es la noche en que sacaste de Egipto a los israelitas, nuestros padres». El paso del mar no se recuerda como un hecho lejano, sino como figura de lo que ocurre esa misma noche en la fuente bautismal.

Poco después, el sacerdote bendice el agua recordando las grandes aguas de la historia de la salvación: las de la creación, el diluvio, el mar Rojo, el Jordán y el costado abierto de Cristo. Sobre el mar dice la oración, en latín: Deus, qui Abrahae filios per mare

Rubrum sicco vestigio transire fecisti… El Catecismo la cita así: «¡Oh Dios!, que hiciste pasar a pie enjuto por el mar Rojo a los hijos de Abraham, para que el pueblo liberado de la esclavitud del faraón fuera imagen de la familia de los bautizados» (n. 1221), y comenta que el paso del mar, «verdadera liberación de Israel», es el que anuncia la liberación obrada por el bautismo. Entre las figuras que la catequesis de los Padres explicó a la luz de Cristo, nombra también «la nube, y el paso del mar Rojo» (n. 1094).

Los Padres desarrollaron esta lectura en sus catequesis a los recién bautizados. Tertuliano, hacia el año 200, en el tratado sobre el bautismo más antiguo que se conserva, dice que no hay figura más clara del sacramento: los pueblos son liberados del mundo por medio del agua y dejan ahogado en ella al diablo, su antiguo tirano, como Israel dejó al faraón en el mar; y añade el madero que endulzó las aguas de Mara, que era Cristo, y la roca que acompañaba al pueblo (*Sobre el bautismo* 9). San Ambrosio, en Milán, establece un contraste: los judíos que cruzaron el mar murieron todos en el desierto, pero el que pasa por esta fuente no muere, sino que resucita, porque pasa del pecado a la vida y de la culpa a la gracia, y eso es la Pascua, el «paso» (*Sobre los sacramentos* I,4,12); en la columna de luz ve a Cristo, y en la nube, al Espíritu Santo (I,6,22). San Cirilo de Jerusalén compara al faraón con el demonio, que persigue al catecúmeno hasta el borde mismo de las aguas de la salvación (*Catequesis mistagógicas* I,2-3).

El sentido de la figura es profundo. El bautismo es un paso a través de la muerte: «por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que, así como Cristo resucitó de entre los muertos, también nosotros caminemos en una vida nueva» (Rom 6,4). Lo

que queda en el agua es el pecado, no las personas; y del agua sale un pueblo, no un individuo aislado. Por eso los bautizados cantan, como Israel en la orilla: el Apocalipsis muestra a los vencedores junto a un mar de cristal, entonando «el cántico de Moisés, siervo de Dios, y el cántico del Cordero» (Ap 15,2-3). Y después del canto viene el desierto, con sus aguas amargas y su maná: la vida cristiana, sostenida por la Eucaristía y por el agua viva del Espíritu (1 Cor 10,3-4).

PAUSA

1. Israel cantó después de cruzar el mar. ¿Cuándo fue la última vez que diste gracias a Dios, con alegría, por algo concreto que hizo en tu vida?
2. En tres días, el pueblo pasó del canto a la queja. ¿Qué «aguas amargas» te hacen olvidar lo que Dios ya ha hecho por ti?
3. Tu bautismo fue tu paso del mar. ¿Qué significa hoy para ti vivir como alguien que ha sido liberado?

Para orar. *Señor, mi fuerza y mi canto, endulza mis aguas amargas con el madero de tu cruz.*

16

El *maná*

Un mes después de salir de Egipto, en el desierto de Sin, el pueblo tiene hambre y añora las ollas de carne. Dios responde con dos dones: las codornices por la tarde y, cada mañana, un alimento desconocido al que llamarán maná. El capítulo tiene cuatro momentos: la murmuración (vv. 1-12), las codornices y el maná, con la regla de recoger solo lo de cada día (vv. 13-21), el maná y el sábado (vv. 22-30), y el gomor guardado como recuerdo (vv. 31-36). Es una escuela de confianza: el pan de Dios no se puede acumular; se recibe cada día.

Murmuraciones en el desierto de Sin

1 Partió de Elim toda la multitud de los hijos de Israel, y
vino a parar en el desierto de Sin [1], que está entre Elim y
el monte de Sinaí, el día quince del segundo mes, después
de la salida del país de Egipto. 2 Y murmuró en aquel de-
sierto contra Moisés y Aarón [2] el pueblo de los hijos de Is-
rael. 3 A los cuales dijeron los hijos de Israel: ¡Ojalá hubié-
semos muerto a manos del Señor en la tierra de Egipto,
cuando estábamos sentados junto a las calderas llenas de
carne [3], y comíamos pan cuanto queríamos! ¿Por qué nos
habéis traído a este desierto, para matar de hambre a toda
la gente? 4 Pero el Señor le dijo a Moisés: Voy a hacer que

os llueva pan del cielo [4]; salga el pueblo, y recoja lo que basta para cada día [5], pues quiero probarle, a ver si se ajusta o no a mi ley. 5 Mas el día sexto prevengan lo que han de reservar, y así cojan doble de lo que solían coger cada día.

6 Entonces Moisés y Aarón dijeron a todos los hijos de Israel: Esta tarde conoceréis que el Señor es quien os ha sacado de la tierra de Egipto; 7 y mañana veréis brillar el poder del Señor [6], pues ha oído que os quejáis de él. Por lo que hace a nosotros, ¿qué somos para que andéis murmurando contra nosotros? 8 Y añadió Moisés: Esta tarde misma os dará el Señor a comer carnes y a la mañana pan, hasta que no queráis más, por cuanto ha oído vuestras quejas con que habéis murmurado contra él. Porque, ¿quiénes somos nosotros? Contra el Señor son, y no contra nosotros vuestras murmuraciones [7].

9 Dijo también Moisés a Aarón: Di a todo el pueblo de los hijos de Israel: Venid, presentaos al Señor, porque ha oído vuestras murmuraciones. 10 Aún estaba hablando Aarón a toda la muchedumbre de los hijos de Israel, cuando volviendo ellos los ojos hacia el desierto, he aquí que la majestad del Señor se apareció en medio de la nube [8], 11 desde donde habló el Señor a Moisés, diciendo: 12 He oído las murmuraciones de los hijos de Israel. Diles: Esta tarde co-

meréis carnes, y a la mañana os saciaréis de pan; con lo que sabréis que Yo soy el Señor Dios vuestro.

Las codornices y el maná

13 Llegada, pues, la tarde, vinieron tantas codornices [9], que cubrieron todo el campamento; y por la mañana se halló esparcido también un rocío alrededor de él, 14 el cual, habiendo cubierto la superficie de la tierra, quedó en el desierto sobre el suelo una cosa menuda, semejante a la escarcha [10] que cae sobre la tierra. 15 Lo que visto por los hijos de Israel se dijeron unos a otros: ¿Manhú?, que significa: ¿Qué es esto? [11] Porque no sabían qué cosa fuese. A los cuales dijo Moisés: Este es el pan que el Señor os ha dado para comer [12].

16 Ved lo que el mismo Señor ha ordenado: Recoja de ello cada uno cuanto basta para su sustento; así pues, cogeréis un gomor por persona [13], según el número de almas que habitan en cada tienda. 17 Así lo hicieron los hijos de Israel, y recogieron quién más, quién menos. 18 Lo midieron después por el gomor; ni quien más había cogido, por eso tuvo más [14], ni quien menos recogió, tuvo menos, sino que cada cual reunió tasadamente aquella porción que podía comer.

19 Les advirtió además Moisés: Ninguno reserve de ello para mañana. 20 Algunos no le obedecieron, sino que lo re-

servaron para el día siguiente, y empezó a hervir en gusanos [15], y se pudrió; por lo cual se enojó Moisés contra ellos. [21] Recogía, pues, cada uno de madrugada cuanto le podía bastar para su mantenimiento; y calentando el sol, se derretía el maná del campo [16].

El maná y el sábado

[22] Pero el sexto recogió uno el doble, a saber dos medidas de gomor por cabeza; de lo cual vinieron a dar cuenta a Moisés todos los príncipes del pueblo. [23] Y él les dijo: Esto es lo que tiene ordenado el Señor. Mañana es el día de sábado [17], cuyo descanso está consagrado al Señor. Haced, pues, hoy todo lo que tengáis que hacer, y coged lo que haya de cocerse, y todo lo que sobrare guardadlo para mañana. [24] Lo hicieron como Moisés lo había mandado, y el maná no se pudrió, ni se halló en él gusano alguno. [25] Dijo entonces Moisés: Este lo comeréis hoy; porque siendo sábado del Señor, hoy no le habrá en el campo. [26] Recogedle durante los seis días; pues el día séptimo es el sábado del Señor, y por eso no se hallará.

[27] Llegó el día séptimo; y habiendo salido algunos del pueblo a recogerle, no hallaron nada. [28] Por lo cual dijo el Señor a Moisés: ¿Hasta cuándo habéis de ser rebeldes a mis mandamientos y a mi ley? [29] Reflexionad que el Señor os ha encargado la observancia del sábado, y por eso el día sexto os da doblado alimento; estese cada cual en su tien-

da; ninguno salga fuera el día séptimo [18]. [30] Y observó el pueblo el descanso el día séptimo.

Un gomor para las generaciones

[31] Y la familia de Israel llamó aquel manjar Man; el cual era blanco, del tamaño de la simiente del cilantro [19], y su sabor, como torta de flor de harina, amasada con miel. [32] Dijo también Moisés: Esto es lo que ha mandado el Señor: Llena de maná un gomor, y guárdese para las generaciones venideras, a fin de que vean el pan con que yo os sustenté en el desierto después de que os saqué de la tierra de Egipto. [33] Dijo, pues, Moisés a Aarón: Toma un vaso, y echa en él todo el maná que pueda caber en tu gomor, y colócale delante del Señor, para que se conserve [20] en vuestra posteridad, [34] como Dios me tiene mandado. Aarón lo puso después en el Tabernáculo [21], para que se conservare. [35] Y los hijos de Israel comieron maná por espacio de cuarenta años [22], hasta que llegaron a tierra poblada en que debían habitar: con este manjar fueron alimentados hasta que tocaron los confines de la tierra de Canaán. [36] Una medida de gomor es la décima parte de un efi [23].

¿Sabías que?

En el sur del Sinaí, los beduinos recogen todavía en los meses de calor unas gotitas dulces que aparecen de madrugada sobre las ramas de los tamariscos y que llaman *man*. En 1927, una expedición dirigida por el zoólogo Friedrich Simon Bodenheimer explicó su origen: son la secreción azucarada de dos diminutos insectos que chupan la savia del árbol; con el frío de la noche cuajan en granitos blancos, que el sol derrite y las hormigas se llevan. Los beduinos los usan como miel. Pero en los mejores años apenas se recogen unos cientos de kilos en todo el Sinaí, y no tienen proteínas: el fenómeno puede iluminar el relato, pero no lo explica entero.

PARA PROFUNDIZAR

El *maná* y la *Eucaristía*

¿Qué era el maná? El texto lo describe como unos granos blancos y finos que aparecían con el rocío de la mañana, se derretían con el sol y sabían a torta con miel (16,14.21.31). Se han propuesto explicaciones naturales; la más citada es la secreción dulce que dos pequeños insectos producen sobre los tamariscos del Sinaí, que los beduinos todavía llaman *man* (ver el recuadro). Puede que el recuerdo de ese alimento del desierto esté en el origen del relato. Pero el texto subraya precisamente lo que ningún fenómeno natural explica: la ración justa para cada uno, el doble el sexto día, nada el sábado, cuarenta años sin faltar. Más que describir un producto, el relato enseña a recibir un don.

La propia Escritura fue ahondando su sentido. El Deuteronomio explica que Dios alimentó a Israel con el maná «para enseñarte que no solo de pan vive el hombre» (Dt 8,3). El Salmo 78 lo llama «trigo del cielo» y añade que «el hombre comió pan de ángeles» (Sal 78,24-25); el hebreo dice «pan de los fuertes», pero la versión griega y la Vulgata entendieron «de los ángeles», panem angelorum. El libro de la Sabiduría desarrolla la imagen: Dios alimentó a su pueblo «con manjar de ángeles», con un pan bajado del cielo «que tenía en sí todo deleite» y que se acomodaba al gusto de cada uno (Sab 16,20-21), para que aprendieran que no son los frutos de la tierra los que alimentan al hombre, sino la palabra de Dios la que sostiene a los que creen (Sab 16,26).

Jesús retoma todo esto en Cafarnaún, después de la multiplicación de los panes (Jn 6,31-58). La gente le recuerda el maná, y él responde que no fue Moisés quien les dio el pan del cielo, sino su Padre, que da «el verdadero pan del cielo»; y después: «Yo soy el pan de vida». Como en el desierto, la gente «murmura» (Jn 6,41). El contraste final es tajante: «vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron»; en cambio, «el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo», y «el que come este pan vivirá para siempre» (Jn 6,49.51.58). El maná sostenía una vida mortal; la Eucaristía comunica la vida eterna.

El maná enseña también una manera de pedir. Había que recogerlo cada mañana, «lo que basta para cada día» (16,4), y el que guardaba para el día siguiente lo encontraba podrido (16,20). El Catecismo relaciona expresamente este pasaje con el «pan nuestro de cada día» del padrenuestro: el «hoy» es una expresión de confianza, y la misteriosa palabra griega epiousios puede enten-

derse a la vez como el pan necesario para vivir y como el Pan de vida, el Cuerpo de Cristo (nn. 2836-2837, que citan Éx 16,19-21). San Jerónimo cuenta que un evangelio en lengua hebrea, hoy perdido, decía en esa petición «el pan de mañana» (*Comentario a Mateo* I, sobre 6,11): el pan del día que no termina, pedido para hoy.

El Catecismo recoge la lectura tradicional: «el maná del desierto prefiguraba la Eucaristía, "el verdadero Pan del Cielo"» (n. 1094), y recuerda que el maná «sugerirá siempre a Israel que vive del pan de la Palabra de Dios» (n. 1334). La Eucaristía es el alimento de un pueblo en camino, el viático de los peregrinos.

La piedad eucarística lo ha cantado durante siglos. Santo Tomás de Aquino, en el himno *Sacris solemniis* para la fiesta del Corpus Christi, escribió los versos que César Franck puso en música en 1872: Panis angelicus fit panis hominum; dat panis caelicus figuris terminum, «el pan de los ángeles se hace pan de los hombres; el pan del cielo pone fin a las figuras». En la secuencia *Lauda Sion* enumera las figuras que anunciaban el sacramento, entre ellas «el maná dado a los padres» (datur manna patribus). Y en la bendición con el Santísimo se canta todavía el versículo de la Sabiduría: «Les diste pan del cielo, que contiene en sí todo deleite» (Sab 16,20).

PAUSA

1. ¿Qué «ollas de Egipto» te hacen murmurar contra lo que Dios te da hoy?
2. El maná no se podía acumular. ¿En qué te cuesta confiar en que Dios te dará mañana lo necesario?
3. ¿Cómo preparas tu corazón para recibir el pan de la Eucaristía?

Para orar. *Padre, danos hoy nuestro pan de cada día, y enséñanos a recibirlo con gratitud y a compartirlo.*

17

Agua de la roca y victoria sobre Amalec

Dos pruebas en un mismo lugar, Rafidim. En la primera (vv. 1-7), el pueblo sediento se amotina contra Moisés y pone a Dios a prueba; Dios hace brotar agua de la roca, y el lugar recibe un nombre que Israel no olvidará: Tentación. En la segunda (vv. 8-16), los amalecitas atacan, y Josué vence mientras Moisés, sostenido por Aarón y Hur, mantiene las manos alzadas en lo alto del monte. La pregunta del capítulo es la del v. 7: «¿Está, o no está con nosotros el Señor?». La respuesta llega en forma de agua y de victoria.

El agua de la roca

1 Habiendo, pues, partido toda la multitud de los hijos de
Israel del desierto de Sin, haciendo sus detenciones en los
lugares señalados por el Señor [1], acamparon en
Rafidim [2], donde no tuvo el pueblo agua que beber; 2 el
cual, levantando el grito contra Moisés, dijo: Danos agua
para beber. Moisés le respondió: ¿Por qué os amotináis
contra mí? ¿Cómo es que tentáis al Señor? [3] 3 Allí, pues, el
pueblo, hallándose acosado de la sed y sin tener agua,
murmuró contra Moisés, diciendo: ¿Por qué nos ha hecho
salir de Egipto, para matarnos de sed a nosotros, y a nues-
tros hijos y ganados?

4 Clamó entonces Moisés al Señor, y le dijo: ¿Qué haré yo
con este pueblo? Falta ya poco para que me apedree [4].
5 Dijo el Señor a Moisés: Adelántate al pueblo, llevando
contigo alguno de los ancianos de Israel, y toma en tu
mano la vara con que heriste el río, y vete 6 hasta la peña
de Horeb, que yo estaré allí delante de ti [5]; y herirás la
peña, y brotará de ella agua [6] para que beba el pueblo. Lo
hizo así Moisés en presencia de los ancianos de Israel. 7 Y
puso a este lugar el nombre de Tentación [7], por el alboro-
to de los hijos de Israel, y porque tentaron al Señor, di-
ciendo: ¿Está, o no está con nosotros el Señor? [8]

La batalla contra Amalec

8 Sobrevinieron después los amalecitas [9] y presentaron
batalla a Israel en Rafidim. 9 Y dijo Moisés a Josué [10]: Es-
coge hombres de valor, y ve a pelear contra los amalecitas;
mañana yo estaré en la cima del monte, teniendo la vara
de Dios en mi mano. 10 Hizo Josué lo que Moisés había di-
cho, y trabó combate con Amalec. Entretanto Moisés y Aa-
rón y Hur [11] subieron a la cima del monte.

11 Y cuando Moisés alzaba las manos, vencía Israel [12], mas
si las bajaba un poco, Amalec tenía la ventaja. 12 Ya los bra-
zos de Moisés estaban cansados; por lo que tomando una
piedra, se la pusieron debajo, y se sentó en ella, y Aarón de
una parte y Hur de la otra lo sostenían en brazos [13], los
cuales de esta manera permanecieron en alto hasta que se

puso el sol. 13 Y Josué derrotó a Amalec, y pasó a cuchillo
su gente.

14 Entonces el Señor dijo a Moisés: Escribe esto para memoria en un libro [14], y adviértelo a Josué, a saber: Que
yo he de borrar de debajo del cielo la memoria de
Amalec [15]. 15 Edificó allí Moisés un altar al Señor al que
puso por nombre: EL SEÑOR ES MI EXALTACIÓN [16], diciendo: 16 Ciertamente que la mano del Señor se extenderá
desde su solio [17] contra Amalec, y guerra le hará el Señor
en todas las generaciones.

¿Sabías que?

Cada día, la Liturgia de las Horas empieza con el invitatorio, que suele ser el Salmo 95: «Venid, aclamemos al Señor». Y en ese salmo, después de la alabanza, resuena la advertencia de Rafidim: «Ojalá escuchéis hoy su voz: no endurezcáis el corazón como en Meribá, como el día de Masá en el desierto». Así, desde hace siglos, la Iglesia recuerda cada mañana este episodio del Éxodo, para empezar la jornada sin poner a Dios a prueba.

PAUSA

1. «¿Está, o no está con nosotros el Señor?». ¿En qué situación te has hecho esta pregunta, y cómo te respondió Dios?
2. Moisés necesitó que otros le sostuvieran los brazos. ¿Quién sostiene tu oración, y a quién sostienes tú con la tuya?

Para orar. *Señor, que en la sed y en la lucha no te ponga a prueba, sino que alce hacia ti mis manos con confianza.*

18

Jetro visita a Moisés

Después de la hostilidad de Amalec, la amistad de un extranjero. Jetro, sacerdote de Madián y suegro de Moisés, le trae a su mujer y a sus hijos, escucha lo que Dios ha hecho, lo bendice y ofrece un sacrificio (vv. 1-12). Al día siguiente ve a Moisés agotado, juzgando él solo al pueblo desde la mañana hasta la noche, y le aconseja repartir la carga entre jueces capaces y honrados (vv. 13-27). El capítulo es un pequeño tratado sobre el gobierno: un sacerdote pagano confiesa al Dios de Israel, y el gran Moisés aprende a escuchar y a delegar.

Jetro visita a Moisés

1 Pues como hubiese oído Jetro, sacerdote de Madián, suegro de Moisés [1], todo lo que Dios había hecho a favor de
Moisés y de Israel su pueblo, y cómo el Señor había sacado
a Israel de Egipto, 2 tomó a Séfora, mujer de Moisés, el cual
se la había remitido [2], 3 y a sus dos hijos, llamado el uno
Gersam [3], por haber dicho el padre: He estado peregrino
en tierra extraña; 4 y el otro, Eliézer [4], porque dijo: El Dios
de mi padre fue mi protector, y me libró de la espada del
faraón.

5 Jetro, pues, suegro de Moisés, vino a encontrarle con sus
hijos y la mujer de éste, en el desierto en donde estaba
acampado el pueblo, cerca del monte de Dios [5]. 6 Y envió
aviso a Moisés, diciendo: Yo Jetro, suegro tuyo, vengo a
encontrarte con tu mujer y tus dos hijos. 7 Moisés, habien-
do salido a recibir a su suegro, le hizo profunda reveren-
cia, y le besó [6], y se saludaron recíprocamente con pala-
bras afectuosas. Y así que hubieron entrado en el pabe-
llón, 8 contó Moisés a su suegro todos los prodigios [7] que
había hecho el Señor contra el faraón y los egipcios en fa-
vor de Israel, y todos los trabajos sufridos en el viaje, y
cómo el Señor los había librado.

9 Se alegró Jetro al oír todos los beneficios que el Señor ha-
bía hecho a Israel, y de que le hubiese sacado del poder de
los egipcios, 10 y dijo: Bendito sea el Señor [8], que os ha li-
brado de las manos de los egipcios y de las manos del fa-
raón, y ha sacado a su pueblo del poder de Egipto. 11 Ahora
conozco bien que el Señor es grande sobre todos los
dioses [9], como se ha visto con los egipcios, y así que se
han levantado tan orgullosamente contra su pueblo.
12 Ofreció, pues, Jetro, suegro de Moisés, holocausto y hos-
tias a Dios [10]; y fueron Aarón y todos los ancianos de Is-
rael a comer con él en la presencia de Dios.

Los jueces del pueblo

13 Al día siguiente Moisés se sentó a despachar las causas
del pueblo [11], el cual estaba alrededor de él desde la mañana hasta la noche. 14 Lo que observado por su suegro, es a
saber, que acudía a todas las cosas del pueblo, dijo: ¿Qué
viene a ser eso que practicas con el pueblo? ¿Por qué eres
tú solo en dar audiencia, y está todo el pueblo esperando
desde la mañana hasta la noche? 15 Le respondió Moisés:
Viene a mí el pueblo, a fin de oír la determinación de
Dios [12]. 16 Y cuando se suscita entre ellos alguna diferencia, acuden a mí para que decida entre las partes, y les
haga conocer los preceptos de Dios y sus leyes.

17 No haces bien en eso [13], replicó Jetro. 18 Con trabajo tan
ímprobo te consumes [14], no solamente tú sino también
este pueblo que te rodea. Es empeño superior a tus fuerzas; no podrás sobrellevarle tú solo. 19 Escucha, pues, mis
palabras y consejos, y Dios será contigo. Sé tú medianero
del pueblo en las cosas pertenecientes a Dios [15], presentándole las súplicas que se le hacen, 20 y enseñando al pueblo las ceremonias y los ritos del culto divino, y el camino
que debe seguir, y las obras que debe practicar. 21 Para lo
demás escoge de todo el pueblo sujetos de firmeza y temerosos de Dios, amantes de la verdad y enemigos de la
avaricia [16], y de ellos establece tribunos, centuriones, y cabos de cincuenta personas y de diez [17]: 22 los cuales sean

jueces del pueblo continuamente. Y si ocurre alguna cosa grave, remítanla a ti [18], sentenciando ellos las de menos importancia; y así será para ti más llevadera la carga, partiéndola con otros. [23] Si esto hicieres, cumplirás las órdenes de Dios, y podrás cuidar que se ejecuten tus preceptos; y toda esta gente se volverá en paz a su morada.

[24] Oídas estas razones, Moisés hizo todo lo que su suegro le había sugerido [19]. [25] Y habiendo escogido de todo Israel hombres de pulso y firmeza, los constituyó jefes del pueblo, tribunos y centuriones, y capitanes de cincuenta hombres, y de diez o decuriones. [26] Los cuales administraban justicia al pueblo en todo tiempo, y las causas más graves las remitían a Moisés, juzgando ellos solamente las más fáciles. [27] Después de esto se despidió de su suegro; el cual se volvió a su país [20].

¿Sabías que?

Los drusos, una comunidad religiosa de lengua árabe que vive sobre todo en el Líbano, Siria e Israel, veneran como su profeta principal a Nabí Shuayb, a quien identifican con Jetro. Cada año, en abril, miles de drusos peregrinan al santuario donde, según su tradición, está su tumba, cerca de los Cuernos de Hattin, en Galilea. El suegro de Moisés, un sacerdote extranjero que bendijo al Dios de Israel, es venerado así mucho más allá del judaísmo y del cristianismo.

PAUSA

1. Moisés contó a Jetro lo que Dios había hecho. ¿A quién podrías contar tú hoy lo que Dios ha hecho en tu vida?
2. «No haces bien en eso… no podrás sobrellevarle tú solo». ¿Qué carga necesitas compartir o delegar?
3. ¿Sabes aceptar un consejo, aunque venga de alguien inesperado?

Para orar. *Señor, dame humildad para escuchar consejo y sabiduría para servir sin querer hacerlo todo yo solo.*

19

La alianza en el Sinaí

Tres meses después de salir de Egipto, Israel llega al pie del Sinaí. Allí comienza el gran bloque central del Pentateuco, que se prolongará hasta Nm 10. El capítulo tiene tres partes: Dios propone la alianza y el pueblo la acepta (vv. 1-8); dos días de preparación, con purificaciones y límites alrededor del monte (vv. 9-15); y la manifestación de Dios al tercer día, con truenos, fuego, humo y sonido de trompeta (vv. 16-25). El tono es solemne y temible, pero en el centro hay una frase de amor: «os he traído cual águila sobre mis alas». La alianza nace de la gracia.

Dios propone la alianza

1 Al tercer mes de la salida de Israel de la tierra de Egipto,
en el mismo día [1] llegaron al desierto de Sinaí. 2 Porque
habiendo partido de Rafidim, y llegando hasta el desierto
de Sinaí, acamparon en este lugar; y allí fijó Israel sus tien-
das enfrente del monte [2].

3 De aquí subió Moisés hacia Dios, el cual le llamó desde la
cima del monte, y dijo: Esto dirás a la casa de Jacob [3] y
esto anunciarás a los hijos de Israel. 4 Vosotros mismos ha-
béis visto lo que he hecho con los egipcios; de qué manera
os he traído cual águila sobre mis alas [4], y os he tomado

por mi cuenta [5]. [5] Ahora bien, si escuchareis mi voz y observareis mi pacto [6] seréis para mí, entre todos los pueblos la porción escogida [7], ya que mía es toda la tierra [8]. [6] Y seréis vosotros para mí un reino sacerdotal, y nación santa [9]. Estas son las palabras que dirás a los hijos de Israel.

[7] Bajó, pues, Moisés, y convocados los ancianos del pueblo, les expuso todo lo que el Señor le había mandado decirles. [8] Y respondió a su vez todo el pueblo: Haremos todo cuanto ha dicho el Señor [10]. Y habiendo Moisés llevado al Señor la respuesta del pueblo,

Preparación para el encuentro

[9] el Señor le dijo: Ahora mismo vendré yo a ti en una densa y oscura nube, a fin de que el pueblo me oiga hablar contigo, y te dé crédito perpetuamente. Y Moisés refirió las palabras del pueblo al Señor; [10] quien le dijo: Vuelve al pueblo, y haz que todos se purifiquen entre hoy y mañana, y laven sus vestidos [11], [11] y estén preparados para el día tercero; porque en el día tercero descenderá el Señor [12] a vista de todo el pueblo sobre el monte Sinaí. [12] Pero tú has de señalar límites al pueblo en el circuito, y decirles: Guardaos de subir al monte, ni os acerquéis alrededor de él. Todo el que se llegare al monte, morirá sin remisión. [13] No le ha de tocar mano de hombre alguno [13], sino que ha de morir apedreado o asaetado; ya fuere bestia, ya hombre,

perderá la vida. Mas cuando comenzare a sonar la bocina [14], salgan entonces hacia el monte.

[14] Bajó, pues, Moisés del monte, y llegando al pueblo le purificó; y después que lavaron sus vestidos, [15] les dijo: Estad apercibidos para el día tercero, y no os lleguéis a vuestras mujeres [15].

Dios desciende sobre el Sinaí

[16] Ya que era venido el día tercero y rayaba el alba, de repente principiaron a oírse truenos, y a relucir los relámpagos [16], y se cubrió el monte de una densísima nube, y el sonido de la bocina resonaba con grandísimo estruendo; con lo que se atemorizó el pueblo, que estaba dentro de los campamentos. [17] De donde sacado por Moisés para salir a recibir a Dios, se pararon todos a las faldas del monte. [18] Todo el monte Sinaí estaba humeando, por haber descendido a él el Señor entre llamas; subía el humo de él como de un horno [17], y todo el monte causaba espanto. [19] Al mismo tiempo el sonido de la bocina cada vez se sentía más recio, y se extendía a mayor distancia. Moisés hablaba, y Dios le respondía [18].

[20] Descendió el Señor sobre el monte Sinaí, en la cima misma del monte, y llamó a Moisés a aquella cumbre. A donde habiendo subido, [21] le dijo: Baja y dile al pueblo que no se arriesgue a traspasar los límites para ver al Señor [19], por

cuyo motivo vengan a perecer muchísimos de ellos. 22 Los sacerdotes asimismo que se acercan al Señor 20, purifíquense; no sea que los castigue de muerte. 23 Dijo entonces Moisés al Señor: No se atreverá el pueblo a subir al monte Sinaí, puesto que tú me has dicho y mandado expresamente: Señala límites alrededor del monte, y santifícale. 24 Mas el Señor le dijo: Anda, baja, después subirás tú y Aarón contigo; pero los sacerdotes y el pueblo no traspasen los límites, ni suban hacia donde está el Señor, no sea que les quite la vida. 25 Bajó Moisés al pueblo y le refirió todas estas cosas.

¿Sabías que?

En el monasterio de Santa Catalina, al pie del Sinaí tradicional, el erudito alemán Constantin von Tischendorf encontró en 1844 y en 1859 las hojas del Códice Sinaítico, una Biblia griega copiada a mano en el siglo IV, que contiene el Nuevo Testamento completo más antiguo que se conoce. La mayor parte pasó al zar de Rusia, y en 1933 el gobierno soviético la vendió al Museo Británico; hoy está en la Biblioteca Británica de Londres, y otras hojas se conservan en Leipzig, en San Petersburgo y en el propio monasterio, donde en 1975 aparecieron nuevos fragmentos. El códice entero puede consultarse hoy en internet.

¿Dónde está el Sinaí?

Candidato	A favor	En contra
Jebel Musa	Sur del Sinaí. Tradición desde el siglo IV (Egeria, h. 383); monasterio de Santa Catalina (siglo VI); a sus pies, la llanura de er-Raha.	Ningún testimonio anterior a los monjes cristianos; en el suroeste de la península había minas egipcias de turquesa.
Serbal	Sobre el oasis de Feirán, ¿Rafidim?; antiguo centro monástico; lo defendió Lepsius (1845).	Los peregrinos lo dejaron pronto por Jebel Musa.
Sin Bishar	Oeste del Sinaí, a tres jornadas de Egipto (3,18).	Colina modesta, sin tradición antigua.
Helal	Norte del Sinaí, cerca de Cadés (Dt 1,46).	Dt 1,2 pone once jornadas entre el Horeb y Cadés.
Har Karkom	Néguev; cientos de grabados y lugares de culto (E. Anati).	Casi todos son del III milenio a. C.
Madián	Noroeste de Arabia: Moisés pastoreaba en Madián (3,1); fuego y temblor de volcán (19,18); «el monte Sinaí, en Arabia» (Gál 4,25).	La «Arabia» de Pablo incluía el Sinaí; lo que se dice de Jebel al-Lawz carece de base científica.
Seír	Poemas antiguos: Dios «viene de Seír», «de Temán» (Dt 33,2; Jue 5,4; Hab 3,3); listas egipcias citan a los «shasu de Yhw».	No señalan un monte; puede ser lenguaje poético.

La Biblia no da coordenadas: pone el monte a tres jornadas de Egipto (3,18), a once de Cadés (Dt 1,2) y, para Elías, a cuarenta días de Bersabee (1 Re 19,8). Ningún candidato reúne todos los datos. Para la fe importa más el encuentro que el lugar: la Carta a los Hebreos contrapone al Sinaí el monte Sión, la Jerusalén celestial (Heb 12,18-24).

PARA PROFUNDIZAR

La alianza del Sinaí y Pentecostés

Los capítulos 19 a 24 forman el corazón del Éxodo: Dios propone la alianza (19,3-8), da las diez palabras y el código de la alianza (20 – 23) y la sella con sangre (24,3-8). El Catecismo subraya este orden: los mandamientos se revelan entre la propuesta de la alianza y su ratificación (n. 2060). Primero viene lo que Dios ha hecho, y después lo que el pueblo hará.

En 1954, George Mendenhall llamó la atención sobre el parecido entre esta estructura y los tratados de vasallaje hititas de los siglos XIV y XIII a. C. En ellos, el gran rey se presenta, recuerda sus beneficios al vasallo, le impone obligaciones, manda depositar el texto en un templo y leerlo periódicamente, invoca a los dioses como testigos y termina con bendiciones y maldiciones. En el Sinaí encontramos una presentación («Yo soy el Señor Dios tuyo»), un prólogo histórico («que te ha sacado de la tierra de Egipto»), unas cláusulas (los mandamientos), unas tablas guardadas en el arca (25,16) y, en el Deuteronomio, la lectura pública y las bendiciones y maldiciones (Dt 28; 31,10-13). Otros estudiosos señalan que el Deuteronomio se parece aún más a los tratados asirios del siglo VII a. C., como el de Asarhaddón, del que en 2009 apareció una copia en Tell Tayinat, en Turquía. La comparación no resuelve la fecha, pero ilumina el sentido: Israel entendió su relación con Dios como un pacto de fidelidad, cuyo soberano es Dios y cuyo primer beneficio es la libertad.

Dentro de esa alianza, Israel recibe una vocación: ser «un reino sacerdotal, y nación santa» (19,6). Como el sacerdote está entre

Dios y el pueblo, Israel entero está llamado a estar entre Dios y las naciones, a mostrarles quién es el Señor. San Pedro aplica estas palabras a los bautizados: «vosotros sois linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido» (1 Pe 2,9), y el Apocalipsis canta a Cristo, que «nos ha hecho reino y sacerdotes para su Dios y Padre» (Ap 1,6; 5,10). El concilio Vaticano II y el Catecismo hablan del sacerdocio común de los fieles, que se ejerce en la vida de fe, de esperanza y de caridad, y que difiere esencialmente, y no solo en grado, del sacerdocio ministerial (*Lumen gentium*, 10; Catecismo, nn. 1268 y 1546-1547).

El Sinaí está también en el origen de una fiesta. La fiesta de las Semanas, Shavuot, era en la Biblia la fiesta de la siega del trigo, siete semanas después de la Pascua (23,16; Lv 23,15-21; Dt 16,9-12); de esos cincuenta días le viene su nombre griego, Pentecostés, «quincuagésimo». Como Israel llegó al Sinaí «al tercer mes» (19,1), la tradición judía fue uniendo la fiesta con la entrega de la Ley. El libro de los Jubileos, del siglo II a. C., la relaciona ya con la renovación de la alianza, y el Talmud fecha la revelación del Sinaí el seis o el siete del mes de siván, en torno a la fiesta (Shabbat 86b); la liturgia judía la llama hoy «el tiempo de la entrega de nuestra Torá».

San Lucas sitúa la venida del Espíritu Santo precisamente en Pentecostés (Hch 2,1). El viento, el estruendo y el fuego recuerdan la teofanía del Sinaí (19,16-19), y las lenguas que cada uno entiende en su propio idioma evocan la tradición judía según la cual la voz de Dios se dividió en setenta lenguas (ver nota a 20,18). Se discute si Lucas buscó esta alusión, pero los Padres la vieron con claridad. San Agustín explica que, cincuenta días des-

pués de la Pascua del cordero, la Ley fue escrita en tablas de piedra por el dedo de Dios, y que cincuenta días después de la Pascua de Cristo el Espíritu Santo, el dedo de Dios, escribió la ley del amor en los corazones (*Sobre el espíritu y la letra* 16,28; ver Jr 31,33; 2 Cor 3,3). El Catecismo dice que en Pentecostés «la Pascua de Cristo se consuma con la efusión del Espíritu Santo» (n. 731).

¿Dónde está el Sinaí? La Biblia no lo precisa. La tradición cristiana lo identifica desde el siglo IV con Jebel Musa, en el sur de la península; otros proponen montes del oeste o del norte del Sinaí, del Néguev o del noroeste de Arabia (ver el cuadro al final de este capítulo). Ninguna hipótesis es segura. Quizá sea mejor así: la Carta a los Hebreos invita a mirar a otro monte, «al monte Sión, a la ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celestial» (Heb 12,22).

PAUSA

1. Dios dice: «os he traído cual águila sobre mis alas». ¿En qué momentos de tu vida te has sentido llevado por Dios?
2. Israel se preparó durante dos días para el encuentro con Dios. ¿Cómo te preparas tú para la misa del domingo?
3. Formas parte de un pueblo sacerdotal. ¿Por quién intercedes, y a quién acercas a Dios?

Para orar. *Señor, que me llevaste sobre tus alas, hazme fiel a tu alianza y testigo tuyo ante los demás.*

20

Los diez mandamientos

Es la cumbre del Sinaí y uno de los textos más influyentes de la historia: los diez mandamientos. El capítulo tiene tres partes: Dios pronuncia las «diez palabras» (vv. 1-17); el pueblo, aterrado por los truenos y el fuego, pide que sea Moisés quien le hable (vv. 18-21); y comienza el llamado código de la alianza, con unas leyes sobre el altar (vv. 22-26). Los mandamientos no empiezan con una orden, sino con un recuerdo: «Yo soy el Señor Dios tuyo, que te ha sacado de la tierra de Egipto». La ley de Dios es el camino de los que han sido liberados.

Las diez palabras

1 En seguida pronunció el Señor todas estas palabras [1]:
2 Yo soy el Señor Dios tuyo, que te ha sacado de la tierra de
Egipto [2], de la casa de la esclavitud.

3 No tendrás otros dioses delante de mí [3]. 4 No harás para
ti imagen de escultura [4], ni figura alguna de las cosas que
hay arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni de las que
hay en las aguas debajo de la tierra. 5 No las adorarás ni
rendirás culto. Yo soy el Señor Dios tuyo, el fuerte, el
celoso [5], que castigo la maldad de los padres en los hijos
hasta la tercera y cuarta generación [6], de aquellos, digo,

que me aborrecen; [6] y que uso de misericordia hasta millares de generaciones [7] con los que me aman y guardan mis mandamientos.

[7] No tomarás en vano el nombre del Señor tu Dios [8]: porque no dejará el Señor sin castigo al que tomare en vano el nombre del Señor Dios suyo.

[8] Acuérdate de santificar el día de sábado [9]. [9] Los seis días trabajarás, y harás todas tus labores. [10] Mas el día séptimo es sábado, o fiesta del Señor Dios tuyo [10]. Ningún trabajo harás en él, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu criado, ni tu criada, ni tus bestias de carga, ni el extranjero que habita dentro de tus puertas o poblaciones. [11] Por cuanto el Señor en seis días hizo el cielo y la tierra, y el mar, y todas las cosas que hay en ellos, y descansó en el día séptimo [11]; por esto bendijo el Señor el día del sábado, y le santificó.

[12] Honra a tu padre y a tu madre [12], para que vivas largos años sobre la tierra que te ha de dar el Señor Dios tuyo. [13] No matarás [13]. [14] No fornicarás [14]. [15] No hurtarás [15]. [16] No levantarás falso testimonio contra tu prójimo [16]. [17] No codiciarás la casa de tu prójimo; ni desearás su mujer [17], ni esclavo, ni esclava, ni buey, ni asno, ni cosa alguna de las que le pertenecen.

El pueblo tiene miedo

18 Entretanto todo el pueblo oía las voces o truenos [18], y los
relámpagos, y el sonido de la bocina, y veía el monte
humeando; de lo cual aterrados y despavoridos, se mantu-
vieron a lo lejos, 19 diciendo a Moisés: Háblanos tú, y
oiremos [19]; no nos hable el Señor, no sea que muramos.
20 Respondió Moisés al pueblo: No temáis; pues el Señor ha
venido a fin de probaros, y para que su temor se imprima
en vosotros y no pequéis. 21 Así el pueblo se mantuvo a lo
lejos, y Moisés se acercó a la oscuridad de la niebla en don-
de estaba Dios [20].

La ley del altar

22 Dijo además el Señor a Moisés: Esto dirás a los hijos de
Israel: Ya habéis visto cómo yo os he hablado desde el
cielo [21]. 23 No os haréis dioses de plata, ni de oro. 24 A mí
me haréis un altar de tierra [22], y sobre él ofreceréis vues-
tros holocaustos y hostias pacíficas, vuestras ovejas y va-
cas, en todo lugar consagrado a la memoria de mi
nombre [23]; allí iré Yo, y te daré mi bendición. 25 Y si me hi-
cieres altar de piedra, no le has de hacer de piedras labra-
das; porque si alzares pico sobre él, quedará profanado el
altar [24]. 26 No subirás por gradas a mi altar [25], porque no
se descubra tu desnudez, o indecencia.

¿Sabías que?

Hasta el descubrimiento de los manuscritos del mar Muerto, el texto bíblico hebreo más antiguo que se conocía era el papiro Nash, una hoja adquirida en Egipto en 1898 por Walter Llewellyn Nash y conservada hoy en la Biblioteca de la Universidad de Cambridge. Escrito hacia los siglos II-I a. C., contiene los diez mandamientos, con una mezcla de las versiones del Éxodo y del Deuteronomio, seguidos del comienzo del Shemá: «Escucha, Israel». Probablemente servía para la oración o la enseñanza, no para la lectura en la sinagoga.

Los diez mandamientos: tres numeraciones

Precepto (Éx 20)	Jud.	Ort.	Cat.	Catecismo
Yo soy el Señor Dios tuyo (v. 2)	1	prólogo		
Otros dioses (v. 3)	2	1	1	2084–2141
Imágenes (vv. 4-6)		2		
El nombre en vano (v. 7)	3	3	2	2142–2167
El sábado (vv. 8-11)	4	4	3	2168–2195
Padre y madre (v. 12)	5	5	4	2197–2257
No matarás (v. 13)	6	6	5	2258–2330
No fornicarás (v. 14)	7	7	6	2331–2400
No hurtarás (v. 15)	8	8	7	2401–2463
Falso testimonio (v. 16)	9	9	8	2464–2513
La mujer del prójimo (v. 17)	10	10	9	2514–2533
Su casa y sus bienes (v. 17)			10	2534–2557

Jud.: numeración judía; *Ort.*: ortodoxa y reformada; *Cat.*: católica y luterana. Los judíos cuentan como primera «palabra» la presentación de Dios (v. 2). Filón, Josefo y los Padres griegos separan la prohibición de las imágenes y cuentan la codicia como un solo mandamiento. San Agustín unió dioses e imágenes y dividió la codicia siguiendo Dt 5,21, donde la mujer va antes que la casa (Catecismo, n. 2066); Lutero conservó su división con el orden del Éxodo: el noveno, la casa; el décimo, la mujer y lo demás. La última columna da los números del Catecismo para cada mandamiento.

PARA PROFUNDIZAR

Los *diez mandamientos*

Las «diez palabras» se conservan dos veces en la Biblia, en Éx 20,2-17 y en Dt 5,6-21, con diferencias reveladoras. El Éxodo fun-

da el sábado en el descanso de Dios al crear (20,11); el Deuteronomio, en el recuerdo de la esclavitud: «acuérdate de que fuiste esclavo en Egipto» (Dt 5,15), y pide el descanso «para que descansen tu siervo y tu sierva como tú». El Éxodo dice «acuérdate» del sábado; el Deuteronomio, «guárdalo». Y en el último mandamiento, el Éxodo nombra primero la casa, y el Deuteronomio, la mujer. La Escritura no tuvo reparo en conservar dos formas de un texto tan sagrado.

La Biblia habla de «diez» palabras, pero no las numera, y la tradición las ha contado de tres maneras (ver el cuadro al final del capítulo). Para los judíos, la primera palabra es la presentación de Dios, «Yo soy el Señor Dios tuyo, que te ha sacado de la tierra de Egipto», y la segunda une la prohibición de otros dioses y la de las imágenes. Filón de Alejandría y Flavio Josefo, en el siglo I, y después los Padres griegos, separaron dioses e imágenes y contaron como uno solo el mandamiento de no codiciar: es la numeración de las Iglesias ortodoxas y de las comunidades reformadas. San Agustín unió dioses e imágenes en el primer mandamiento y, siguiendo el orden de Dt 5,21, dividió la codicia en dos, la de la mujer del prójimo y la de sus bienes (*Cuestiones sobre el Heptateuco* II,71). Su división, con tres mandamientos referidos a Dios y siete al prójimo, es la tradicional en la Iglesia católica y la de las confesiones luteranas (Catecismo, nn. 2066-2067).

El Catecismo dedica a los mandamientos en general los nn. 2052-2082, y después un artículo a cada uno. Empieza por el Evangelio, no por el Sinaí: con la pregunta del joven rico, «Maestro, ¿qué he de hacer de bueno para conseguir la vida eterna?», y con la respuesta de Jesús, que le recuerda los mandamientos re-

feridos al prójimo y le invita después a seguirle (Mt 19,16-21; nn. 2052-2053). San Juan Pablo II construyó sobre este diálogo el primer capítulo de la encíclica *Veritatis splendor* (1993). Cuando le preguntan por el mandamiento mayor, Jesús resume la Ley en el amor a Dios y al prójimo (Mt 22,36-40; Dt 6,5; Lv 19,18), y el Catecismo explica que el Decálogo debe interpretarse a la luz de ese «doble y único mandamiento de la caridad» (n. 2055). Los mandamientos forman un todo indisociable y obligan gravemente siempre y en todas partes (nn. 2069-2072).

La prohibición de las imágenes (20,4-5) plantea una pregunta a los católicos, cuyas iglesias están llenas de imágenes. El Catecismo responde en tres pasos: el mandamiento prohibía representar a Dios, porque Israel no vio figura alguna en el Horeb (Dt 4,15); pero ya en el Antiguo Testamento Dios mandó hacer imágenes que anunciaban la salvación, como la serpiente de bronce o los querubines del arca; y con la encarnación, el Dios invisible se ha hecho visible (nn. 2129-2131). El segundo concilio de Nicea, en 787, defendió contra los iconoclastas la veneración de las imágenes y la distinguió de la adoración, que solo se debe a Dios, porque «el honor dado a una imagen se remonta al modelo original», como había escrito san Basilio (n. 2132). San Juan Damasceno lo resumió así: antes, el Dios sin forma ni cuerpo no podía ser representado; ahora que se ha dejado ver en la carne, podemos hacer imagen de lo que hemos visto (*Discursos contra los que rechazan las imágenes* I,16).

El sábado, por último, ha pasado al domingo. Jesús no abolió el sábado, pero se proclamó «señor del sábado» y recordó que «el sábado ha sido hecho para el hombre» (Mc 2,27-28). Los cristia-

nos se reunían el primer día de la semana, el de la resurrección, y hacia el año 110 san Ignacio de Antioquía habla ya de quienes viven «no observando ya el sábado, sino el día del Señor» (*A los Magnesios* 9,1; Catecismo, n. 2175). San Juan Pablo II, en la carta *Dies Domini* (1998), explicó que lo que Dios obró en la creación y en el éxodo se cumple en la Pascua de Cristo: «del sábado se pasa al primer día después del sábado», y «el dies Domini se convierte en el dies Christi» (n. 18). El domingo es la Pascua de cada semana: día del culto, de la alegría, de la familia y del descanso.

PAUSA

1. Los mandamientos empiezan con «yo te saqué de Egipto». ¿Vives la ley de Dios como una carga o como el camino de alguien que ha sido liberado?
2. ¿Qué «dioses» compiten hoy con Dios en tu corazón: el dinero, el éxito, la opinión de los demás?
3. ¿Cuál de los diez mandamientos te cuesta más vivir en este momento, y qué te diría Jesús sobre él?

Para orar. *Señor, Dios mío, que me sacaste de la esclavitud, graba tus palabras en mi corazón y hazme libre para amar.*

21

Las leyes de la alianza

Después de los diez mandamientos, Dios da a Moisés las «leyes judiciales», el núcleo del llamado código de la alianza (20,22 – 23,33), que muchos consideran la colección de leyes más antigua de la Biblia. El capítulo tiene cuatro partes: los esclavos hebreos (vv. 1-11), los delitos que se castigan con la muerte (vv. 12-17), las lesiones y la ley del talión (vv. 18-27), y los daños causados por un buey o por un pozo abierto (vv. 28-36). Son leyes para una sociedad de pastores y campesinos, muy parecidas a las de otros pueblos antiguos. Pero detrás de su lenguaje arcaico late un principio nuevo: la vida humana vale más que cualquier propiedad.

Los esclavos hebreos

1 Estas son las leyes judiciales [1] que les has de proponer:
2 Si comprares un esclavo hebreo [2], seis años te servirá; al
séptimo saldrá libre, sin pagar nada. 3 Cual era el vestido
con que entró, tal ha de ser aquél con que saldrá. Si tenía
mujer, la mujer también saldrá con él. 4 Mas si su señor le
hubiere dado mujer no hebrea, y le hubiere parido hijos e
hijas, la mujer y sus hijos serán de su señor; y él saldrá con
su vestido. 5 Que si el esclavo dijere: Yo amo a mi señor y a
mi mujer e hijos, no quiero recobrar mi libertad, 6 el due-

ño le presentará ante los dioses, esto es, a los jueces [3], y arrimándole a los postes de la puerta de su casa, le perforará la oreja con una lezna [4], y quedará esclavo suyo para siempre.

7 Si alguno vendiere su hija para esclava [5], no saldrá como suelen salir las otras esclavas. 8 Si desagradare a los ojos de su dueño, a quien fue entregada, la despedirá; mas no tendrá facultad de venderla a otra gente o familia, si él la despreció. 9 Pero si la desposare con su hijo, le dará el trato propio de las hijas. 10 Mas si casa su hijo con otra, dará marido a la muchacha y vestidos [6], y no la defraudará del precio debido a su perdida virginidad. 11 Si no hiciera estas tres cosas, saldrá libre, sin pagar nada.

Delitos castigados con la muerte

12 Quien hiriere a un hombre, matándole voluntariamente, muera sin remisión. 13 Que si no lo hizo adrede, sino que Dios dispuso que casualmente cayese en sus manos [7], yo te señalaré un lugar en que podrá refugiarse. 14 Al que de caso pensado y a traición matare a su prójimo, le arrancarás hasta de mi altar [8], para que muera. 15 Quien hiriere a su padre o madre, muera sin remedio. 16 El que hubiere robado un hombre y le vendiere [9], convencido del delito, muera irremisiblemente. 17 El que maldijere a su padre o madre [10], sea sin remisión castigado de muerte.

Lesiones y ley del talión

18 Si riñeren entre sí dos hombres, y el uno hiriere a su prójimo con piedra o con el puño, y éste no muriere, pero tuviere que guardar cama; 19 si después se levantare y anduviere por fuera apoyado sobre su bastón, quedará el percusor exento de la pena de muerte; pero con la obligación de resarcirle sus jornales perdidos y los gastos de la curación.
20 Quien hiriere a palos a su esclavo o esclava, si murieren entre sus manos, será reo de crimen [11]. 21 Mas si sobrevivieren uno o dos días, no estará sujeto a pena, porque es de su propiedad.

22 Si armando pendencia algunos hombres, uno de ellos hiriere a una mujer preñada, y ésta abortase, pero no muriese [12], resarcirá el daño, según lo que pidiere el marido de la mujer y juzgaren los árbitros. 23 Pero si siguiese la muerte de ella, pagará vida por vida, 24 y en general se pagará ojo por ojo, diente por diente [13], mano por mano, pie por pie, 25 quemadura por quemadura, herida por herida, golpe por golpe.

26 Si alguno hiriere en el ojo a su esclavo o esclava y los dejare tuertos, les dará libertad por causa del ojo que les sacó [14]. 27 Del mismo modo si hiciere saltar un diente al esclavo o esclava, los dejará ir libres.

El buey que cornea y el pozo abierto

28 Si un buey acorneare a un hombre o a una mujer y resultare la muerte de éstos, será el buey muerto a pedradas [15], y no se comerán sus carnes; mas el dueño del buey quedará absuelto. 29 Pero si el buey acorneaba de tiempo atrás, y requerido por ello su dueño, no le tuvo encerrado, y matare a hombre o a mujer; no sólo el buey será apedreado, sino también muerto su dueño. 30 Si los jueces le imponen solamente una multa, dará en rescate de su vida [16] cuanto le fuere mandado. 31 Si acornease a un muchacho o muchacha, estará sujeto a la misma sentencia. 32 Si acometiere a un esclavo o esclava, dará treinta siclos de plata [17] al amo de ellos, y el buey morirá apedreado.

33 Si alguno destapa un pozo o le abre de nuevo [18], y no lo cubre, y viniere a caer en él un buey o un asno, 34 pagará el dueño del pozo el precio de las bestias, mas el animal muerto será suyo.

35 Si el buey de alguno hiriere al buey de otro y éste muriere, venderán el buey vivo y partirán su precio [19], y la carne del muerto la repartirán entre sí. 36 Pero si el dueño sabía ya que de tiempo atrás el buey acometía y no le encerró, restituirá buey por buey, y será suyo todo entero el buey muerto.

¿Sabías que?

En la sala de sesiones de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, en Washington, veintitrés relieves de mármol colocados en 1950 representan a grandes legisladores de la historia: Hammurabi, Solón, Justiniano, el papa Gregorio IX, san Luis de Francia, Alfonso X el Sabio, Maimónides y otros. Todos miran de perfil hacia el centro, donde está el único que aparece de frente: Moisés, frente a la tribuna del presidente de la Cámara.

El código de la alianza y el Código de Hammurabi

Caso	Hammurabi	Éxodo 21 – 22
Deudor	Libre al cuarto año (§117)	Libre al séptimo año, sin pagar (21,2)
Oreja	Cortada al esclavo que niega a su amo (§282)	Perforada si el esclavo elige quedarse (21,5-6)
Padre	Al hijo que lo golpea, se le corta la mano (§195)	Pena de muerte (21,15)
Encinta	Si muere, se mata a la hija del culpable (§210)	Si muere, responde el culpable mismo (21,23)
Talión	Solo entre iguales; por un esclavo se paga al dueño (§196-199)	Para todo libre (21,24); el esclavo herido queda libre (21,26)
Buey	Si era peligroso: 30 siclos por un libre, 20 por un esclavo (§251-252)	El dueño negligente muere o paga rescate; 30 siclos por un esclavo (21,29-32)
Buey y buey	Eshnunna: se reparten el precio del vivo y el muerto (§53)	La misma solución (21,35)
Robo	Treinta o diez veces el valor, o la muerte (§8)	Cinco bueyes por uno, cuatro ovejas por una (22,1)
Ladrón	Muerto ante el boquete, y enterrado o colgado allí (§21)	Matarlo de noche no es delito; de día, sí (22,2-3)
Fiera	El pastor jura ante el dios y no paga (§266)	El pastor muestra la res destrozada y no paga (22,13)

Estela de Hammurabi, rey de Babilonia (h. 1792-1750 a. C.), hallada en Susa en 1901-1902; Museo del Louvre. El Éxodo comparte casos con el derecho mesopotámico, pero no castiga a un inocente por el culpable ni condena a muerte por robar bienes, y castiga al amo que mata a su esclavo (21,20).

PARA PROFUNDIZAR

Las leyes de la alianza y el Código de Hammurabi

En 1901-1902, una expedición francesa encontró en Susa, en el actual Irán, una estela de basalto negro de dos metros. En lo alto, el rey Hammurabi de Babilonia, que reinó hacia 1792-1750 a. C., aparece de pie ante Shamash, el dios sol, protector de la justicia; debajo, en cuneiforme, unas 280 leyes entre un prólogo y un epílogo. Su publicación causó sensación: siglos antes de Moisés, Mesopotamia ya tenía leyes muy parecidas a las del Éxodo, y después se han encontrado otras aún más antiguas.

Los parecidos son reales (ver el cuadro). El código de la alianza usa la misma forma, «si alguno…», y trata los mismos casos: el esclavo por deudas, el buey que cornea, el ladrón que horada la pared. A veces la solución es casi idéntica, como la del buey que mata a otro buey (21,35). La mayoría de los estudiosos piensa que Israel heredó una tradición jurídica común al antiguo Oriente; algunos defienden una dependencia más directa del texto de Hammurabi. La Biblia no lo esconde: Dios se sirve de la sabiduría de los pueblos para educar al suyo.

Las diferencias muestran lo propio de Israel. En la estela, el legislador es el rey, y el dios solo le concede sabiduría; en el Éxodo, la ley es palabra de Dios y forma parte de una alianza que el pueblo acepta libremente (24,3-7). Hammurabi gradúa las penas según la clase social: el ojo de un noble se paga con un ojo; el de un plebeyo, con una mina de plata; el de un esclavo, con la mitad de su precio (§196-199). El Éxodo aplica la misma medida a todo hombre libre, y al esclavo herido le da la libertad (21,26-27). Hammu-

rabi castiga con la muerte muchos robos y manda matar a la hija o al hijo del culpable en su lugar (§210; §230); el Éxodo no castiga con la muerte los delitos contra los bienes y no hace pagar a un hijo por su padre (21,31; Dt 24,16). La vida humana vale más que las cosas.

Hay que hablar con honestidad de la esclavitud. Israel la conoció como todos los pueblos antiguos: había esclavos por deudas, hijas vendidas por sus padres y extranjeros comprados para siempre (Lv 25,44-46). La Ley no la suprime, pero le pone límites singulares: el hebreo sale libre al séptimo año, el amo que mata a su esclavo es castigado, y el Deuteronomio prohíbe devolver al esclavo fugitivo (Dt 23,16-17), cuando Hammurabi castigaba con la muerte a quien lo escondía (§16). El Nuevo Testamento sembró el principio que terminaría por derribarla: en Cristo «no hay esclavo ni libre» (Gál 3,28), y Pablo pide a Filemón que reciba a Onésimo «como un hermano». La maduración fue lenta y tuvo sombras, como las bulas del siglo XV que autorizaron a reyes cristianos a esclavizar a paganos. Hoy el Catecismo enseña que reducir a seres humanos a mercancía es un pecado contra su dignidad (n. 2414).

La ley del talión (21,24) suena hoy a venganza, pero era un freno: el castigo no puede superar el daño. San Agustín lo explicó así: es una justicia menor, que pone medida para que la venganza no exceda la injuria; es «el comienzo de la paz», aunque la paz perfecta consiste en no desear ninguna venganza (*El sermón de la montaña* I,19,56). Jesús da ese paso: «Pues yo os digo: no hagáis frente al que os hace mal» (Mt 5,38-39). No suprime la justicia de

los tribunales; pide a sus discípulos que rompan, en su propia vida, la cadena de la represalia.

Lo más original del código está en 22,21-27: el forastero, la viuda, el huérfano y el pobre que empeña su manto. También Hammurabi se decía protector del huérfano y de la viuda, pero aquí es Dios mismo quien escucha su clamor, como lo escuchó en Egipto, y la razón es la memoria: «también vosotros fuisteis extranjeros».

¿Cómo leer, entonces, leyes que admiten la esclavitud o la pena de muerte? El concilio Vaticano II responde que los libros del Antiguo Testamento, «aunque contienen elementos imperfectos y pasajeros», muestran la pedagogía del amor de Dios (*Dei Verbum* 15; Catecismo, n. 122). Dios toma a un pueblo donde está y lo educa paso a paso. Jesús lo dijo del divorcio: Moisés lo permitió «por la dureza de vuestro corazón», pero «al principio no fue así» (Mt 19,8). El código de la alianza no es la última palabra, pero ya apunta hacia ella.

PAUSA

1. La ley de Israel comienza poniendo límites a la esclavitud. ¿Qué esclavitudes de hoy, cercanas o lejanas, te piden una respuesta?
2. El talión pone freno a la venganza, y Jesús pide romper la cadena. ¿Hay alguna ofensa que todavía quieres cobrar?
3. El esclavo de 21,5 eligió quedarse por amor. ¿A qué compromisos te has atado por amor, y cómo los vives?

Para orar. *Señor, que mi justicia nunca sea venganza, y que mi libertad me sirva para amar.*

22

El forastero, la viuda y el huérfano

El código sigue con los robos y los daños a la propiedad (vv. 1-15), algunas leyes morales y religiosas (vv. 16-20), la protección del forastero, la viuda, el huérfano y el pobre (vv. 21-27) y lo que Israel debe a Dios (vv. 28-31). La primera parte busca reparar: el ladrón devuelve más de lo que robó, y el que causa un daño lo paga. La tercera es el corazón social de la Ley: Dios se pone de parte de los débiles, escucha su clamor y recuerda a Israel que también él fue extranjero en Egipto. A Dios le importa hasta el manto empeñado de un pobre.

Robos y daños

1 Si alguno robare un buey u oveja y los matare o vendiere,
restituirá cinco bueyes por un buey [1], y cuatro ovejas por una oveja. 2 Si un ladrón fuese hallado forzando de noche
o socavando una casa [2], y siendo herido muriere, el matador no será reo de muerte. 3 Pero si lo hiciere después de
salido el sol, cometió un homicidio, y así también debe él morir. El ladrón que no tuviere con qué restituir, él mismo
ha de ser vendido [3]. 4 Si lo que hurtó se hallare vivo en su poder, sea buey, sea asno, o sea oveja, debe restituir el doble.

5 Si alguno causare daño en un campo o viña, y dejare a su
ganado pastar la heredad ajena [4], restituirá de lo mejor
que tuviere en su campo o viña, a proporción del daño. 6 Si
tomando cuerpo el fuego, prendiere en las espinas o
matorrales [5], y abrasare los montones de los frutos o las
mieses que están por segar en los campos, pagará el daño
aquél que encendió el fuego.

7 Si alguno depositare dinero o alhaja en casa de su amigo y
se lo robaren al depositario, si se halla el ladrón, restituirá
éste el doble. 8 Si el ladrón no aparece, el dueño de la casa
será presentado ante los jueces [6], y jurará no haber tocado
el depósito de su prójimo, 9 ni tenido parte en el hurto, ya
sea del buey, ya del asno, ya de oveja, o bien de ropa o cual-
quiera otra cosa que puede ocasionarle daño; la causa de
ambos se ventilará ante los jueces, y si ellos le condenaren,
restituirá el doble a su prójimo.

10 Si alguno diere a guardar a su prójimo un asno, buey,
oveja, o cualquier animal, y éste muriere, o fuere estro-
peado, o cogido por los enemigos, sin que nadie le haya
visto, 11 se interpondrá juramento de que no tocó la ha-
cienda de su prójimo; y el dueño se dará por satisfecho con
el juramento, y el otro no será obligado a resarcir. 12 Pero si
la bestia ha sido robada por descuido, pagará el daño, 13 si
destrozada por alguna fiera, tráigasela muerta al dueño [7],
y no tendrá que pagar nada.

14 El que pidiere prestadas cosas de este género a su prójimo y alguna se estropeare o muriere, no estando presente el dueño, será obligado a la restitución. 15 Pero si el dueño se hallare presente, no deberá restituir; sobre todo si fuere alquilada, pues paga el alquiler por el uso de ella.

Leyes morales y religiosas

16 Si alguno sedujere a una doncella [8] todavía no desposada y durmiere con ella, la dotará y tomará por mujer. 17 Si el padre de la doncella no quiere dársela, dará la cantidad de dinero correspondiente a la dote que suelen recibir las esposas. 18 No sufrirás que los hechiceros queden con vida [9]. 19 El que pecare con una bestia, sea castigado de muerte. 20 Quien ofreciere sacrificios a otros dioses [10], si no es sólo al Señor, será muerto.

El forastero, la viuda y el huérfano

21 No contristarás ni oprimirás al extranjero [11], ya que también vosotros fuisteis extranjeros en tierra de Egipto. 22 No haréis daño a la viuda ni al huérfano. 23 Si le hiciereis, clamarán a mí, y yo escucharé sus clamores [12], 24 y se encenderá mi enojo, y os haré perecer a cuchillo, y vuestras mujeres quedarán viudas, y huérfanos vuestros hijos.

25 Si prestares dinero al necesitado de mi pueblo, que mora contigo, no le has de apremiar como un inspector, ni oprimirle con usuras [13]. 26 Si recibieres de tu prójimo su vesti-

do o manta en prenda, se la volverás antes de ponerse el sol [14], [27] supuesto que no tiene otro con qué cubrirse y abrigar sus carnes, ni con qué dormir o arroparse de noche. Si clamare a mí, le oiré porque yo soy misericordioso [15].

Lo que se debe a Dios

[28] No hablarás mal de los jueces [16] ni maldecirás al príncipe de tu pueblo. [29] No serás perezoso en pagar tus diezmos y tus primicias: me darás el primogénito de tus hijos [17]. [30] También has de hacer lo mismo con el de tus bueyes y ovejas; siete días estará con su madre, y el día octavo me lo ofrecerás. [31] Seréis vosotros unos hombres consagrados a mi servicio; no comeréis la carne que antes haya sido gustada de las bestias, sino que la echaréis a los perros [18].

¿Sabías que?

La prohibición de prestar con interés a los pobres inspiró en la Italia del siglo XV los «montes de piedad», fundados por frailes franciscanos para librar a los necesitados de los usureros: prestaban a cambio de una prenda, con un interés mínimo para cubrir los gastos. El primero se abrió en Perugia en 1462, y el V concilio de Letrán los aprobó en 1515. En México, Pedro Romero de Terreros fundó en 1775 el Monte de Piedad, que todavía funciona como institución de asistencia privada.

PAUSA

1. Israel debía recordar que había sido extranjero. ¿Qué recuerdos de tu propia fragilidad te ayudan a comprender a otros?
2. «Si clamare a mí, le oiré». ¿Hay alguien cuyo clamor tienes cerca y no estás escuchando?
3. Zaqueo devolvió cuatro veces lo defraudado. ¿Hay algo que te toca reparar?

Para orar. *Señor, Dios clemente, abre mis manos y mi casa al forastero, a la viuda y al pobre.*

23

Justicia, fiestas y promesas

El código de la alianza termina con tres bloques: normas para que los tribunales sean justos (vv. 1-9), el calendario del año sabático, el sábado y las tres grandes fiestas (vv. 10-19), y las promesas para la entrada en la tierra (vv. 20-33). La justicia que se pide es exigente: no seguir a la mayoría, no aceptar sobornos, no torcer el juicio ni siquiera a favor del pobre, ayudar al asno del enemigo. Luego el tiempo mismo se ordena hacia Dios: cada séptimo día, cada séptimo año y tres veces al año. Un ángel que lleva el nombre del Señor guiará al pueblo, que poseerá la tierra «poco a poco».

Justicia en el tribunal

1 No des oídos a calumniadores [1], ni te prestarás a decir
falso testimonio en favor del impío. 2 No sigas la muche-
dumbre para obrar mal [2], ni en el juicio te acomodes al
parecer del mayor número, de modo que te desvíes de la
verdad. 3 Ni aun del pobre has de tener compasión [3], tra-
tándose de la justicia.

4 Si encuentras el buey o asno perdido de tu enemigo [4], se
lo conducirás. 5 Si vieres caído con la carga el asno de
aquel que te quiere mal, no te pases de largo, sino ayúdale
a levantarle [5].

6 No tuerzas la justicia, condenando al pobre. 7 Huye de la
mentira. No harás morir al inocente y al justo [6], porque
yo aborrezco al impío. 8 No recibas regalos [7], porque des-
lumbran aun a los prudentes y pervierten las sentencias
de los justos. 9 No molestarás al forastero, ya que sabéis lo
que es ser forastero [8]; pues vosotros mismos habéis esta-
do en la tierra de Egipto como forasteros.

El año sabático y las fiestas

10 Seis años sembrarás tu tierra, y cogerás tus frutos. 11 Mas
el año séptimo la dejarás holgar [9], para que tengan que
comer los pobres de tu pueblo, y lo que sobrare sirva de
pasto a las bestias del campo; lo mismo harás con tu viña y
tu olivar. 12 Seis días trabajarás; el séptimo descansarás,
para que repose tu buey y tu asno [10], y se recree el hijo de
tu esclava y el extranjero. 13 Observad todas las cosas que
os he dicho. No juréis por el nombre de dioses extranjeros,
ni aun siquiera los mentéis [11].

14 Tres veces cada año, ¡oh Israel! [12], me celebrarás fiesta
solemne. 15 Observarás la solemnidad de los ázimos. Por
siete días, como te tengo mandado, comerás pan sin leva-
dura en el mes de los nuevos frutos [13], que es cuando sali-
ste de Egipto; no te presentarás delante de mí con las ma-
nos vacías. 16 La otra solemnidad será en la siega de los fru-
tos primerizos de tus labores, de todo aquello que hubieses
sembrado en el campo. La tercera solemnidad en la reco-

lección de todos los frutos del campo, al fin del año [14].
[17] Tres veces al año se presentarán todos tus varones delante del Señor Dios tuyo.

[18] No me ofrecerás con levadura la sangre de mi víctima, ni se reservará la grosura de mi víctima solemne hasta el día siguiente. [19] Ofrecerás en la casa del Señor Dios tuyo las primicias de los frutos de tu tierra. No cocerás el cabrito o cordero en la leche de su madre [15].

El ángel y la entrada en la tierra

[20] Mira que yo enviaré al ángel mío [16] que te guíe y guarde en el viaje [17], hasta introducirte en el país que te he preparado. [21] Reverénciale y escucha su voz: por ningún caso le menosprecies; porque si haces algún mal, no te lo pagará; y en él se halla el nombre mío [18]. [22] Que si tú escucharas su voz, y ejecutares todas las cosas que ordeno, seré enemigo de tus enemigos, y perseguiré a los que te persigan. [23] Y mi ángel irá delante de ti y te introducirá en el país del amorreo, y del heteo, y del ferezeo, y del cananeo, y del heveo, y del jebuseo, a los cuales yo exterminaré. [24] No adorarás ni darás culto a sus dioses; no imitarás sus obras, antes bien los destruirás y harás pedazos sus estatuas.

[25] Al Señor Dios tuyo servirás para que yo eche la bendición sobre tus panes y tus aguas, y destierre de ti las enfer-

medades. [26] No habrá en tu país mujer que aborte o sea estéril; y prolongaré los días de tu vida.

[27] Yo enviaré el terror de mi nombre por precursor tuyo delante de ti; y exterminaré todos los pueblos del país en que tú entrarás, y haré que a tu presencia vuelvan la espalda todos tus enemigos, [28] arrojando delante tábanos [19], que ahuyenten al heveo, y al cananeo, y al heteo, antes de que tú entres en su país. [29] No te los quitaré de delante en un solo año; porque no quede la tierra desierta, y no se multipliquen las fieras en daño tuyo. [30] Los iré quitando de tu presencia poco a poco, mientras que tú vas creciendo y señoreando la tierra.

[31] Fijaré tus confines desde el mar Rojo hasta el mar de la Palestina [20], y desde el desierto de la Arabia hasta el río Eufrates. Pondré en tus manos a los moradores del país, y los arrojaré de tu presencia. [32] No trabarás con ellos alianza, ni con sus dioses. [33] No habiten en tu tierra, no sea que te hagan pecar contra mí, incitándote a que sirvas a sus dioses o ídolos; lo que sería ciertamente tu ruina.

¿Sabías que?

En 1908, el arqueólogo irlandés R. A. S. Macalister encontró en Guézer, entre Jerusalén y la costa, una tablilla de piedra caliza del siglo X a. C., una de las inscripciones hebreas más antiguas que se conocen. Es un calendario agrícola, quizá un ejercicio escolar, y empieza en otoño: «dos meses de recolección, dos meses de siembra, dos meses de siembra tardía, un mes de escardar el lino, un mes de siega de la cebada, un mes de siega y medida, dos meses de poda, un mes de fruta de verano». La palabra para «recolección» es asif, la misma de 23,16. Se conserva en el Museo Arqueológico de Estambul.

Las fiestas de Israel

Fiesta	Fecha y cosecha	Sentido y eco cristiano
Pascua (Pésaj)	14 de Nisán (marzo-abril)	La salida de Egipto (12,1-14). Cristo, «nuestra Pascua» (1 Cor 5,7)
Ácimos (Matsot)	15-21 de Nisán; siega de la cebada	Pan sin levadura (23,15); «ázimos de sinceridad y verdad» (1 Cor 5,8)
Semanas (Shavuot)	50 días después; siega del trigo (mayo-junio)	Primicias (23,16); más tarde, el don de la Ley. Pentecostés: el Espíritu (Hch 2,1-4)
Trompetas	1 de Tishri (septiembre-octubre)	Año nuevo, hoy Rosh Hashaná (Lv 23,24)
Expiación (Yom Kipur)	10 de Tishri; día de ayuno	El sumo sacerdote entra en el Santísimo (Lv 16); Cristo, «una vez para siempre» (Heb 9,12)
Tabernáculos (Sukot)	15-22 de Tishri; fruta, uva y aceituna	Chozas, en memoria del desierto (Lv 23,42-43). Jesús: «el que tenga sed, que venga a mí» (Jn 7,37)
Dedicación (Janucá)	25 de Kislev (diciembre)	El templo purificado en el 164 a. C. (1 Mac 4,52-59); Jesús en esa fiesta (Jn 10,22)

Pascua y Ácimos, Semanas y Tabernáculos son las tres fiestas de peregrinación del Éxodo (23,14-17); las demás están en Levítico 23 y en 1 Macabeos. El calendario es lunar; Nisán es el nombre babilónico de Abib. La fecha de la Pascua cristiana, ligada a la luna llena de primavera, conserva el vínculo con la judía.

PAUSA

1. «No sigas a la mayoría para obrar mal». ¿En qué situación te cuesta ir contra la corriente?
2. La Ley manda ayudar al asno de quien te quiere mal. ¿Qué gesto concreto podrías tener hoy con alguien que no te quiere bien?
3. Las fiestas convertían el trabajo del campo en memoria de Dios. ¿Cómo santificas tú el ritmo de tu semana y de tu año?

Para orar. *Señor, guíame con tu ángel por el camino, y hazme justo con todos, también con mis enemigos.*

24

La sangre de la alianza

Es uno de los capítulos más solemnes de la Biblia: la alianza del Sinaí queda sellada. Tiene tres escenas: el rito de la alianza al pie del monte, con la lectura del libro, la respuesta del pueblo y la sangre derramada sobre el altar y rociada sobre el pueblo (vv. 1-8); la visión de Dios y la comida de los ancianos en la montaña (vv. 9-11), y la subida de Moisés a la nube, donde permanece cuarenta días (vv. 12-18). Las palabras «esta es la sangre de la alianza» volverán a oírse, transformadas, en la última cena de Jesús.

La alianza sellada con sangre

1 Dijo después Dios a Moisés: Sube al Señor tú y Aarón, Nadab y Abiú [1], y los setenta ancianos de Israel, y le adoraréis desde lejos [2]. 2 Y sólo Moisés subirá hasta el Señor, y los demás no se acercarán; ni subirá con él el pueblo.

3 Vino, pues, Moisés, y refirió al pueblo todas las cosas del Señor y todas las leyes. Y todo el pueblo a una voz respondió: Todas las palabras que ha hablado el Señor las ejecutaremos [3]. 4 Escribió, pues, Moisés todo cuanto dijo el Señor [4]; y levantándose de mañana, edificó un altar de tierra al pie del monte, y puso doce piedras o aras [5], según

el número de las doce tribus de Israel. 5 Y eligió algunos jóvenes de los hijos de Israel [6], que ofrecieron holocaustos e inmolaron víctimas pacíficas de becerros al Señor.

6 Tomó entonces Moisés la mitad de la sangre y la echó en tazas, y derramó sobre el altar la otra mitad [7]. 7 Y tomando el libro en que estaba escrita la alianza, lo leyó delante del pueblo; el cual dijo: Haremos todas las cosas que ha ordenado el Señor, y seremos obedientes [8]. 8 Tomando entonces Moisés la sangre, roció con ella al pueblo, diciendo: Esta es la sangre de la alianza [9], que el Señor ha contraído con vosotros, mediante todo lo tratado.

Los ancianos ven a Dios

9 Luego subieron Moisés y Aarón, Nadab y Abiú, y los setenta ancianos de Israel: 10 y vieron al Dios de Israel [10]; y la peana de sus pies parecía una obra hecha de zafiros [11] y como el cielo cuando está sereno. 11 Ni por eso la mano de Dios hirió a estos hijos de Israel, que habían avanzado mucho hacia el monte [12]; sino que después de haber visto a Dios, comieron ellos y bebieron lo mismo que antes [13].

Moisés en la nube

12 Mas dijo Dios a Moisés: Sube a lo alto del monte en donde estoy y detente allí, y te daré unas tablas de piedra con la ley y los mandamientos que tengo escritos en ellas, a fin de que los enseñes al pueblo. 13 Partieron, pues, Moisés y

Josué, su ministro [14]; y Moisés, al subir al monte de Dios,
[14] dijo a los ancianos: Aguardad aquí hasta que volvamos a
vosotros. Ahí quedan con vosotros Aarón y Hur [15]; si hu-
biera alguna disputa, recurriréis a ellos.

[15] Subió, pues, Moisés al monte, al cual cubrió luego una
nube. [16] Y la gloria del Señor se manifestó en la cima de
Sinaí [16], cubriéndola con la nube por seis días; y al sépti-
mo le llamó Dios de en medio de la nube oscura [17]. [17] La
gloria del Señor aparecía como un fuego ardiente [18], que
abrasaba la cumbre del monte, a los ojos de los hijos de Is-
rael. [18] Y habiendo entrado Moisés en medio de aquella
niebla, subió a la cima del monte, en donde estuvo cuaren-
ta días y cuarenta noches [19].

¿Sabías que?

En la Antigüedad, casi todo el lapislázuli procedía de unas minas de las montañas de Badajshán, en el actual Afganistán, y viajaba miles de kilómetros hasta Egipto y Mesopotamia: la máscara de Tutankamón lleva incrustaciones de lapislázuli. Molido y purificado, daba el pigmento llamado azul ultramar, «de más allá del mar», que en el Renacimiento podía costar más que el oro. Los pintores lo reservaban para lo más precioso, sobre todo para el manto de la Virgen. El azul que vieron los ancianos bajo los pies de Dios (24,10) terminó vistiendo a la Madre de Dios.

PARA PROFUNDIZAR

La sangre de la alianza

El rito de 24,3-8 es breve, pero contiene todos los elementos de una alianza. Moisés comunica las palabras del Señor y el pueblo responde a una voz: «haremos». Al día siguiente levanta un altar, que representa a Dios, y doce piedras por las tribus; unos jóvenes ofrecen holocaustos y sacrificios de comunión; Moisés derrama la mitad de la sangre sobre el altar, lee el libro de la alianza, el pueblo renueva su compromiso, y entonces lo rocía con la otra mitad diciendo: «Esta es la sangre de la alianza que el Señor ha hecho con vosotros». Después los ancianos suben al monte, ven a Dios, y comen y beben en su presencia (24,11). Palabra, sacrificio, sangre y banquete.

Para Israel, la sangre es la vida, y por eso pertenece a Dios (Lv 17,11). La misma sangre toca el altar y al pueblo, y une a las dos partes como si fueran de una misma sangre. El Targum de Onquelos, la antigua traducción aramea, leyó el rito como expiación: Moisés roció la sangre «sobre el altar para expiar por el pueblo». La palabra «alianza», berit en hebreo, se tradujo al griego como diathéke y al latín como testamentum: de ahí vienen los nombres de «Antiguo» y «Nuevo Testamento» (2 Cor 3,6.14).

En la última cena, Jesús tomó el cáliz y dijo: «Esta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos» (Mc 14,24); Mateo añade: «para el perdón de los pecados» (Mt 26,28). Lucas y Pablo transmiten otra forma: «Esta copa es la nueva alianza en mi sangre» (Lc 22,20; 1 Cor 11,25), que evoca la alianza nueva prometida por Jeremías (Jr 31,31-34). Los discípulos no podían dejar de oír

las palabras de Moisés. Pero la sangre ya no es de novillos, sino la del propio Jesús, y no se rocía sobre el pueblo: se bebe. Para un judío, que tenía prohibido beber sangre (Lv 17,10-14), el gesto anunciaba una comunión de vida inaudita: «el que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él» (Jn 6,56).

La Carta a los Hebreos explica la relación entre las dos alianzas. Recuerda que ni siquiera la primera se inauguró sin sangre, y describe el rito del Sinaí con detalles que no están en el Éxodo: agua, lana escarlata, hisopo y la aspersión del propio libro. Cita las palabras de Moisés en una forma que suena como la de la cena, «esta es la sangre de la alianza que Dios ha ordenado para vosotros», y concluye: «sin efusión de sangre no hay perdón» (Heb 9,18-22). Pero Cristo no entró en el santuario con sangre ajena: entró «una vez para siempre» con su propia sangre, y es mediador de una alianza nueva (Heb 9,12-15). Su sangre «habla mejor que la de Abel» (Heb 12,24); es «la sangre de una alianza eterna» (Heb 13,20).

El Catecismo enseña que la muerte de Cristo es el sacrificio de la Nueva Alianza, que devuelve al hombre a la comunión con Dios, y remite expresamente a Éx 24,8 (n. 613). En la cena, Jesús hizo de ella el memorial de su ofrenda voluntaria al Padre (nn. 610-611), y el carácter sacrificial de la Eucaristía se manifiesta en las palabras mismas de la institución (n. 1365). Por eso, en cada misa, el sacerdote dice sobre el cáliz: «Sangre de la alianza nueva y eterna», con palabras de Lucas y de la Carta a los Hebreos. La liturgia lee Éx 24,3-8 en la solemnidad del Cuerpo y la Sangre de

Cristo, ciclo B, junto con Heb 9,11-15 y el relato de la cena según Marcos.

Israel respondió dos veces «haremos», y antes de que pasaran cuarenta días adoraba un becerro de oro (cap. 32). La nueva alianza no descansa en primer lugar en nuestra fidelidad, sino en la sangre del Hijo. Pero sigue pidiendo una respuesta: cuando el ministro presenta el cáliz y dice «la Sangre de Cristo», el fiel responde «Amén», como el pueblo al pie del Sinaí. Y la comida de los ancianos, que «vieron a Dios, y comieron y bebieron», se cumple de un modo que ellos no imaginaban: en la Eucaristía comemos y bebemos ante el Dios que se ha dejado ver en Jesucristo.

PAUSA

1. Israel dijo «haremos y escucharemos». ¿Qué palabra de Dios conoces bien pero todavía no pones en práctica?
2. Cada vez que comulgas respondes «Amén» a la sangre de la alianza. ¿Qué compromiso significa para ti ese amén?
3. Moisés esperó seis días en la nube antes de que Dios le hablara. ¿Sabes esperar en silencio ante Dios?

Para orar. *Señor Jesús, que tu sangre de la alianza me una a ti y a mis hermanos, y que mi amén sea verdadero.*

25

El *arca*, la *mesa* y el *candelero*

Comienzan las instrucciones para construir la morada de Dios (caps. 25-31), que se cumplirán al pie de la letra en los capítulos 35-40. Dios pide ofrendas voluntarias y explica su propósito en una frase: «habitaré en medio de ellos». Después describe los tres objetos más sagrados, empezando desde dentro: el arca con el propiciatorio y los querubines (vv. 10-22), la mesa de los panes (vv. 23-30) y el candelero de oro (vv. 31-40). Para un lector moderno parece un inventario; para Israel era el plano del lugar donde el cielo toca la tierra. Al final del capítulo, un cuadro reúne las medidas de toda la morada.

Las ofrendas para el santuario

1 Y habló el Señor a Moisés, diciendo: 2 Di a los hijos de Israel que separen para mí primicias u ofrendas, las que recibiréis de todos los que las ofrecieren de buena voluntad [1]. 3 Las especies que debéis recibir son estas: oro, plata y cobre [2]; 4 ropas de color de jacinto, de púrpura y de grana dos veces teñida [3], y lino fino, pelos de cabras, 5 y pieles de carneros teñidas de encarnado, y pieles moradas, y maderas de setim o incorruptibles [4]; 6 aceite para mantener las lámparas, aromas para componer el óleo santo destinado a ungir, y perfumes de buen olor; 7 piedras de

ónix o cornerinas, y demás pedrería para adornar el efod,
y el pectoral. 8 Y me fabricarán un Santuario, y habitaré en
medio de ellos [5]. 9 Le fabricaréis conforme en todo al
diseño [6] del Tabernáculo que te mostraré ahora mismo, y
de todos los vasos para su culto. Haréis de esta manera:

El arca y el propiciatorio

10 Formad un arca de madera de setim [7], que tenga de lon-
gitud dos codos y medio, codo y medio de anchura, y de al-
tura otro codo y medio. 11 Y la cubrirás por dentro y por
fuera con planchas de oro purísimo, y encima labrarás
una cornisa de oro alrededor; 12 y cuatro anillos de oro,
que pondrás en los cuatro ángulos del arca, dos en un lado
y dos en otro. 13 Harás también unas varas de madera de
setim, y las cubrirás igualmente con láminas de oro, 14 y
las meterás por los anillos de oro que están en los lados del
arca, y servirán para llevarla; 15 las cuales estarán siempre
metidas en los anillos, y jamás se sacarán de ellos. 16 Y pon-
drás en el arca las tablas de la ley [8], que yo te daré.

17 Harás también el propiciatorio de oro purísimo [9]; dos
codos y medio tendrá su longitud, y la latitud codo y me-
dio. 18 Harás asimismo dos querubines de oro macizo [10] la-
brados a martillo, y los pondrás en las dos extremidades
del oráculo o propiciatorio. 19 Un querubín estará en un
lado, y otro en el otro; 20 y han de cubrir ambos lados del
propiciatorio, extendiendo las alas sobre el propiciatorio,

mirándose uno a otro [11] con las caras vueltas hacia el propiciatorio, con el cual se ha de cubrir el arca, [21] dentro de la que pondrás las tablas de la ley, que te daré. [22] Desde allí te daré yo mis órdenes; desde encima del propiciatorio, y desde en medio de los dos querubines puestos sobre el Arca del Testamento, te diré todas cuantas cosas hubiere de ordenar por tu medio a los hijos de Israel.

La mesa de los panes

[23] Harás también una mesa de madera de setim, la cual tenga dos codos de longitud, uno de latitud y codo y medio de altura; [24] y la cubrirás con láminas de oro purísimo, la ceñirás con una cornisa de oro, [25] y sobre la cornisa labrarás una corona o guirnalda entretallada, de cuatro dedos de alto, y encima de ésta otra coronita de oro. [26] Formarás asimismo cuatro anillos de oro, y los pondrás en las cuatro esquinas de la misma mesa, uno para cada pie de ella. [27] Los anillos de oro estarán debajo de la cornisa para meter las varas por ellos, a fin de que pueda transportarse la mesa. [28] Harás también de madera de setim estas varas, cubriéndolas con planchas de oro y servirán para conducir la mesa. [29] También formarás de oro purísimo tazas y fuentes, incensarios y copas, en que se han de ofrecer las libaciones. [30] Y sobre la mesa tendrás siempre puestos ante mi presencia los panes de la proposición [12].

El candelero de oro

31 Labrarás, igualmente de oro purísimo y a martillo, un
candelero con su tronco [13], y brazos, y vasitos, y bolitas, y
lirios que broten del mismo. 32 Seis brazos saldrán de los
lados, tres de un lado y tres de otro. 33 En cada vaso tres va-
sitos en figura de una nuez abierta [14], su bolita y su lirio;
de la misma manera tres vasitos en forma de nuez en cada
otro brazo, con su bolita y su lirio: tal será la estructura de
los seis brazos que han de salir del tronco. 34 En el mismo
tronco del candelero habrá cuatro vasitos en forma de
nuez, y en cada uno su bolita y su lirio. 35 De las bolitas en
tres lugares del tronco saldrán dos brazos, que vendrán a
ser en todo seis brazos procedentes del mismo tronco.
36 Tanto las bolitas como los brazos procederán del mismo
tronco, y todo ello será de oro purísimo, trabajado a mar-
tillo.

37 Harás también siete lamparillas [15], y las pondrás sobre
el candelero para que alumbren de frente. 38 Las despabila-
deras y las cazoletas donde se apagan las pavesas, serán
igualmente de oro el más puro. 39 Todo el peso del candele-
ro, con todos sus utensilios, tendrá un talento de oro puri-
símo. 40 Mira bien, y hazlo fabricar conforme al diseño
que se te ha propuesto en el monte [16].

¿Sabías que?

El historiador judío Flavio Josefo, testigo de la caída de Jerusalén, cuenta que la mesa y el candelabro de oro del templo desfilaron en el triunfo de Tito en Roma y fueron expuestos después en el Templo de la Paz que construyó Vespasiano (*La guerra de los judíos* VII,148-162). Según el historiador bizantino Procopio, los vándalos se los llevaron a Cartago en el 455; el general Belisario los recuperó en el 534 y el emperador Justiniano los envió a Jerusalén. Ahí se pierde su rastro. La leyenda de que están escondidos en los sótanos del Vaticano no tiene ningún fundamento.

La morada y sus objetos

Parte	Medidas	Material y función
Atrio	100 × 50 codos (45 × 22,5 m)	Cortinas de lino de 5 codos de alto (27,9-18)
Altar	5 × 5 × 3 codos (2,25 × 2,25 × 1,35 m)	Acacia y bronce, con cuatro cuernos (27,1-8)
Pila	Sin medidas	Bronce; el lavatorio de los sacerdotes (30,17-21)
Tienda	30 × 10 × 10 codos* (13,5 × 4,5 × 4,5 m)	Tablones dorados sobre basas de plata (cap. 26)
Santo	20 × 10 codos* (9 × 4,5 m)	Solo para los sacerdotes
Candelero	Un talento de oro (unos 34 kg)	Siete lámparas; al sur (25,31-40)
Mesa	2 × 1 × 1,5 codos (90 × 45 × 68 cm)	Acacia y oro; doce panes; al norte (25,23-30)
Incienso	1 × 1 × 2 codos (45 × 45 × 90 cm)	Altar de acacia y oro, ante el velo (30,1-10)
Santísimo	10 × 10 × 10 codos* (4,5 m de lado)	Un cubo, tras el velo; el sumo sacerdote, una vez al año
Arca	2,5 × 1,5 × 1,5 codos (1,13 × 0,68 × 0,68 m)	Acacia y oro; las tablas de la ley (25,10-16)
Propiciatorio	2,5 × 1,5 codos	Oro macizo, con dos querubines (25,17-22)

Codo común: unos 45 cm. *Medidas deducidas de los tablones (26,15-25), según la reconstrucción tradicional. La única entrada, de 20 codos, mira al oriente. Los materiales son más preciosos cuanto más cerca del arca: bronce en el atrio, plata y oro en la tienda, oro puro en el Santísimo.

PARA PROFUNDIZAR

La morada de Dios entre los hombres

«Me fabricarán un santuario, y habitaré en medio de ellos» (25,8). Casi un tercio del Éxodo se dedica a una tienda: su diseño (caps. 25-31) y su construcción (caps. 35-40). El libro no termina con el paso del mar, sino con la gloria del Señor que llena la morada (40,34). La palabra hebrea mishkán, «morada», viene de shakán, «habitar en tienda», el verbo de los nómadas que plantan su casa donde acampan. El Dios del Sinaí no se queda en la montaña: se hace vecino de su pueblo y camina con él. Los rabinos llamaron a esta presencia Shejiná, «la que habita», y enseñaron que cuando dos se sientan a estudiar la Torá, la Shejiná está entre ellos (Misná, Avot 3). Jesús dirá: «donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18,20).

La tienda se convirtió en templo. Cuando Salomón dedicó el de Jerusalén, la nube llenó la casa del Señor (1 Re 8,10-11), pero el rey se hizo una pregunta decisiva: «¿Habitará Dios de verdad en la tierra? Si los cielos no pueden contenerte, ¡cuánto menos esta casa!» (1 Re 8,27). Ezequiel vio la gloria abandonar el templo antes de su destrucción y volver a él en la visión del templo futuro (Ez 10,18-19; 43,4-5). Y el Eclesiástico hace decir a la Sabiduría que el Creador le mandó: «pon tu tienda en Jacob» (Eclo 24,8).

San Juan recoge toda esta historia en una frase: «El Verbo se hizo carne y puso su tienda entre nosotros, y hemos contemplado su gloria» (Jn 1,14). El verbo griego eskénosen viene de skené, «tienda», y sus consonantes recuerdan a shakán y a Shejiná; la gloria

es la que llenaba la morada. Jesús hablará de su cuerpo como del templo que se destruye y se levanta en tres días (Jn 2,19-21). El Catecismo lo resume: «Cristo es el verdadero Templo de Dios, el lugar donde reside su gloria» (n. 1197).

Y la presencia se extiende. «¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?», escribe san Pablo (1 Cor 3,16), y añade que el cuerpo del cristiano es templo del Espíritu Santo (1 Cor 6,19). La Iglesia es un edificio de piedras vivas, «morada de Dios en el Espíritu» (Ef 2,22; 1 Pe 2,5), y Jesús promete al que lo ama: «vendremos a él y haremos morada en él» (Jn 14,23).

La historia termina en el Apocalipsis: «He aquí la tienda de Dios con los hombres: habitará con ellos, y ellos serán su pueblo» (Ap 21,3). En la nueva Jerusalén ya no hay templo, «porque su templo es el Señor Dios todopoderoso y el Cordero» (Ap 21,22), y la ciudad entera tiene forma de cubo, como el Santísimo (Ap 21,16). La morada del desierto era el comienzo de un camino que termina con Dios habitando en toda su creación.

Por eso el lugar donde se guarda la Eucaristía en una iglesia se llama «tabernáculo», la palabra latina con que la Vulgata traduce mishkán y que significa «tienda». En castellano se dice también «sagrario», del latín sacrarium, el lugar donde se guardan las cosas sagradas. La Iglesia conservó desde muy pronto el pan consagrado para llevarlo a los enfermos y a los ausentes (Catecismo, n. 1379): en arquetas, en palomas de metal colgadas sobre el altar, en nichos de la pared o, en la Alemania del gótico tardío, en altas «casas del sacramento» de piedra. El IV concilio de Letrán (1215)

mandó guardarlo bajo llave, y después del concilio de Trento, con el impulso de san Carlos Borromeo, se generalizó el sagrario sobre el altar mayor. A veces se cubre con un velo, el conopeo, que le da forma de pequeña tienda, y ante él arde una lámpara (ver nota a 27,20). El Catecismo pide que esté en el lugar más digno de la iglesia (n. 1183), porque allí está, de verdad, el Dios que puso su tienda entre nosotros.

PAUSA

1. La morada se construyó con ofrendas dadas de corazón. ¿Qué das a Dios por obligación, y qué das con alegría?
2. «Habitaré en medio de ellos». ¿Dónde has experimentado que Dios habita en medio de tu familia o de tu comunidad?
3. Cuando entras en una iglesia y ves la lámpara encendida junto al sagrario, ¿qué te dice esa presencia?

Para orar. *Señor, que quisiste poner tu tienda entre nosotros, haz de mi vida una morada digna de ti.*

26

La tienda de la morada

Después de los objetos, la tienda que los alberga. El capítulo describe la estructura de la morada desde dentro hacia fuera: diez cortinas de lino bordadas, once de pelo de cabra y dos cubiertas de pieles (vv. 1-14); el armazón de tablones de acacia dorados sobre basas de plata (vv. 15-30), y el velo que separa el Santo del Santísimo, con la cortina de la entrada (vv. 31-37). Las medidas, los materiales y los colores no son caprichosos: cuanto más cerca del arca, más precioso el material. La morada es un pequeño cosmos portátil, ordenado en grados de santidad.

Las cortinas y las cubiertas

1 El Tabernáculo has de hacerlo así: Harás diez cortinas de
torzal de lino fino [1], de color de jacinto o azul celeste, de
púrpura y de grana dos veces teñida, con variedad de
bordados [2]. 2 Cada cortina tendrá veintiocho codos de lar-
go, y cuatro de ancho [3]. Todas las cortinas serán de una
misma medida. 3 Cinco cortinas se unirán entre sí, y las
otras cinco se unirán del mismo modo. 4 Pondrás presilla
de color de jacinto en los lados y cabos de las cortinas, para
que puedan unirse las unas con las otras. 5 Cada cortina
tendrá por ambas partes cincuenta presillas, dispuestas de
tal modo que la una corresponda a la otra, y se puedan

ajustar entre sí. 6 Harás asimismo cincuenta anillos o corchetes de oro, con los que se han de trabar los velos de las cortinas, de manera que se forme una sola tienda o tabernáculo [4].

7 También harás once cubiertas de pelos de cabra [5] para el techo del Tabernáculo. 8 Cada una de estas cubiertas tendrá treinta codos de largo y cuatro de ancho; todas serán de una misma medida. 9 Cinco de ellas las juntarás aparte, y las otras seis las trabarás entre sí, de modo que la sexta se doble por delante del techo. 10 Harás también en la orilla de cada cubierta cincuenta presillas, para que se pueda unir con la otra, y cincuenta presillas en la orilla de ésta para unirla a la contigua. 11 Harás asimismo cincuenta hebillas de bronce, mediante las cuales se traben las presillas, para que de todos los paños se forme un solo toldo. 12 Mas como de las cubiertas que sirven para toldo sobra una, con la mitad de ésta cubrirás la parte posterior del Tabernáculo. 13 Y como tienen las cubiertas dos codos de largo más que las cortinas, un codo colgará de una parte y otro de otra, cubriendo los dos lados del Tabernáculo.

14 Harás también al Tabernáculo otra cubierta de pieles de carneros, teñidas de rojo, y sobre ésta otra cubierta de pieles moradas [6].

El armazón de tablones

15 Plantarás asimismo tablones de madera de setim [7], que
sostengan el Tabernáculo; 16 cada uno de los cuales tendrá
de longitud diez codos y de anchura codo y medio. 17 En los
lados de cada tablón se harán dos muescas para encajar un
tablón con otro, y de este modo se dispondrán todos los ta-
blones.

18 Veinte de éstos se pondrán en el lado meridional que
mira al Austro, 19 para los cuales fundirás cuarenta basas
de plata [8]; de suerte que dos basas sustenten los dos ángu-
los de cada tablón. 20 En la misma forma se pondrán veinte
tablones al otro lado del Tabernáculo que mira al Norte,
21 los cuales tendrán cuarenta basas de plata: dos basas de-
bajo de cada tablón. 22 En la parte occidental del
Tabernáculo [9] plantarás seis tablones, 23 además de otros
dos que se han de fijar a la espalda del Tabernáculo en las
esquinas, 24 y estarán trabados de abajo arriba, y asegura-
dos todos con un mismo encaje. Semejante trabazón se ob-
servará en los dos tablones que se han de colocar en las es-
quinas. 25 Así serán en todo ocho tablones los que habrá en
el fondo, con diez y seis basas de plata, dando a cada ta-
blón dos basas.

26 También harás cinco travesaños de madera de setim en
un lado del Tabernáculo, que afiancen los tablones, 27 y
otros cinco al otro lado, y al Occidente otros tantos; 28 los

cuales atravesarán los tablones de un extremo al otro. 29 Cubrirás asimismo con planchas de oro los tablones, y fundirás para ellos argollas de oro, por las cuales pasando los travesaños, afirmen la tablazón; estos travesaños los cubrirás también con lámina de oro. 30 Así erigirás el Tabernáculo, conforme al modelo que se te ha mostrado en el monte.

El velo y la cortina de la entrada

31 Además de esto, harás un velo [10] de color de jacinto, y de púrpura y de grana dos veces teñida, y de torzal de lino fino con labores de tapicería y tejido con hermosa variedad, 32 el cual colgarás ante cuatro columnas de madera de setim, que estarán también cubiertas de oro, y tendrán capiteles de oro con pedestales de plata. 33 Y el velo quedará pendiente por medio de sortijas, y estará delante del Arca del Testimonio, y servirá para separar el Santuario del lugar Santísimo [11]. 34 Pondrás también el propiciatorio sobre el Arca del Testimonio en el lugar Santísimo. 35 Fuera del velo pondrás la mesa de los panes [12], y enfrente de la mesa el candelero en el lado meridional del Tabernáculo, porque la mesa estará en la parte septentrional.

36 Finalmente, para la entrada del Tabernáculo harás una cortina de color de jacinto, y de púrpura, y de grana dos veces teñida, de torzal de lino fino con labores de tapicería. 37 Y colocarás esta cortina ante las cinco columnas de

madera de setim, cubiertas con láminas de oro, cuyos capiteles serán de oro y las bases de bronce [13].

¿Sabías que?

En Abu Ghosh, unos diez kilómetros al oeste de Jerusalén, se alza sobre una colina la iglesia de Nuestra Señora del Arca de la Alianza, construida en 1924 sobre las ruinas de una basílica bizantina del siglo V. El lugar es la antigua Quiriat-Yearín, donde el arca permaneció veinte años en casa de Abinadab antes de que David la llevara a Jerusalén (1 Sam 7,1-2; 2 Sam 6). Sobre el tejado, una gran estatua de María con el Niño en brazos la presenta como la verdadera arca que lleva a Dios. A pocos kilómetros está Ain Karem, donde la tradición sitúa la casa de Isabel.

PARA PROFUNDIZAR

El *arca de la alianza* y la *Virgen María*

El arca era el objeto más sagrado de Israel: un cofre de acacia y oro que guardaba las tablas de la ley, cubierto por el propiciatorio y los querubines, el trono del Dios invisible. Acompañó al pueblo en el desierto, abrió el paso del Jordán (Jos 3), rodeó Jericó (Jos 6), cayó en manos de los filisteos (1 Sam 4-6) y pasó veinte años en Quiriat-Yearín, hasta que David la llevó a Jerusalén entre danzas (2 Sam 6). Salomón la colocó en el Santísimo del templo (1 Re 8,6).

San Lucas cuenta la visita de María a Isabel con detalles que recuerdan aquel traslado. David «se levantó y fue» a Baalá de Judá;

María «se levantó y fue» a una ciudad de Judá (Lc 1,39). David exclamó: «¿Cómo va a venir a mí el arca del Señor?» (2 Sam 6,9); Isabel: «¿De dónde a mí que venga a verme la madre de mi Señor?» (Lc 1,43). David danzaba ante el arca; Juan salta de gozo en el seno de su madre (Lc 1,44). El arca se quedó tres meses en casa de Obededom, y María, unos tres meses en casa de Isabel (2 Sam 6,11; Lc 1,56). El verbo con que Isabel «exclama» (anafonéo) aparece solo cinco veces en la traducción griega del Antiguo Testamento, en escenas de música y aclamación del culto, casi todas ante el arca (1 Cr 15,28; 16,4-5; 2 Cr 5,13; ver 1 Cr 16,42). Y el ángel había dicho a María que el poder del Altísimo la «cubriría con su sombra» (Lc 1,35), el verbo con que la nube cubría la tienda del encuentro en el griego de Éx 40,35. Los exegetas discuten cuánto quiso subrayar Lucas estos paralelos, pero son difíciles de atribuir a la casualidad.

El Apocalipsis va más lejos: «Se abrió el santuario de Dios en el cielo, y apareció el arca de su alianza… Y apareció en el cielo una gran señal: una mujer vestida del sol, con la luna bajo sus pies» (Ap 11,19 – 12,1). La división en capítulos, del siglo XIII, separa lo que Juan escribió seguido: el arca perdida reaparece en el cielo, y enseguida se ve a una mujer que da a luz al Mesías. Esa mujer es el pueblo de Dios, y la tradición ha visto en ella también a María. La liturgia de la Asunción lee este pasaje con el evangelio de la Visitación, y la misa de la vigilia, el traslado del arca a Jerusalén (1 Cr 15-16).

Por eso la letanía lauretana, aprobada en 1587, invoca a María como «Arca de la alianza», junto a «Casa de oro» y «Torre de David». El Catecismo lo dice con claridad: María, en quien va a ha-

bitar el Señor, «es en persona la hija de Sión, el Arca de la Alianza, el lugar donde reside la Gloria del Señor» (n. 2676). El arca guardaba la ley escrita en piedra, el maná y la vara del sacerdote (Heb 9,4); María llevó en su seno al Verbo, al pan de vida y al sumo sacerdote. Su dignidad, como la del arca, viene de lo que lleva dentro.

¿Y qué fue del arca? Desaparece de la historia; probablemente fue destruida o llevada como botín cuando Babilonia arrasó Jerusalén en el 587 a. C., aunque la lista del saqueo no la menciona (2 Re 25,13-17). Jeremías ya anunciaba un tiempo en que nadie la echaría de menos (Jr 3,16). El segundo libro de los Macabeos recoge una tradición según la cual el profeta la escondió, con la tienda y el altar del incienso, en una cueva del monte Nebo, y el lugar seguiría desconocido «hasta que Dios vuelva a reunir a su pueblo» (2 Mac 2,4-8). El Talmud dice que el rey Josías la ocultó (Yomá 52b). La Iglesia ortodoxa de Etiopía afirma que la guarda en Aksum: según el *Kebra Nagast*, un libro del siglo XIV, Menelik, hijo de Salomón y de la reina de Saba, la llevó a Etiopía. Estaría en una capilla junto a la iglesia de Santa María de Sión, custodiada por un monje que nunca sale de allí, y nadie ha podido examinarla; los historiadores consideran el relato una leyenda medieval. Cada iglesia etíope venera una réplica de las tablas, el tabot.

Para el cristiano, la búsqueda del arca perdida termina en otra parte: el Apocalipsis la muestra en el cielo, y el Evangelio, en los caminos de Judá, en una joven de Nazaret que lleva a Dios dentro y va de prisa a servir.

PAUSA

1. La morada era humilde por fuera y espléndida por dentro. ¿Qué cuidas más en tu vida, lo que se ve o lo que hay dentro?
2. María llevó a Dios a casa de Isabel. ¿A quién podrías llevar tú a Cristo esta semana?
3. El velo se rasgó para abrirnos el acceso a Dios. ¿Te acercas a él con confianza o con miedo?

Para orar. *Santa María, arca de la alianza, enséñame a llevar a Cristo dentro de mí y a llevarlo a los demás.*

27

El altar y el atrio

Salimos ahora al exterior de la tienda. El capítulo describe el altar de los holocaustos, de madera de acacia revestida de bronce, con sus cuatro cuernos y sus utensilios (vv. 1-8); el atrio que rodea la morada, un recinto de cortinas de lino de cien por cincuenta codos (vv. 9-19), y el aceite puro para la lámpara que debe arder ante el Señor cada noche (vv. 20-21). El altar era el lugar del sacrificio, el punto más cercano a Dios al que llegaba el israelita común; la lámpara, el signo de una vigilia que no se interrumpe.

El altar de los holocaustos

1 Harás también un altar de maderas de setim [1], que tendrá cinco codos de largo y otros tantos de ancho, esto es, cuadrado, y tres codos de altura. 2 De sus cuatro esquinas saldrán cuatro puntas [2]; y le cubrirás con láminas de bronce. 3 Para el servicio del altar fabricarás unas calderas, para recoger las cenizas, y tenazas, y tridentes y braseros [3]. Todos estos instrumentos los harás de cobre. 4 Además un enrejado de bronce en forma de red, en cuyos cuatro ángulos habrá cuatro anillos de bronce, 5 que pondrás debajo del plano o fogón del altar; y el enrejado llegará hasta el medio del altar. 6 Harás también dos varas de

madera de setim, cubiertas con láminas de bronce, [7] y las meterás por los anillos, y estarán a los dos lados del altar para transportarle. [8] No le harás macizo, sino hueco y cóncavo por dentro [4], como se te ha mostrado en el monte.

El atrio

[9] Formarás asimismo el atrio del Tabernáculo [5], en cuya parte meridional habrá cortinas de torzal de lino fino. Cien codos tendrá de largo un lado, [10] y veinte columnas con otras tantas basas de bronce, cuyos capiteles con sus molduras serán de plata. [11] Igualmente en el lado septentrional habrá también a lo largo cortinas de cien codos, veinte columnas, y otras tantas basas de bronce, y sus capiteles de plata con sus molduras. [12] Además en lo ancho del atrio que mira al Poniente, habrá cortinas por espacio de cincuenta codos, en diez columnas con otras tantas basas. [13] Del mismo modo en lo ancho del atrio que cae al Oriente, se contarán cincuenta codos; [14] donde se pondrán cortinas de quince codos por un lado, y tres columnas con otras tantas basas; [15] y en el otro lado también cortinas de quince codos, y tres columnas con otras tantas basas.

[16] Pero a la entrada del atrio se pondrá una cortina de veinte codos [6] de color de jacinto y de púrpura, y de grana dos veces teñida, hecha de torzal de lino fino y con artificio de bordador; abrazará cuatro columnas con otras tantas basas. [17] Todas las columnas que cercan el atrio, estarán re-

vestidas de láminas de plata, con capiteles de plata y basas de bronce. 18 En longitud ocupará el atrio cien codos, en anchura cincuenta, y su altura será de cinco codos. Sus cortinas se harán de torzal de lino fino, y tendrán basas de bronce. 19 De bronce harás todos los utensilios del Tabernáculo, para cualquier uso y ministerio, y las estacas o clavos [7], tanto del mismo Tabernáculo como del atrio.

El aceite de la lámpara

20 Da orden a los hijos de Israel que te traigan aceite de olivas el más puro, y exprimido en mortero [8]; para que arda siempre el candelero [9] 21 en el Tabernáculo del Testimonio [10], afuera del velo que está pendiente delante del Arca del Testimonio. Aarón y sus hijos cuidarán de aderezar las lámparas [11] del candelero, para que arda en presencia del Señor hasta la mañana. Será éste un culto perpetuo que rendirán los hijos de Israel de padres a hijos sucesivamente.

¿Sabías que?

En 1973, el equipo del arqueólogo Yohanan Aharoni encontró en Tel Beer Sheva, en el Néguev, los bloques de un gran altar de piedra tallada con cuernos en las esquinas, reutilizados en el muro de un almacén del siglo VIII a. C. Una vez reconstruido, medía unos 1,6 m de alto: tres codos, si se cuenta con el codo largo de unos 52 cm. Muchos piensan que fue desmontado durante la reforma religiosa del rey Ezequías, que concentró el culto en Jerusalén (2 Re 18,4.22). Uno de sus bloques tenía grabada una serpiente.

PAUSA

1. La lámpara del santuario no debía apagarse ninguna noche. ¿Qué haces para mantener encendida tu fe en los días oscuros?
2. En el desierto había una sola puerta para llegar a Dios. ¿Qué significa para ti que Cristo sea «la puerta»?

Para orar. *Señor, que la luz de tu presencia arda en mí cada noche, y que nunca me falte el aceite de tu amor.*

28

Las vestiduras sagradas

Dios elige a Aarón y a sus hijos como sacerdotes y manda hacerles «vestiduras sagradas, para gloria y esplendor». El capítulo describe, prenda por prenda, el atuendo del sumo sacerdote: el efod con dos piedras de ónix en los hombros (vv. 6-14), el pectoral con doce piedras y el urim y tumim (vv. 15-30), el manto azul con granadas y campanillas, la lámina de oro sobre la frente y las prendas de lino (vv. 31-43). Cada pieza tiene un sentido: el sacerdote lleva al pueblo sobre los hombros y sobre el corazón, y lleva en la frente la santidad del Señor.

Las vestiduras sagradas

1 Además une contigo a tu hermano Aarón con sus hijos [1],
separándolos de los otros hijos de Israel, para que me sir-
van de sacerdotes: Aarón, Nadab, y Abiú, Eleazar e Itamar.
2 Y harás a tu hermano Aarón unas vestiduras sagradas,
para gloria y esplendor del culto divino [2]. 3 De lo cual tra-
tarás con todos aquellos hombres entendidos, a los cuales
he llenado yo del espíritu de inteligencia [3], para que ha-
gan las vestiduras de Aarón, con las cuales consagrado
ejerza mi sacerdocio. 4 Las vestiduras que han de hacer
son estas: El pectoral y el efod o espaldar [4], la túnica exte-
rior, y la otra interior de lino ajustada, la tiara y el cintu-

rón. Estas serán las vestiduras sagradas que harán a tu hermano Aarón y a sus hijos, para que ejerzan delante de mí las funciones del sacerdocio. 5 Para lo que emplearán oro, y jacinto, y púrpura, y grana dos veces teñida, y lino fino.

El efod y el pectoral

6 El efod le harán de oro, y de jacinto, y de púrpura, y de grana dos veces teñida, y de lino fino retorcido, obra tejida de varios colores. 7 Tendrá el efod por arriba dos aberturas sobre los hombros, que abriéndose para ponerle se reunirán después. 8 Toda la obra será tejida, con una variedad agradable de oro, de jacinto, de púrpura y grana, dos veces teñida, y de lino fino retorcido.

9 Tomarás también dos piedras de ónix, y grabarás en ellas los nombres de los hijos de Israel: 10 seis nombres en una piedra, y los seis restantes en la otra, por el orden de su nacimiento. 11 Por arte de escultor y grabadura de lapidario, esculpirás en ellas los nombres de los hijos de Israel, engastándolas y guarneciéndolas de oro. 12 Y las pondrás en uno y otro lado del efod, para memoria de los hijos de Israel. Y llevará Aarón sus nombres delante del Señor sobre los dos hombros [5], para recuerdo.

13 Harás asimismo unos broches de oro, 14 y dos cadenillas
de oro purísimo, trabadas entre sí, las que introducirás en
los broches.

15 Harás también el pectoral del juicio [6], tejido de varios
colores, conforme al tejido del efod, de hilos de oro, de ja-
cinto o azul celeste, de púrpura, y de grana dos veces teñi-
da, y de torzal de lino fino. 16 Será cuadrado y doble; ten-
drá de medida un palmo, tanto a lo largo como a lo ancho.
17 Colocarás en él cuatro órdenes de piedras preciosas [7].
En el primer orden estarán la piedra sárdica, el topacio y
la esmeralda, 18 en el segundo el rubí, el zafiro y el jaspe,
19 en el tercero el ópalo, la ágata y la amatista, 20 en el cuar-
to el crisolito, el ónix y el berilo. Estarán engastados en
oro por su orden, 21 y contendrán los nombres de los hijos
de Israel: Sus doce nombres estarán grabados en ellas, se-
gún las doce tribus: en cada piedra un nombre.

22 En este pectoral pondrás dos cadenitas de oro muy puro,
trabadas entre sí, 23 y dos sortijas o anillos de oro, que pon-
drás en las dos puntas superiores del pectoral; 24 y juntarás
las cadenas de oro con las sortijas que están en dichas pun-
tas, 25 y unirás las extremidades de las mismas cadenas con
dos broches en los dos lados del efod, que miran al pecto-
ral. 26 Harás también dos sortijas de oro, que pondrás en
las puntas del pectoral, a las orillas, frente del efod, por la
parte de adentro. 27 Igualmente otras dos sortijas de oro,

que se han de colocar en ambos lados del efod, por la parte de abajo, donde corresponden los anillos inferiores del pectoral, para que éste se pueda trabar con el efod, [28] de modo que se aprieten las sortijas del pectoral con las del efod, pasando por ellas un cordón de jacinto; así la unión quede hecha con arte y no se pueda desprender el pectoral del efod.

[29] Y así Aarón siempre que entre en el Santuario llevará sobre su pecho [8], en el pectoral del juicio, los nombres de los doce hijos de Israel, para memoria eterna en el acatamiento del Señor. [30] En el mismo pectoral del juicio pondrás estas dos palabras: doctrina y verdad [9], las cuales Aarón llevará sobre su pecho cuando se presentare delante del Señor, y sobre su pecho llevará siempre el pectoral del juicio de los hijos de Israel en la presencia del Señor.

El manto, la lámina y las prendas de lino

[31] Harás también la túnica del efod toda de color de jacinto [10]; [32] en medio de la cual por arriba habrá un cabezón o abertura y una orla tejida alrededor, como se suele hacer en las extremidades de los vestidos, para que no se rompa fácilmente. [33] Pero abajo, a los pies de la misma túnica, harás alrededor como unas granadas [11] de jacinto y de púrpura, y de grana dos veces teñida, entremezcladas unas campanillas; [34] de suerte que a una campanilla de oro se siga una granada, y a otra campanilla de oro otra grana-

da. 35 Con esta túnica se ha de revestir Aarón en las funciones de su ministerio, a fin de que se sienta el sonido cuando entra o sale del Santuario, a vista del Señor, y no pierda la vida.

36 Harás también una lámina de oro finísimo, en la cual mandarás grabar a buril: la santidad al Señor [12]. 37 Y la ligarás con un cordón de color de jacinto; de modo que esté fija sobre la tiara, 38 y pendiente sobre la frente de Aarón. Y Aarón cargará sobre sí los pecados [13] cometidos por los hijos de Israel en todas las oblaciones y dones que habrán ofrecido y consagrado. Tendrá siempre esta lámina en su frente, para que el Señor le sea propicio.

39 Le harás, en fin, la túnica estrecha de lino fino, y la tiara de lo mismo, y el cinturón bordado de varios colores. 40 En cuanto a los hijos de Aarón les dispondrás túnicas de lino, y cinturones, mitras para majestad y adorno. 41 Con todos estos ornamentos revestirás a tu hermano Aarón, y a sus hijos con él. Y consagrarás las manos de todos ellos [14] y los santificarás, para que me sirvan en las funciones del sacerdocio.

42 Harás también calzoncillos de lino [15] para que cubran la desnudez de su carne desde los lomos hasta las rodillas; 43 de los que usarán Aarón y sus hijos al entrar en el Tabernáculo del Testimonio, o al acercarse al altar para servir en el santuario, a fin de que no mueran como reos de

transgresión. Estatuto perpetuo será éste para Aarón y su posteridad.

¿Sabías que?

En 1932, los arqueólogos que excavaban Dura Europos, una ciudad romana a orillas del Éufrates, en Siria, descubrieron una sinagoga cubierta de pinturas, terminada hacia el 244 d. C. Una de las escenas muestra la consagración de la morada: Aarón, con su nombre escrito en griego, aparece revestido con sus vestiduras ante el santuario, con el candelabro, el altar y los animales del sacrificio. Es una de las representaciones más antiguas de los ornamentos del sumo sacerdote. Las pinturas se trasladaron al Museo Nacional de Damasco.

Las doce piedras del pectoral

Hebreo	Vulgata · Torres Amat	¿Qué piedra era?
אֹדֶם **ódem**	sardius · sárdica*	Cornalina («rojo»)
פִּטְדָה **pitdá**	topazius · topacio*	Peridoto o topacio
בָּרֶקֶת **baréqet**	smaragdus · esmeralda*	Piedra verde; ¿malaquita?
נֹפֶךְ **nófej**	carbunculus · rubí	Granate o turquesa
סַפִּיר **sapir**	sapphirus · zafiro*	Lapislázuli
יָהֲלֹם **yahalom**	iaspis · jaspe*	Desconocida (hoy, «diamante»)
לֶשֶׁם **léshem**	ligurius · ópalo	Desconocida; ¿ámbar?
שְׁבוֹ **shebó**	achates · ágata	Ágata
אַחְלָמָה **ajlamá**	amethystus · amatista*	Amatista
תַּרְשִׁישׁ **tarshish**	chrysolithus · crisolito*	¿Topacio?, ¿berilo amarillo?
שֹׁהַם **shoham**	onychinus · ónix	Ónice o cornalina
יָשְׁפֵה **yashfé**	beryllus · berilo*	Jaspe (es el mismo nombre)

Cuatro filas de tres (28,17-20). Las identificaciones son inciertas: los nombres antiguos no coinciden con los nuestros, y las traducciones no concuerdan. Según el Targum y Rashi, cada piedra llevaba el nombre de un hijo de Jacob, por orden de nacimiento. *Reaparece entre los cimientos de la nueva Jerusalén (Ap 21,19-20): ocho de las doce.

Las vestiduras del sumo sacerdote

Prenda	Cómo era	Sentido
Calzones מִכְנָסַיִם	De lino, hasta las rodillas (28,42)	Pudor ante la santidad de Dios
Túnica כְּתֹנֶת	De lino fino tejido (28,39)	La pureza del servicio
Cinturón אַבְנֵט	Bordado de colores (28,39)	Ceñido para servir
Manto מְעִיל	Todo azul; granadas y campanillas de oro (28,31-35)	El sonido anuncia su entrada
Efod אֵפוֹד	Oro, azul, púrpura, grana y lino (28,6-8)	La pieza principal
Ónices שֹׁהַם	Dos piedras en las hombreras (28,9-12)	El pueblo sobre los hombros
Pectoral חֹשֶׁן	Un palmo, doble; doce piedras (28,15-29)	El pueblo sobre el corazón
Urim y tumim	Dentro del pectoral (28,30)	Para consultar a Dios
Tiara מִצְנֶפֶת	Turbante de lino (28,39)	La dignidad sacerdotal
Lámina צִיץ	De oro, sobre la frente (28,36-38)	«Consagrado al Señor»
Sacerdotes	Túnica, cinturón, gorro y calzones (28,40-42)	De lino; el cinturón, quizá de colores (39,28)

El sumo sacerdote llevaba ocho prendas; el día de la Expiación entraba en el Santísimo vestido solo de lino (Lv 16,4). Filón y Flavio Josefo vieron en su atuendo una imagen del cosmos (ver Sab 18,24). Las vestiduras litúrgicas cristianas proceden sobre todo de la ropa romana tardía, no de estas.

PARA PROFUNDIZAR

El sacerdocio de Aarón y el sacerdocio de Cristo

Los capítulos 28 y 29 describen cómo Aarón y sus hijos son elegidos, revestidos, ungidos y consagrados con sangre. El sacerdote es un mediador: lleva los nombres del pueblo sobre los hombros y sobre el corazón, ofrece los sacrificios, entra en el santuario y «carga con las faltas» de las ofrendas (28,38). Todo Israel era «un reino de sacerdotes» (19,6), pero Dios eligió dentro de él una tribu, la de Leví, y una familia, la de Aarón, para el servicio del culto (Catecismo, n. 1539).

La Carta a los Hebreos es el único libro del Nuevo Testamento que llama a Jesús sacerdote, y lo hace comparándolo con Aarón. Todo sumo sacerdote es tomado de entre los hombres para ofrecer dones y sacrificios por los pecados, y nadie se arroga ese honor si no es llamado por Dios, «como Aarón» (Heb 5,1-4). También Cristo fue llamado, pero «según el orden de Melquisedec» (Sal 110,4; Heb 5,6-10), porque no era de la tribu de Leví (Heb 7,14). Los sacerdotes antiguos eran muchos, porque la muerte les impedía permanecer; Cristo permanece para siempre y «vive siempre para interceder» (Heb 7,23-25). Ellos ofrecían cada día sacrificios por sus propios pecados y por los del pueblo; él se ofreció a sí mismo una vez para siempre (Heb 7,27). Ellos servían en una tienda que era copia y sombra; él entró en el santuario del cielo con su propia sangre (Heb 8,5; 9,11-12). La sangre de los toros no podía quitar los pecados; Cristo dijo al entrar en el mundo: «me has preparado un cuerpo» (Heb 10,4-5), y por su carne, el

velo rasgado, tenemos libre entrada en el santuario (Heb 10,19-20).

El Catecismo recoge esta enseñanza. El sacerdocio de la antigua alianza fue instituido para anunciar la palabra de Dios y restablecer la comunión con él, pero era incapaz de realizar la salvación, y por eso repetía sin cesar sus sacrificios (n. 1540). Todas sus prefiguraciones se cumplen en Cristo, «único mediador entre Dios y los hombres» (n. 1544). Aun así, la liturgia ve en Aarón, en los levitas y en los setenta ancianos una prefiguración del ministerio ordenado: en la ordenación de presbíteros, la Iglesia recuerda que Dios hizo partícipes a los hijos de Aarón de la plenitud otorgada a su padre (nn. 1541-1543). El único sacrificio de Cristo se hace presente en la Eucaristía, y su único sacerdocio en el sacerdocio ministerial, sin que su unicidad se rompa: «solo Cristo es el verdadero sacerdote; los demás son ministros suyos», dice santo Tomás (n. 1545).

Hay dos maneras de participar en ese sacerdocio. San Pedro aplica a todos los bautizados las palabras del Sinaí: «vosotros sois linaje elegido, sacerdocio real, nación santa» (1 Pe 2,9), llamados a ofrecer «sacrificios espirituales» (1 Pe 2,5), es decir, la propia vida (Rom 12,1). Es el sacerdocio común de los fieles. El sacerdocio ministerial de obispos y presbíteros se distingue de él «esencialmente y no solo en grado», y está a su servicio (*Lumen gentium* 10; Catecismo, nn. 1546-1547). San Clemente de Roma, hacia el año 96, ya comparaba el orden de la Iglesia con el del templo, con su sumo sacerdote, sus sacerdotes y sus levitas; su carta es el texto

cristiano más antiguo que se conserva con la palabra «laico» (*Carta a los corintios* 40,5).

¿Vienen las vestiduras litúrgicas cristianas de las de Aarón? En lo esencial, no: el alba y la casulla proceden de la ropa civil del Imperio romano tardío, que el clero conservó cuando la moda cambió. Pero desde la Edad Media, intérpretes como Amalario de Metz, en el siglo IX, o el papa Inocencio III las explicaron a la luz del capítulo 28, y algún ornamento tomó de él su nombre, como el «racional» de ciertos obispos (ver nota a 28,15). Lo importante no es la tela. Aarón se revestía de oro y de piedras preciosas para entrar en el santuario; Cristo se revistió de nuestra carne y entró en el cielo para siempre. Y el bautizado, dice san Pablo, se ha «revestido de Cristo» (Gál 3,27).

PAUSA

1. Aarón llevaba los nombres de su pueblo sobre los hombros y sobre el corazón. ¿Qué nombres llevas tú en tu oración?
2. Por el bautismo formas parte de un pueblo sacerdotal. ¿Qué «sacrificios espirituales» puedes ofrecer hoy?
3. ¿Rezas por los sacerdotes que conoces, para que vivan lo que significan sus vestiduras?

Para orar. *Jesús, sumo sacerdote, llévame sobre tu corazón ante el Padre, y haz de mi vida una ofrenda.*

29

La consagración de los sacerdotes

Descritas las vestiduras, Dios explica el rito para consagrar a los sacerdotes, que se cumplirá en Levítico 8. Tiene tres partes: la preparación, con el baño, la investidura y la unción de Aarón (vv. 1-9); los tres sacrificios de la consagración, un becerro por el pecado, un carnero en holocausto y el «carnero de la consagración», cuya sangre se pone en la oreja, la mano y el pie de los sacerdotes (vv. 10-37), y el sacrificio perpetuo de cada mañana y cada tarde (vv. 38-46). El capítulo culmina en una promesa: Dios sacó a Israel de Egipto «para morar entre ellos».

La consagración de los sacerdotes

1 Mas para consagrarlos sacerdotes míos [1], has de hacer
también esto: Toma de la vacada un becerro y dos carne-
ros sin tacha, 2 y panes ázimos, y una torta sin levadura,
amasada con aceite, como también buñuelos ázimos, un-
tados con aceite; todo lo harás de la flor de la harina de tri-
go. 3 Y puesto en un canastillo, lo ofrecerás; y después el
becerro y los dos carneros.

4 Y harás que se acerquen Aarón y sus hijos a la entrada del
Tabernáculo del Testimonio. Y después de haber lavado al
padre y a sus hijos con agua [2], 5 revestirás a Aarón de sus

ornamentos, esto es, de la túnica de lino y de la otra, y del efod, y del pectoral, que ajustarás con el cinturón. 6 Y le pondrás la tiara en la cabeza, y la lámina santa sobre la tiara; 7 y derramarás sobre su cabeza el óleo de la consagración [3], y con este rito será consagrado. 8 También harás que se acerquen a ti sus hijos, y los revestirás con las túnicas de lino, y les ceñirás con el cinturón, 9 lo mismo a Aarón que a sus hijos, y les pondrás las mitras; con lo que serán sacerdotes míos para culto perpetuo. Después que hubieres consagrado sus manos,

Los sacrificios de la consagración

10 traerás el becerro delante del Tabernáculo del Testimonio, y Aarón y sus hijos le pondrán las manos sobre la cabeza [4], 11 y le degollarás en presencia del Señor, junto a la puerta del Tabernáculo del Testimonio. 12 Y tomando de la sangre del becerro, la pondrás con tu dedo mojado en ella sobre las puntas de las esquinas del altar, y derramarás al pie de su basa el resto de la sangre. 13 Sacarás también todo el sebo que cubre los intestinos, y la red o telilla del hígado [5], y los dos riñones y la enjundia de encima; y lo ofrecerás quemándolo sobre el altar. 14 Pero las carnes del becerro, y la piel, y el estiércol, eso lo quemarás fuera del campamento [6]; por cuanto es sacrificio por el pecado.

15 Tomarás después uno de los carneros, sobre cuya cabeza pondrán Aarón y sus hijos las manos. 16 Y después de ha-

berle degollado, tomarás su sangre y la derramarás alrededor del altar. 17 Luego dividirás el mismo carnero en trozos; y lavados sus intestinos y patas, los pondrás sobre las carnes partidas y sobre la cabeza. 18 Y de esta suerte ofrecerás el carnero, quemándole todo entero sobre el altar; oblación que se hace al Señor, y hostia, cuyo olor le es sumamente agradable [7].

19 Asimismo tomarás el otro carnero, sobre cuya cabeza Aarón y sus hijos pondrán las manos, 20 y habiéndole degollado tomarás de su sangre, y teñirás con ella la extremidad de la oreja derecha de Aarón y de sus hijos [8], y los pulgares de su mano y pie derecho, derramando la demás sangre alrededor sobre el altar. 21 Y tomando de la sangre vertida sobre el altar y del óleo de la consagración, rociarás a Aarón y sus vestiduras, y a los hijos también y a las vestiduras suyas. Y consagrados así ellos y sus ornamentos, 22 tomarás del carnero la grasa, la cola [9], y el sebo que cubre las entrañas, y la telilla del hígado, y los dos riñones y la enjundia de encima, y la espaldilla derecha, porque es carnero de consagración de Aarón y sus hijos; 23 además una torta de pan, un hojaldre amasado con aceite, y una lasaña del canastillo de los ázimos [10] presentado al Señor; 24 y pondrás todas esas cosas sobre las manos de Aarón y de sus hijos, y las santificarás, elevándolas en la presencia del Señor. 25 Después recibirás de sus manos todo lo dicho, y lo

quemarás sobre el altar en holocausto, para olor suavísimo en la presencia del Señor, por ser oblación suya.

[26] Tomarás asimismo el pecho del carnero inmolado para la consagración de Aarón, y le santificarás, elevándole ante el Señor; y será porción tuya. [27] Igualmente santificarás el pecho consagrado, y la espaldilla que separaste del carnero [28] inmolado para la consagración de Aarón y de sus hijos, y serán la porción de Aarón y de sus hijos por derecho perpetuo en las oblaciones de los hijos de Israel, porque son como las primicias y lo primero de las víctimas pacíficas que ofrecen ellos al Señor. [29] Las vestiduras santas de que ha de usar Aarón, las tendrán sus hijos después de su muerte [11], para que revestidos con ellas sean ungidos y consagradas sus manos. [30] Por siete días las llevará el que de sus hijos fuere constituido sumo sacerdote en lugar suyo, y entrare en el Tabernáculo del Testimonio para hacer las funciones en el santuario.

[31] Tomarás también el carnero ofrecido en la consagración del sumo sacerdote, y cocerás su carne en el lugar santo; [32] la cual comerán Aarón y sus hijos. También los panes puestos en el canasto los comerán a la entrada del Tabernáculo del Testimonio, [33] para que sea sacrificio que haga a Dios propicio y favorable, y queden santificadas las manos de los que lo ofrecen. Ningún extraño comerá de estas cosas, porque son santas. [34] Que si algo sobrare de las carnes

consagradas o de los panes hasta la mañana, lo quemarás; no se comerá, por ser cosa santificada.

35 Cuidarás de hacer todo esto que te he mandado en orden
a Aarón y a sus hijos. Por siete días consagrarás sus manos. 36 Y en cada uno de estos días ofrecerás un becerro
por el pecado, para que sea perdonado. Y después de inmolada la hostia por la expiación del pecado, purificarás el altar, y le ungirás para santificarle de nuevo. 37 Por espacio de siete días harás la purificación del altar y le santificarás, y quedará santísimo. Cualquiera que le tocare, se santificará [12].

El sacrificio perpetuo

38 Esto es lo que has de ofrecer sobre el altar: Dos corderos primales cada día [13], perpetuamente, 39 un cordero por la mañana y otro por la tarde [14]. 40 Con un cordero ofrecerás un décimo de la flor de harina de trigo, amasada con aceite de oliva, majada en mortero, cuyo aceite tenga de medida la cuarta parte del hin; y vino en la misma cantidad para las libaciones. 41 A la tarde ofrecerás el otro cordero, conforme al rito de la ofrenda matutina, y en la forma dicha, en sacrificio de suavísimo olor; 42 sacrificio que se ha de ofrecer al Señor perpetuamente en vuestras generaciones, a la entrada del Tabernáculo del Testimonio, delante del Señor, donde yo estableceré mi comunicación contigo.

43 Y allí daré mis órdenes a los hijos de Israel; y el altar será
santificado con la presencia de mi gloria. 44 Santificaré
igualmente el Tabernáculo del Testimonio junto con el al-
tar, y a Aarón con sus hijos, para que ejerzan las funciones
de sacerdotes míos. 45 Y habitaré en medio de los hijos de
Israel 15, y seré su Dios. 46 Y sabrán que Yo soy el Señor
Dios suyo, que los saqué de la tierra de Egipto, para morar
entre ellos, Yo que soy el Señor su Dios.

¿Sabías que?

En la ordenación de un presbítero, después de ungirle las manos con el santo crisma, a veces se le secan con un paño de lino llamado manutergio. Una piadosa costumbre, extendida en muchos países, es que el nuevo sacerdote regale ese paño a su madre, que lo guarda toda la vida y es enterrada con él entre las manos. Las manos «llenadas» y consagradas (28,41) se convierten así en un recuerdo de familia.

PAUSA

1. La sangre consagró la oreja, la mano y el pie de los sacerdotes. ¿Qué necesita consagrarse a Dios en tu vida: lo que escuchas, lo que haces o los caminos que recorres?
2. El sacrificio perpetuo marcaba cada mañana y cada tarde. ¿Cómo comienzas y terminas tu día con Dios?

Para orar. *Señor, que suba mi oración como incienso en tu presencia, y el alzar de mis manos como ofrenda de la tarde.*

30

El incienso, el rescate y el óleo santo

Las instrucciones para la morada se cierran con varios elementos del culto diario: el altar de oro del incienso, situado ante el velo (vv. 1-10); el rescate de medio siclo que paga cada israelita en el censo (vv. 11-16); la pila de bronce para que los sacerdotes se laven (vv. 17-21), y las recetas del óleo santo de la unción y del incienso (vv. 22-38), que nadie podrá imitar para uso profano. Es el capítulo de los aromas: mirra, canela, casia, gálbano e incienso. La santidad se ve y se oye, y también se huele.

El altar del incienso

1 Harás asimismo un altar de madera de setim para quemar los perfumes o timiamas [1], 2 que tenga un codo de largo y otro de ancho, es decir, cuadrado, con dos codos de altura, de cuyos cuatro ángulos saldrán unas puntas o remates. 3 Y le cubrirás del oro más puro, tanto su enrejado, como los cuatro lados y las puntas. Y formarás alrededor de él una orladura o cornisa de oro, 4 y debajo de la orladura, dos anillos de oro a cada lado, para introducir en ellos unas varas con que ha de ser transportado el altar. 5 Estas mismas varas las has de hacer también de madera de setim, y las cubrirás de oro. 6 El altar le colocarás enfrente del velo [2], que pende delante del Arca del Testimonio, y

del propiciatorio con que se cubre el Arca del Testimonio, donde yo te hablaré.

7 Y Aarón quemará sobre él, cada mañana, incienso de
suave fragancia [3]. Lo quemará al tiempo de aderezar las
lámparas; 8 y al atizarlas al anochecer, quemará también
el perfume delante del Señor; lo cual se observará entre
vosotros perpetuamente [4], de generación en generación.
9 Nunca ofrecerás sobre este altar perfumes de otra com-
posición, ni oblación alguna, ni víctima, ni libaciones.
10 Una vez en el año hará Aarón la expiación del altar [5], ro-
ciando sus cuatro puntos con la sangre de la víctima, ofre-
cida por el pecado, y con ella aplacará a Dios por vuestras
generaciones. Será esta cosa santísima en el acatamiento
del Señor.

El rescate del censo

11 Habló nuevamente el Señor a Moisés, diciendo:
12 Cuando formares el encabezamiento de los hijos de
Israel [6], cada uno dará alguna cosa al Señor en precio de
su rescate, y empadronados que estén, no habrá entre
ellos ningún desastre. 13 Y lo que dará cada uno de los que
fueren alistados, es medio siclo, según el peso del
templo [7]. Un siclo tiene veinte óbolos. La mitad de un si-
clo es lo que se ha de ofrecer al Señor. 14 El que sea com-
prendido en el censo, por tener más de veinte años, pagará
ese rescate. 15 El rico no dará más de medio siclo, y el pobre

no dará menos [8]. [16] Recogido el dinero ofrecido por los hijos de Israel, le depositarás para el servicio del Tabernáculo del Testimonio, a fin de que sea como una memoria de ellos en la presencia del Señor, y sirva de expiación para sus almas.

La pila de bronce

[17] Habló asimismo el Señor a Moisés, diciéndole: [18] Harás también una concha o pila de bronce [9], elevada sobre una basa, para que sirva para el lavatorio, y la colocarás entre el Tabernáculo del Testimonio y el altar de los holocaustos. Y echada agua, [19] se lavarán Aarón y sus hijos las manos y pies, [20] cuando hubieren de entrar en el Tabernáculo del Testimonio, y llegarse al altar para ofrecer en él los perfumes al Señor, [21] no sea que de otro modo sean castigados de muerte. Estatuto perpetuo será éste para Aarón y para todos los de su descendencia, que deben sucederle.

El óleo de la unción y el incienso

[22] Habló todavía el Señor a Moisés, [23] diciendo: Tomarás drogas aromáticas [10], es a saber: el peso de quinientos siclos de mirra de la primera y más excelente; y la mitad, esto es, doscientos cincuenta siclos de cinamomo; doscientos cincuenta igualmente de caña aromática. [24] De casia o canela quinientos siclos, al peso del santuario, y de aceite de oliva la medida de un hin; [25] con lo que formarás

el óleo santo de la unción [11], ungüento compuesto según el arte de perfumería.

[26] Y ungirás con él el Tabernáculo del Testimonio, y el Arca del Testamento, [27] y la mesa con sus vasos, y el candelero y sus utensilios, el altar de los perfumes, [28] el de los holocaustos, y todos los muebles que pertenecen a su servicio. [29] Así santificarás todas estas cosas, y ellas quedarán santísimas o muy sagradas: el que las tocare se santificará. [30] Ungirás a Aarón y a sus hijos, y los santificarás para que ejerzan las funciones de mi sacerdocio.

[31] Dirás también a los hijos de Israel: Este óleo de la unción será consagrado a mí entre vosotros y entre vuestros descendientes. [32] Nadie se ungirá con él, ni haréis otro de semejante composición; porque queda santificado, y por santo le habéis de tener. [33] Cualquier hombre que compusiere otro tal, y diere de él a persona extraña, será exterminado de su pueblo [12].

[34] Dijo más el Señor a Moisés: Toma estos aromas, es a saber: estacte, y onique, y gálbano odorífero, e incienso [13] el más puro y transparente, de todo esto en igual porción; [35] y formarás un perfume compuesto por arte de perfumería, muy bien mezclado, puro y dignísimo de ser ofrecido. [36] Y después de haberle reducido todo a menudísimo polvo, le pondrás delante del Tabernáculo del Testimonio, en cuyo lugar yo te apareceré. Santísimo será para vosotros

este perfume. [37] Tal confección no la haréis para vuestros usos, por ser cosa consagrada al Señor. [38] Cualquiera que hiciere otra igual para recrearse con su fragancia, perecerá de en medio de sus gentes.

¿Sabías que?

En el santuario de la fortaleza de Arad, en el Néguev, del siglo VIII a. C., se encontraron dos pequeños altares de piedra caliza en la entrada del nicho más sagrado. En 2020, un análisis de los restos negros de su superficie mostró que en el mayor se había quemado incienso, mezclado con grasa animal, y en el menor, cannabis, quizá para provocar estados de éxtasis. La Ley del Éxodo, en cambio, fija una receta única para el incienso santo: «no ofrecerás perfumes de otra composición» (30,9).

PAUSA

1. El rico y el pobre pagaban el mismo rescate. ¿Te sabes igual de valioso ante Dios que cualquier otra persona?
2. El sacerdote se lavaba antes de servir. ¿Qué necesitas lavar en tu corazón antes de acercarte a Dios?
3. Fuiste ungido con el santo crisma. ¿Vives como alguien consagrado?

Para orar. *Señor, que mi oración suba ante ti como incienso, y que mi vida desprenda el buen olor de Cristo.*

31

Los artistas y el sábado

Dios nombra a los artistas que harán la obra: Beseleel, de la tribu de Judá, a quien ha llenado de su espíritu, y Ooliab, de la tribu de Dan, con todos los artesanos hábiles (vv. 1-11). Después, antes de entregar a Moisés las tablas, repite el mandamiento del sábado, señal perpetua de la alianza (vv. 12-17). Termina así la larga revelación del Sinaí, que comenzó en el capítulo 19: Moisés recibe las dos tablas «escritas por el dedo de Dios» (v. 18). Mientras tanto, al pie del monte, el pueblo se cansa de esperar y está a punto de pedir otros dioses.

Beseleel y Ooliab

1 Y habló el Señor a Moisés, diciendo: 2 He aquí que tengo
escogido nominadamente a Beseleel [1], hijo de Uri, nieto
de Hur, de la tribu de Judá, 3 y le he llenado del espíritu de
Dios [2], de saber, y de inteligencia, y de ciencia, en toda
suerte de labores, 4 para inventar cuanto se pueda hacer
artificiosamente [3] de oro, y de plata, y de cobre, 5 de mármol, y de piedras preciosas, y de diversas maderas.

6 Y le he dado por compañero a Ooliab, hijo de Aquisamec,
de la tribu de Dan [4]; y he infundido en el corazón de todos
los demás artistas hábiles [5] cierta maestría, para que eje-

cuten todo lo que acabo de ordenarte, [7] el Tabernáculo de
la alianza, el arca del Testamento, y el propiciatorio que
está sobre ella, y todo lo perteneciente al Tabernáculo, [8] la
mesa y sus vasos, el candelero de oro purísimo, con todo lo
perteneciente a él, y el altar de los perfumes, [9] y el de los
holocaustos, y todos sus utensilios, la concha con su basa,
[10] las vestiduras sagradas que han de servir para el sumo
sacerdote Aarón y para sus hijos, cuando ejerzan sus fun-
ciones sagradas; [11] el óleo de la unción, y los perfumes aro-
máticos para el santuario: todo cuanto yo te he mandado,
ellos lo ejecutarán.

El sábado, señal de la alianza

[12] Asimismo habló el Señor a Moisés: [13] Amonesta, y di a los
hijos de Israel: Mirad que guardéis mi sábado [6]; porque él
es un monumento establecido entre mí [7], y vosotros y
vuestros descendientes, a fin de que reconozcáis que yo
soy el Señor que os santifico. [14] Guardad mi sábado; porque
es sacrosanto para vosotros; el que le violare será castiga-
do de muerte [8]; el que trabajare en ese día, perecerá de en
medio de su pueblo. [15] Durante los seis días trabajaréis;
mas el día séptimo es el sábado, descanso consagrado al
Señor [9]. Cualquiera que en tal día trabajare, será castiga-
do de muerte. [16] Observen los hijos de Israel el sábado, y
celébrenle para siempre de generación en generación. Pac-
to es éste sempiterno [10] [17] entre mí y los hijos de Israel, y

monumento perpetuo; porque en los seis días hizo el Señor el cielo y la tierra, y en el séptimo cesó la obra [11].

[18] Concluidos estos razonamientos en el monte Sinaí, dio el Señor a Moisés las dos tablas de piedra, que contenían la ley, escritas por el dedo de Dios [12].

¿Sabías que?

La principal escuela de arte de Israel se llama Academia Bezalel de Arte y Diseño, en honor del artista de la morada. La fundó en Jerusalén en 1906 el escultor Boris Schatz, nacido en Lituania, con la idea de crear un arte judío propio, inspirado en la Biblia y en las artesanías tradicionales. Beseleel, el hombre lleno del espíritu de Dios para trabajar el oro, la piedra y la madera, sigue siendo el patrono simbólico de los artistas de su pueblo.

PAUSA

1. Dios llenó de su espíritu a un artesano. ¿Qué talento tuyo podría ponerse al servicio de Dios y de los demás?
2. Ni siquiera la construcción del santuario justificaba dejar el sábado. ¿Qué lugar ocupa el domingo en tu semana?
3. La ley nueva se escribe en el corazón con el dedo de Dios. ¿Qué te gustaría que el Espíritu escribiera en el tuyo?

Para orar. *Espíritu Santo, dedo de la diestra del Padre, escribe en mi corazón la ley del amor.*

32

El becerro de oro

Mientras Moisés recibe en la cumbre las instrucciones para la morada donde Dios quiere habitar, abajo el pueblo se fabrica un dios a su medida. El capítulo tiene cuatro escenas: el becerro y la fiesta (vv. 1-6); el diálogo en el monte, donde Dios amenaza y Moisés intercede (vv. 7-14); el descenso, con las tablas rotas, el becerro molido y el castigo (vv. 15-29), y la nueva subida de Moisés, que se ofrece por su pueblo (vv. 30-35). Es la gran caída de Israel, comparable a la de Adán: la alianza recién sellada con sangre (24,3-8) se rompe al pie del mismo monte.

El becerro y la fiesta

1 Mas viendo el pueblo que Moisés tardaba en bajar del
monte [1], levantándose contra Aarón, dijo: Ea, haznos dio-
ses que nos guíen [2], ya que no sabemos qué ha sido de
Moisés, de ese hombre que nos sacó de la tierra de Egipto.
2 Les respondió Aarón: Tomad los pendientes de oro [3] de
las orejas de vuestras mujeres y de vuestros hijos e hijas, y
traédmelos. 3 E hizo el pueblo lo que había ordenado, tra-
yendo los pendientes a Aarón.

4 El cual, habiéndolos recibido, los hizo fundir y vaciar en
un molde, y formó de ellos un becerro de oro [4]. Dijeron

entonces los israelitas: Estos son tus dioses, ¡oh Israel! [5], que te han sacado de la tierra de Egipto. [5] Lo que visto por Aarón, edificó un altar delante del becerro, y mandó publicar a voz de pregonero, diciendo: Mañana es la gran fiesta del Señor [6]. [6] Y levantándose de mañana, sacrificaron holocaustos y hostias pacíficas; y el pueblo todo se sentó a comer y beber, y se levantaron después a divertirse [7] en honor del becerro.

La ira de Dios y la súplica de Moisés

[7] Y el Señor habló a Moisés, diciendo: Anda, baja; pecado ha tu pueblo, que sacaste [8] de la tierra de Egipto. [8] Pronto se han desviado del camino que les enseñaste; se han formado un becerro de fundición y adorádole; y sacrificándole víctimas, han dicho: Estos son tus dioses, ¡oh Israel!, que te han sacado de la tierra de Egipto. [9] Y añadió el Señor a Moisés: Veo que ese pueblo es de dura cerviz [9]. [10] Déjame [10] desahogar mi indignación contra ellos, y acabarlos; que yo te haré a ti caudillo de una nación grande.

[11] Moisés rogaba al Señor Dios suyo [11], diciendo: ¿Por qué, oh Señor, se enardece así tu furor contra el pueblo tuyo, que tú sacaste de la tierra de Egipto con fortaleza grande y mano poderosa? [12] ¡Ah! que no digan, te ruego, jamás los egipcios: Los sacó maliciosamente [12] fuera de Egipto para matarlos en los montes y exterminarlos de la tierra. Apláquese tu ira, y perdona la maldad de tu pueblo.

13 Acuérdate de Abrahán, de Isaac y de Israel, tus siervos, a
los cuales por ti mismo juraste [13], diciendo: Multiplicaré
vuestra descendencia como las estrellas del cielo; y toda
esta tierra de que os tengo hablado, se la daré a vuestra
posteridad, y la poseeréis para siempre. 14 Con esto se apla-
có el Señor [14], y dejó de ejecutar contra su pueblo el casti-
go que había dicho.

Las tablas rotas

15 Entonces Moisés bajó del monte, trayendo en su mano
las dos tablas de la ley, escritas por ambas partes, 16 y labra-
das por Dios [15]; así como era también de la mano de Dios
la letra grabada en ellas. 17 Mas oyendo Josué el tumulto
del pueblo que voceaba, dijo a Moisés: Alaridos de guerra
se oyen en los campamentos. 18 Respondió él: No es grite-
ría de gentes que se exhorten al combate, ni vocería de los
que fuerzan a otros a la fuga; lo que oigo yo es alabanza de
gentes que cantan [16].

19 Y habiéndose acercado ya al campamento vio el becerro
y las danzas; e irritado sobremanera, arrojó de la mano las
tablas, y las hizo pedazos [17] a la falda del monte; 20 y arre-
batando el becerro que habían hecho, le arrojó al fuego, y
le redujo después a polvos, los cuales esparció sobre las
aguas, y se los dio a beber a los hijos de Israel [18].

21 Dijo después a Aarón: ¿Qué es lo que te ha hecho este
pueblo, para que acarrearas sobre él tan enorme pecado?
22 No se enoje mi Señor, respondió Aarón, tú conoces bien
a este pueblo, y sabes cuán inclinado es al mal. 23 Me dije-
ron: Haznos dioses que nos guíen; pues aquel Moisés, que
nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos qué es lo que le
ha sucedido. 24 Les respondí yo: ¿Quién de vosotros tiene
oro? Le trajeron, y me lo dieron; lo eché en el fuego, y salió
de él ese becerro [19].

25 Viendo, pues, Moisés que el pueblo estaba despojado [20],
(desde que Aarón le había puesto tal con la asquerosa abo-
minación del ídolo, y dejádole desnudo o desarmado en
medio de los enemigos), 26 poniéndose a la puerta del cam-
pamento, dijo: El que sea del Señor, júntese conmigo. Se le
reunieron luego todos los hijos de Leví, 27 a los cuales dijo:
Esto dice el Señor Dios de Israel: Ponga cada cual la espada
a su lado; pasad y traspasad por medio del campamento
desde una a otra puerta, y cada uno mate aunque sea al
hermano [21], y al amigo, y al vecino. 28 Ejecutaron los levi-
tas la orden de Moisés; y perecieron en aquel día como
unos veintitrés mil hombres [22]. 29 Y Moisés les dijo: Hoy
habéis consagrado vuestras manos al Señor [23], matando
cada uno con santo celo, aun al propio hijo y al hermano;
por lo que seréis benditos.

«Bórrame de tu libro»

30 Al día siguiente dijo Moisés al pueblo: Habéis cometido
un pecado enorme; subiré al Señor, a ver si puedo incli-
narle de algún modo [24] a que se apiade de vosotros. 31 Y
habiendo vuelto al Señor, dijo: Dígnate escucharme, oh
Señor: Este pueblo ha cometido un pecado gravísimo; se
ha fabricado dioses de oro, Señor, o perdónales esta culpa,
32 o si no lo haces, bórrame del libro tuyo en que me tienes
escrito [25].

33 Le respondió el Señor: Al que pecare contra mí, a ése bo-
rraré yo de mi libro. 34 Mas tú ve, y conduce a ese pueblo
donde te tengo dicho. Mi ángel irá delante de ti. Si bien yo
en el día de la venganza castigaré todavía este pecado que
han cometido. 35 En efecto, el Señor castigó al pueblo por
el crimen del becerro que Aarón les hizo.

¿Sabías que?

El compositor austriaco Arnold Schoenberg dedicó a estos capítulos su ópera *Moisés y Aarón*, compuesta entre 1930 y 1932. Moisés, que ha conocido al Dios invisible y no sabe expresarlo, casi no canta: habla con una voz entre el canto y la palabra. Aarón, elocuente, traduce la idea en imágenes, y el pueblo termina bailando ante el becerro de oro en la escena más famosa de la obra. El segundo acto se cierra con el grito de Moisés: «¡Oh palabra, palabra que me falta!». Schoenberg nunca compuso la música del tercer acto.

Las intercesiones de Moisés

Pasaje	Lo que pide	Con qué argumento, y qué obtiene
32,11-14	Que Dios no destruya al pueblo después del becerro	Es «tu pueblo», sacado con mano poderosa; ¿qué dirán los egipcios?; acuérdate de tu juramento a los patriarcas. Dios «se aplacó» (v. 14)
32,30-32	Perdón; si no, ser borrado del libro de Dios	No alega nada: se ofrece con su pueblo. Dios no acepta el canje, pero manda seguir el camino con un ángel (vv. 33-34)
33,12-17	Conocer sus caminos, y que Dios mismo vaya con ellos	«Me conoces por mi nombre»; «esta nación es tu pueblo»; solo tu presencia nos distingue. «Haré lo que me pides» (v. 17)
33,18	Ver la gloria de Dios	La amistad: ha hallado gracia a sus ojos. Verá su bondad y sus espaldas, no su rostro (vv. 19-23)
34,8-9	Que vaya con el pueblo, perdone y lo tome por heredad	«Porque es un pueblo de dura cerviz»: su necesidad, y el nombre misericordioso recién revelado. Dios renueva la alianza (v. 10)
Nm 14,13-19	Perdón tras la rebelión de los exploradores	Las naciones dirán que el Señor no pudo; le recuerda sus propias palabras de Éx 34,6-7. «Perdono, como me pides» (Nm 14,20)
Dt 9,25-29	Que no destruya a «tu pueblo y tu heredad»	Tú lo rescataste; acuérdate de los patriarcas; no mires su terquedad; que no digan que no pudiste llevarlos o que los odiabas

Moisés nunca alega los méritos del pueblo: apela a la fidelidad, al honor y a la misericordia de Dios. «Se puso en la brecha frente a él para apartar su furor» (Sal 106,23). Jeremías lo recuerda, con Samuel, como el gran intercesor de Israel (Jr 15,1), y el Catecismo ve en sus argumentos la audacia de los grandes orantes (n. 2577).

PARA PROFUNDIZAR

El becerro de oro: la idolatría de siempre

¿Por qué un becerro? Desde la Antigüedad se pensó en Egipto, donde se veneraba en Menfis al buey Apis, imagen viva del dios Ptah; ya Filón de Alejandría, en el siglo I, dijo que los israelitas imitaron al animal más sagrado de aquella tierra (Vida de Moisés II,161-162). Pero el toro era también la imagen divina por excelencia en Canaán y en Siria. En los textos de Ugarit, el dios supremo se llama «el Toro El», y Baal aparece asociado al novillo. Los arqueólogos han encontrado figuras así en la tierra de Israel: un becerrito de bronce plateado, con su pequeño santuario de barro, en Ascalón (hacia 1600 a. C., hallado en 1990), y un toro de bronce del siglo XII a. C. en las colinas de Samaria. Muchos estudiosos piensan que el toro no representaba siempre al dios mismo, sino el pedestal sobre el que se imaginaba de pie al dios invisible, como los querubines del arca eran el trono del Señor.

El Éxodo no es el único lugar donde aparecen becerros de oro. Cuando el reino se dividió, hacia el 930 a. C., Jeroboán, rey del norte, puso dos becerros de oro en Betel y en Dan para que su pueblo no peregrinara a Jerusalén, y los presentó con la misma frase: «Aquí tienes a tus dioses, Israel, los que te sacaron de la tierra de Egipto» (1 Re 12,28). Oseas se burlará de aquel culto: «¡Los hombres besan becerros!» (Os 13,2; ver 8,5-6). Por eso muchos estudiosos creen que el relato del capítulo 32 se contó, o se reformuló, como una condena del santuario de Betel. La Biblia, en todo caso, hizo de él una advertencia para todas las generaciones: «cambiaron su gloria por la imagen de un toro que come

hierba» (Sal 106,20), palabras de las que se hace eco san Pablo al describir la idolatría de los paganos (Rom 1,23), y Esteban las recuerda ante el Sanedrín (Hch 7,39-41).

El Catecismo explica que la idolatría no se refiere solo a los falsos cultos del paganismo: es una tentación constante de la fe, y consiste en divinizar lo que no es Dios. Hay idolatría cuando el hombre honra y reverencia a una criatura en lugar de Dios, sean dioses o demonios, el poder, el placer, la raza, los antepasados, el Estado o el dinero, y recuerda la palabra de Jesús: «No podéis servir a Dios y al dinero» (Mt 6,24; Catecismo, nn. 2112-2113). Por eso la idolatría es una perversión del sentido religioso del hombre: el idólatra, dice Orígenes, aplica a cualquier cosa, en lugar de a Dios, su indestructible noción de Dios (n. 2114).

El mecanismo del becerro sigue vivo. El pueblo tiene miedo al vacío que deja Moisés, toma lo más valioso que posee y lo convierte en algo que se puede ver, tocar y controlar. San Pablo llama a la avaricia «una idolatría» (Col 3,5) y habla de aquellos «cuyo dios es el vientre» (Flp 3,19). El ídolo moderno rara vez tiene forma de toro: puede ser el éxito, la imagen, la seguridad económica, una ideología o una persona a la que se pide lo que solo Dios puede dar. La Iglesia, sin embargo, venera imágenes de Cristo y de los santos, y no ve en ello idolatría: Dios mismo mandó hacer querubines para el arca (n. 2130), y desde que el Hijo se hizo visible, la imagen no sustituye a Dios, sino que remite a aquel que se dejó ver (nn. 2131-2132). El becerro era un dios hecho por manos humanas; el icono apunta al Dios que se hizo hombre.

La respuesta de Dios a la idolatría no es solo destruir el ídolo, sino suscitar un intercesor. El Catecismo dedica a la oración de Moisés algunas de sus páginas más hermosas: después de la apostasía del pueblo, Moisés «se mantiene en la brecha» ante Dios para salvarlo (Sal 106,23), y los argumentos de su oración (Dios es amor y por tanto fiel, no puede contradecirse, su gloria está en juego, no puede abandonar a un pueblo que lleva su nombre) inspirarán la audacia de los grandes orantes de Israel y de la Iglesia (n. 2577). Moisés anuncia así al único mediador, Cristo, «que vive siempre para interceder» por nosotros (Heb 7,25), y enseña a cada creyente que ante la idolatría propia y ajena el primer remedio es volver a Dios en oración.

PAUSA

1. El pueblo no supo esperar a Moisés y se fabricó un dios visible. ¿Qué «becerros» te fabricas cuando Dios parece callar?
2. Aarón culpó al pueblo y al fuego. ¿Te cuesta reconocer tu propia responsabilidad?
3. Moisés se puso «en la brecha» por su pueblo. ¿Por quién intercedes tú con perseverancia?

Para orar. *Señor, líbrame de los ídolos que yo mismo me fabrico, y enséñame a interceder por los demás como Moisés.*

33

«Muéstrame tu gloria»

Después del pecado, la gran pregunta es si Dios seguirá caminando con su pueblo. Dios ofrece la tierra prometida, pero sin su presencia: irá un ángel (vv. 1-6). Mientras tanto, Moisés conversa con el Señor en una tienda fuera del campamento, «cara a cara, como un hombre suele hablar a un amigo» (vv. 7-11). Y en uno de los diálogos más audaces de la Biblia, Moisés obtiene de Dios la promesa de ir con ellos, y pide todavía más: «Muéstrame tu gloria» (vv. 12-23). Todo el capítulo gira en torno a una palabra hebrea, panim, «rostro» o «presencia».

Un ángel en lugar de Dios

1 Habló después el Señor a Moisés, diciendo: Anda, parte
de este lugar tú y el pueblo tuyo que sacaste de la tierra de
Egipto, a la tierra que tengo prometida con juramento a
Abrahán, a Isaac y a Jacob, diciendo: A tu descendencia se
la daré. 2 Y enviaré por precursor tuyo a un ángel [1], y
echaré del país al cananeo, y al amorreo, y al heteo y al fe-
rezeo, y al heveo y al jebuseo; 3 a fin de que entres en la tie-
rra que mana leche y miel. Porque yo no subiré a aquel
país contigo [2]; no sea que me viese obligado a destruirte
en el camino, siendo como eres un pueblo de dura cerviz.

[4] Oyendo el pueblo estas tremendas palabras, prorrumpió en llanto; y ninguno se vistió con su acostumbrado adorno [3]. [5] Pues dijo el Señor a Moisés: Di a los hijos de Israel: Eres pueblo de dura cerviz; si yo llego una vez a aparecer en medio de ti, te exterminaré. Ahora bien, quítate tus atavíos para ver qué tengo de hacer contigo. [6] Se despojaron, pues, los hijos de Israel de sus galas, al pie del monte Horeb [4].

La tienda del encuentro

[7] Y Moisés, también recogiendo el Tabernáculo, le puso o extendió lejos, fuera del campamento [5]; y le llamó Tabernáculo de la Alianza [6]. Por lo cual todos los del pueblo que tenían alguna cosa que consultar, salían fuera del campamento al Tabernáculo de la Alianza. [8] Y cuando Moisés salía para ir al Tabernáculo, se levantaban todas las gentes, y quedaba cada cual en pie a la puerta de su pabellón, siguiendo con sus ojos tras de Moisés, hasta que entraba en el Tabernáculo.

[9] Entrado ya en el Tabernáculo de la Alianza, descendía la columna de nube [7], y quedaba fija en la puerta, y hablaba Dios con Moisés, [10] viendo todos cómo la columna de nube quedaba fija en la puerta del Tabernáculo. Y así estaban ellos mismos también a las puertas de sus pabellones, adorando allí al Señor. [11] El Señor hablaba a Moisés cara a cara, como un hombre suele hablar a un amigo [8]. Y cuan-

do él volvía al campamento, el joven Josué [9], ministro o servidor suyo, hijo de Nun, no se apartaba del Tabernáculo.

«Muéstrame tu gloria»

[12] Dijo Moisés al Señor: Tú me mandas que salga conduciendo a este pueblo; y no me haces saber quién es aquel a quien has de enviar conmigo, y eso habiéndome dicho: Te conozco o amo particularmente [10], y has hallado gracia en mis ojos. [13] Si es así que yo he hallado gracia en tu presencia, muéstrame tu rostro [11], para que yo te conozca, y halle gracia ante tus ojos; vuélvelos sobre esta nación, la cual es el pueblo tuyo. [14] Respondió el Señor: Yo mismo iré en persona delante de ti [12] y te procuraré el descanso [13]. [15] Replicó Moisés: Si tú mismo no vas delante, no nos hagas salir de este sitio [14]. [16] ¿Pues en qué podremos conocer yo y tu pueblo haber hallado gracia en tu acatamiento, si no vienes con nosotros, para que seamos respetados de todos los pueblos [15] que habitan en la tierra? [17] Respondió el Señor a Moisés: También haré lo que me acabas de pedir; porque has hallado gracia en mis ojos, y te tengo conocido o te amo muy particularmente.

[18] Le dijo Moisés: Muéstrame tu gloria [16]. [19] Respondió el Señor: Yo te mostraré a ti todo el bien [17], y pronunciaré el nombre inefable del Señor delante de ti. Yo usaré de misericordia con quien quisiere [18], y haré gracia a quien me

plazca. [20] En cuanto a ver mi rostro, prosiguió el Señor, no lo puedes conseguir; porque no me verá hombre ninguno, sin morir [19].

[21] Mas yo tengo aquí, añadió, un paraje especial mío [20]. Tú, pues, te estarás sobre aquella peña; [22] y al tiempo de pasar mi gloria, te pondré en el resquicio de la peña [21], y te cubriré con mi mano derecha, hasta que yo haya pasado. [23] Después apartaré mi mano, y verás mis espaldas [22]; pero mi rostro no podrás verle.

¿Sabías que?

El Talmud, con su lenguaje lleno de imágenes, dice que en esta escena Dios mostró a Moisés «el nudo de sus filacterias» (Berajot 7a). Las filacterias (tefilín) son dos cajitas de cuero con textos de la Torá que los judíos se atan con correas al brazo y a la frente para la oración de la mañana; el nudo queda en la nuca, por detrás. Y en otra página cercana, el Talmud se pregunta qué texto hay en las filacterias de Dios, y responde: «¿Quién como tu pueblo Israel, nación única en la tierra?» (1 Cr 17,21; Berajot 6a). Israel lleva en la frente la palabra de Dios, y Dios lleva en la suya a su pueblo.

PARA PROFUNDIZAR

Ver el rostro de Dios

El capítulo 33 parece contradecirse. En el v. 11 se dice que «el Señor hablaba a Moisés cara a cara, como un hombre suele hablar a

un amigo», y en el v. 20 el mismo Señor le advierte: «no me verá hombre ninguno, sin morir». Los dos versículos no hablan de lo mismo. «Cara a cara» es una expresión hebrea para la relación directa y familiar, sin intermediarios; Números dice «boca a boca» (Nm 12,8), y el Deuteronomio cierra la vida de Moisés recordando que el Señor lo trataba cara a cara (Dt 34,10). «Ver el rostro», en cambio, es contemplar a Dios tal como es, en su gloria, algo que ninguna criatura puede soportar en esta vida. Moisés conoce a Dios como un amigo, y precisamente por eso desea más: su petición «muéstrame tu gloria» nace de la intimidad, no de la distancia.

El evangelio de Juan retoma la escena. Después de recordar que «la ley fue dada por medio de Moisés; la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo», concluye: «A Dios nadie lo ha visto jamás; el Hijo único, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer» (Jn 1,17-18). Lo que Moisés pidió en el Sinaí se concede en un rostro humano. Cuando Felipe, como Moisés, pide «muéstranos al Padre», Jesús responde: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Jn 14,8-9). San Pablo dirá que la gloria de Dios brilla «en el rostro de Cristo» (2 Cor 4,6), imagen del Dios invisible (Col 1,15). En el monte de la Transfiguración, Moisés aparece conversando con Jesús, envuelto en la gloria (Lc 9,30-32): el hombre que solo vio a Dios «de espaldas» lo contempla ahora en el rostro del Hijo.

Pero incluso para el cristiano la visión plena está por venir. «Ahora vemos como en un espejo, confusamente; entonces veremos cara a cara» (1 Cor 13,12). El Catecismo enseña que los que mueren en la gracia de Dios y están perfectamente purificados

viven para siempre con Cristo y lo ven «tal cual es» (1 Jn 3,2), cara a cara (n. 1023), y cita la constitución Benedictus Deus del papa Benedicto XII (1336), según la cual las almas de los santos ven la esencia divina con una visión intuitiva, sin mediación de ninguna criatura. A causa de su trascendencia, añade, Dios solo puede ser visto tal cual es cuando él mismo abre su misterio a la contemplación del hombre y le da la capacidad para ello: es lo que la Iglesia llama la «visión beatífica» (n. 1028). La prohibición del v. 20 no queda abolida, sino superada: hay que «morir» a esta vida para ver a Dios, y entonces se cumplirá la promesa del Apocalipsis: «verán su rostro» (Ap 22,4).

San Gregorio de Nisa, a finales del siglo IV, escribió la *Vida de Moisés*, una lectura espiritual de toda su historia como un ascenso hacia Dios. En el libro II se pregunta cómo es posible que el hombre que hablaba con Dios cara a cara pida todavía verlo. Su respuesta es una de las páginas más bellas de la teología cristiana: el alma que ama a Dios nunca se sacia, porque Dios es infinito, y cada cosa que recibe enciende en ella un deseo mayor. «Esto es realmente ver a Dios: no saciarse nunca en el deseo de verlo» (Vida de Moisés II,239). Y por eso Dios le muestra la espalda: ver a Dios es seguirlo, ir siempre detrás de él. Los estudiosos llaman a esta idea de Gregorio epéktasis, tomando la palabra de san Pablo: «me lanzo hacia lo que está por delante» (Flp 3,13).

Para el creyente, la lección es doble. Por una parte, Dios ya nos ha mostrado su rostro en Cristo, y lo seguimos viendo en su palabra, en la Eucaristía y en el rostro de los pobres (Mt 25,40). Por otra, nadie puede decir que ya ha visto bastante. La fe vive en la tensión de Moisés: conocer a Dios como amigo y desear verlo

más. El salmista lo resume: «Tu rostro buscaré, Señor; no me escondas tu rostro» (Sal 27,8-9). Y Jesús promete que esa búsqueda tiene meta: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (Mt 5,8).

PAUSA

1. Moisés prefirió el desierto con Dios a la tierra prometida sin él. ¿Qué dones de Dios te tientan a olvidarte del Dador?
2. ¿Tienes una «tienda del encuentro», un lugar y un tiempo para hablar con Dios como con un amigo?
3. Moisés vio a Dios «de espaldas», después de que pasó. ¿Dónde reconoces el paso de Dios al mirar atrás en tu vida?

Para orar. *Señor, que tu rostro vaya conmigo; si tú no vienes, no quiero salir de aquí.*

34

La alianza renovada

Dios vuelve a empezar. Moisés sube otra vez al Sinaí con dos tablas nuevas, labradas por él mismo (vv. 1-4), y el Señor pasa ante él proclamando su nombre: «misericordioso y clemente» (vv. 5-9). Es el centro teológico del libro, la respuesta de Dios al pecado del becerro. Sigue la renovación de la alianza, con un resumen de leyes sobre la idolatría, las fiestas y las primicias (vv. 10-28), y un final luminoso: Moisés baja con el rostro radiante y tiene que cubrirlo con un velo (vv. 29-35). Después de la infidelidad, Dios no rebaja la alianza: revela mejor quién es.

Las nuevas tablas

1 Dijo después el Señor: Labra dos tablas de piedra [1], semejantes a las primeras, y escribiré en ellas las palabras que contenían las tablas que hiciste pedazos. 2 Prepárate para mañana a subir luego al monte Sinaí, y estarás conmigo sobre la cima del monte. 3 Ninguno suba contigo, ni aparezca nadie en todo el monte: ni aun los bueyes y ovejas pazcan enfrente de él. 4 Cortó, pues, dos tablas de piedra, como las anteriores; y madrugando, subió con ellas antes del día al monte Sinaí, como le había ordenado el Señor.

El Señor proclama su nombre

5 Y descendido que hubo el Señor en medio de una nube, se
estuvo Moisés con él, pronunciando en alta voz el nombre
del Señor [2]. 6 El cual, pasando por delante de él [3], dijo:
Soberano Dominador, Señor Dios [4], misericordioso y
clemente [5], sufrido y piadosísimo, y verídico [6], 7 que con-
servas la misericordia para millares [7], que borras la
iniquidad y los delitos, y los pecados; en cuya presencia
ninguno de suyo es inocente [8], y que castigas la maldad de
los padres en los hijos [9] y nietos hasta la tercera y cuarta
generación.

8 Al instante Moisés se postró de cara sobre el suelo, y ado-
rando a Dios, 9 dijo: Señor, si he hallado gracia en tus ojos,
te suplico que vengas con nosotros (siendo como es este
pueblo de dura cerviz [10]), y perdones nuestras maldades y
pecados, y tomes posesión de nosotros [11].

La alianza renovada

10 Respondió el Señor: Yo estableceré alianza con este pue-
blo en presencia de todos; haré prodigios nunca vistos [12]
sobre la tierra, ni en nación alguna; para que vea ese pue-
blo que tú conduces la obra terrible que yo, el Señor, he de
hacer. 11 Tú observa todas las cosas que yo te encomiendo
en este día; y yo mismo arrojaré de delante de ti al amo-
rreo, y al cananeo, y al heteo, al ferezeo también, y al he-

veo y al jebuseo. [12] Guárdate de contraer jamás amistad
con los habitantes de aquella tierra, lo que ocasionaría tu
ruina. [13] Antes bien, destruye sus altares, rompe sus esta-
tuas, y arrasa los bosquetes consagrados a sus ídolos [13].
[14] No quieras adorar a ningún dios extranjero. El Señor tie-
ne por nombre Celoso [14]. Dios quiere ser amado él solo.
[15] No hagas liga con los habitantes de aquellos países; no
sea que después de haberse corrompido con sus dioses [15],
y adorado sus estatuas o simulacros, alguno te convide a
comer de las cosas sacrificadas. [16] Ni desposarás a tus hijos
con las hijas de ellos; no suceda que después de haber ido-
latrado ellas, induzcan también a tus hijos a corromperse
con la idolatría. [17] No te formes dioses de fundición [16].

[18] Guardarás la fiesta de los ázimos. Por siete días comerás
pan ázimo, como te tengo mandado, en el tiempo del mes
de los nuevos frutos; porque en el mes de la primavera fue
cuando saliste de Egipto. [19] Todos los primeros nacidos,
que fueren del sexo masculino, serán míos; de todos los
animales, tanto de vacas como de ovejas, el primerizo será
mío. [20] El primerizo del asno le rescatarás con una oveja;
en caso de que no dieres el rescate, será muerto. Los pri-
mogénitos de tus hijos los redimirás [17]; no comparecerás
en mi presencia con las manos vacías. [21] Seis días trabaja-
rás: el día séptimo no ararás, ni segarás. [22] Celebrarás la
fiesta de Pentecostés [18] con las primicias de tus mieses de

trigo; y otra fiesta, cuando al fin del año se recogen todos los frutos. 23 En tres tiempos del año se presentarán todos tus varones delante del Omnipotente Señor Dios de Israel. 24 Porque cuando yo hubiere arrojado de tu presencia aquellas naciones, y ensanchado tus términos, nadie pensará en invadir tu país, en el tiempo que tú subirás a presentarte al Señor Dios tuyo tres veces al año. 25 No ofrecerás con levadura la sangre de mi víctima; ni de la víctima solemne de la Pascua quedará nada para la mañana siguiente. 26 Ofrecerás las primicias de los frutos de tu tierra en la casa del Señor tu Dios. No cocerás el cabrito en la leche de su madre.

27 Añadió el Señor a Moisés: Pon por escrito estas cosas, mediante las cuales he contraído alianza contigo, y con los hijos de Israel. 28 Se mantuvo, pues, allí con el Señor por espacio de cuarenta días y cuarenta noches: todo ese tiempo estuvo sin comer ni beber cosa alguna [19]: y escribió el Señor en las tablas de los diez mandamientos de la alianza [20].

El rostro radiante de Moisés

29 Y al bajar Moisés del monte Sinaí, traía consigo las dos tablas de la ley, mas no sabía [21] que a causa de la conversación con el Señor, despedía su rostro rayos de luz [22]. 30 Aarón, pues, y los hijos de Israel, viendo resplandeciente la cara de Moisés, temieron acercársele. 31 Pero llama-

dos por éste, volvieron así Aarón, como los príncipes de la sinagoga [23]. 32 Y después que les habló, se llegaron también a él todos los hijos de Israel, a los cuales expuso todas las órdenes que había recibido del Señor en el monte Sinaí.

33 Y acabado el razonamiento, puso un velo sobre su rostro [24]. 34 El cual se lo quitaba cuando entraba a tratar con el Señor, hasta que, saliendo, comunicaba a los hijos de Israel todo lo que se le había ordenado. 35 Cuando salía Moisés del Tabernáculo [25], los israelitas veían su cara despidiendo rayos de luz; mas él la cubría de nuevo, siempre que les hablaba.

¿Sabías que?

En 1773 el joven Goethe publicó, sin firmarlo, un breve escrito titulado *¿Qué había en las tablas de la alianza*? Observó que en este capítulo Dios manda escribir «estas cosas» después de una serie de leyes sobre el culto (vv. 10-26), y concluyó que las tablas no contenían los mandamientos del capítulo 20, sino estos. En el siglo XIX, Julius Wellhausen retomó la idea, y desde entonces muchos estudiosos llaman a 34,10-26 el «decálogo ritual» o «cultual», aunque hoy bastantes lo consideran una recopilación tardía más que un decálogo antiguo. La tradición judía y la cristiana, siguiendo Dt 10,4, entienden que las segundas tablas repetían las diez palabras de las primeras.

PARA PROFUNDIZAR

«Misericordioso y clemente»: el retrato de Dios

Después del becerro de oro, el lector espera un castigo ejemplar. Lo que llega es una revelación. Dios pasa ante Moisés y proclama su propio nombre: «Señor, Señor, Dios misericordioso y clemente, lento a la ira y rico en amor y fidelidad, que conserva su amor por mil generaciones, que perdona la culpa, el delito y el pecado, pero no deja nada sin castigo» (34,6-7, según el hebreo). Es lo más parecido a un autorretrato de Dios en toda la Biblia: no describe lo que Dios hizo, sino quién es. Lo describe por su modo de tratar a un pueblo pecador. La misericordia aparece en primer lugar y con cinco palabras; la justicia, al final, sin quedar anulada. El perdón alcanza los tres nombres del mal (culpa, delito y pecado), y la fidelidad, a millares de generaciones.

Esta fórmula se convirtió en una especie de credo de Israel, y resuena por toda la Escritura. Moisés se la recuerda a Dios cuando el pueblo vuelve a rebelarse en el desierto (Nm 14,18). Joel la usa para llamar a la conversión: «Rasgad vuestro corazón y no vuestros vestidos, y volved al Señor vuestro Dios, porque es clemente y misericordioso, lento a la ira y rico en amor» (Jl 2,13), palabras que la Iglesia escucha cada Miércoles de Ceniza. Jonás la cita con fastidio, enojado porque Dios ha perdonado a Nínive, la enemiga de Israel: «sabía que eres un Dios clemente y misericordioso» (Jon 4,2). Y los salmos la convierten en oración (Sal 86,15; 103,8; 145,8): «El Señor es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia». Lo que empezó como un relato terminó siendo la manera de rezar de todo un pueblo.

El Catecismo dedica a esta escena un lugar central al explicar el nombre de Dios. Tras el pecado de Israel, Dios escucha la intercesión de Moisés y acepta caminar en medio de un pueblo infiel, manifestando así su amor; y cuando Moisés pide ver su gloria, Dios proclama su nombre misericordioso (n. 210). El nombre «Yo soy», revelado en la zarza, expresa la fidelidad de un Dios que mantiene su amor a pesar de la infidelidad del hombre; Dios se revela «rico en misericordia» (Ef 2,4) hasta dar a su propio Hijo, y Jesús, al dar su vida para librarnos del pecado, revela que él mismo lleva el nombre divino: «cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces sabréis que Yo soy» (Jn 8,28; Catecismo, n. 211). Las dos palabras finales, amor y fidelidad, condensan para el Catecismo toda la riqueza del nombre divino (n. 214).

El papa Francisco abrió con este versículo la bula con que convocó el Jubileo de la Misericordia, *Misericordiae vultus* (2015): Jesucristo es el rostro de la misericordia del Padre, y el Padre, después de revelar su nombre a Moisés como Dios compasivo y misericordioso, no ha dejado de dar a conocer su naturaleza divina (n. 1). Más adelante explica que «paciente y misericordioso» es el binomio con que el Antiguo Testamento describe a menudo la naturaleza de Dios, y que su misericordia no es una idea abstracta, sino un amor concreto, como el de un padre o una madre que se conmueven en lo más profundo de sus entrañas por su hijo: un amor «visceral» (n. 6). Es exactamente lo que dice la palabra hebrea rajum.

El capítulo termina con otro retrato: el rostro de Moisés, que brilla después de hablar con Dios (34,29). El verbo hebreo qaran, de qéren, «cuerno», significa aquí «irradiar». Los Setenta entendie-

ron que su rostro «había sido glorificado», pero el traductor judío Áquila, en el siglo II, puso «cornudo», y san Jerónimo lo siguió en la Vulgata: «su rostro era cornudo» (cornuta). El propio Jerónimo, en su comentario a Ezequiel, da las dos palabras por equivalentes: el rostro de Moisés estaba «glorificado o, como dice el hebreo, cornudo»; en la Biblia, el cuerno es símbolo de fuerza y de gloria. Pero desde el siglo XI los artistas empezaron a pintar a Moisés con dos cuernos, y así lo esculpió Miguel Ángel, hacia 1513-1515, para el sepulcro del papa Julio II, en la iglesia de San Pietro in Vincoli de Roma. Torres Amat prefirió traducir el sentido, «rayos de luz». El rostro de Moisés brilla después de escuchar el nombre misericordioso de Dios: quien contempla la misericordia queda transfigurado por ella, y san Pablo lo promete a todos: con el rostro descubierto, reflejando la gloria del Señor, nos vamos transformando en su imagen (2 Cor 3,18).

PAUSA

1. Dios respondió al pecado revelando su misericordia. ¿Cómo es la imagen de Dios que llevas dentro: más juez o más Padre?
2. Moisés no sabía que su rostro brillaba. ¿Qué reflejo de Dios podrían ver otros en ti sin que tú lo notes?
3. ¿Qué «velo» cubre tu corazón cuando lees la Escritura?

Para orar. *Señor, Dios misericordioso y clemente, lento a la ira y rico en amor, perdona mis pecados y camina conmigo.*

35

Las ofrendas del pueblo

Después del pecado y del perdón, Israel construye por fin la morada. Los capítulos 35-40 repiten, casi palabra por palabra, las instrucciones de los capítulos 25-31, pero ahora como relato de lo que se hizo: lo que Dios mandó, Israel lo cumple. Este capítulo abre la obra con el precepto del sábado (vv. 1-3), la invitación a ofrecer de corazón (vv. 4-19), la respuesta generosa de hombres y mujeres (vv. 20-29) y la presentación de los artistas, Beseleel y Ooliab, llenos del espíritu de Dios (vv. 30-35). El oro que sirvió para el becerro se convierte en ofrenda para la casa de Dios.

El sábado

1 Congregada, pues, toda la muchedumbre [1] de los hijos de
Israel, les dijo: Estas son las cosas que el Señor ha manda-
do que se hagan: 2 Seis días trabajaréis, el séptimo día será
para vosotros santo [2], por ser el sábado y descanso del Se-
ñor. El que trabajare en él, será castigado de muerte. 3 No
encenderéis fuego [3] en ninguna morada vuestra en día de
sábado.

La ofrenda

4 Dijo asimismo Moisés a toda la congregación de los hijos
de Israel: Este es el precepto que ha dado el Señor. 5 De

vuestras cosas, dice, poned aparte las primicias que cada
uno espontáneamente y de buen corazón [4] quiere ofrecer
al Señor: oro, plata y cobre, [6] jacinto y púrpura, y grana
dos veces teñida, y lino fino, pelo de cabra, [7] pieles de car-
neros teñidos de rojo y moradas, maderas de setim, [8] y
aceite para mantener las lámparas, y aromas para confec-
cionar el ungüento, y los perfumes de suavísimo olor, [9] las
piedras oniquinas, y demás pedrería para ornato del efod
o superhumeral y del pectoral.

[10] El que sea entre vosotros artífice hábil [5] venga a hacer
las cosas que el Señor ha mandado; [11] es a saber: el Taber-
náculo y su techo, y la cubierta, las argollas, los tablones
con los travesaños, las estacas y las basas; [12] el arca y sus
varas, el propiciatorio y el velo que se ha de extender de-
lante, [13] la mesa con sus varas y vasos y panes de la propo-
sición; [14] el candelero que ha de sostener las lámparas, sus
instrumentos, y candilejas, y el aceite para cebo de las lu-
ces; [15] el altar del incienso y sus varas, el óleo de la unción
sagrada, el perfume compuesto de aromas, el velo para la
entrada del Tabernáculo; [16] el altar de los holocaustos y su
rejilla de bronce, con las varas para transportarle, y lo de-
más de su servicio, la concha para el lavatorio con su basa,
[17] las cortinas del atrio con las columnas y basas, el velo o
cortinón para la puerta del atrio, [18] las estacas del Taber-
náculo y del atrio con sus cuerdas; [19] los ornamentos que

sirven para el ministerio del Santuario, las vestiduras del pontífice Aarón y de sus hijos para las funciones de mi sacerdocio.

La generosidad del pueblo

20 Luego, pues, que se separaron de la presencia de Moisés
los hijos de Israel, 21 ofrecieron todos al Señor con ánimo
prontísimo y devoto [6] lo mejor de las cosas que tenía, para
la fábrica del Tabernáculo del Testimonio, y para cuanto
era necesario al culto Divino, y para las vestiduras sagradas. 22 Hombres y mujeres presentaron sus ajorcas y
zarcillos [7], sortijas y brazaletes; toda alhaja de oro fue
puesta aparte para ser ofrecida al Señor. 23 Los que tenían
jacinto, púrpura y grana dos veces teñida, lino fino y pelo
de cabras, pieles de carneros teñidas de rojo, o también
moradas, 24 metales de plata y de cobre, los ofrecieron al
Señor, con maderas de setim, para emplearlo en varios
usos.

25 Además de esto, mujeres industriosas que habían
hilado [8], dieron sus hilados de color de jacinto, de púrpura, de escarlata, de lino fino, 26 de pelo de cabras, aprontándolo todo de su propia voluntad. 27 Los príncipes o
principales señores [9] ofrecieron por su parte las piedras
oniquinas y demás pedrería para el efod y el pectoral, 28 y
especies aromáticas, y aceite para mantener las lámparas,
y para confeccionar el ungüento u óleo de unción, y com-

poner el perfume de olor suavísimo. 29 Todos, así hombres
como mujeres, ofrecieron con devoto corazón sus donati-
vos para la ejecución de las obras, que Dios había manda-
do por medio de Moisés. Todos los hijos de Israel consa-
graron al Señor voluntariamente sus dones [10].

Beseleel y Ooliab

30 Dijo también Moisés a los hijos de Israel: Sabed que el
Señor ha nombrado en particular a Beseleel hijo de Uri,
nieto de Hur [11], de la tribu de Judá. 31 Y le ha llenado del
espíritu de Dios [12], de saber, y de inteligencia, y de ciencia,
y de toda maestría, 32 para inventar y ejecutar toda suerte
de labores en oro, y en plata, y en bronce, 33 y en entalle de
piedras, y en obras de carpintería; y ha infundido en su co-
razón todo cuanto se puede imaginar de artificioso. 34 Y le
ha dado por compañero a Ooliab [13], hijo de Aquisamec, de
la tribu de Dan; 35 llenando a ambos de sabiduría para eje-
cutar las artes de carpintero, de tapicero y de bordador; y
tejer toda suerte de telas de color de jacinto, y de púrpura,
y de grana dos veces teñida, y de lino fino, y para inventar
de nuevo las cosas que hicieren al caso [14].

Lo que Dios manda y lo que Israel hace

Obra	Dios lo manda (25 – 31)	Israel lo hace (35 – 40)
Ofrenda del pueblo	25,1-9	35,4-29; 36,3-7
Beseleel y Ooliab	31,1-11	35,30 – 36,2
El sábado	31,12-17 (al final)	35,1-3 (al principio)
Cortinas y tablones	26,1-30	36,8-34
Velo y cortina	26,31-37	36,35-38
Arca y propiciatorio	25,10-22	37,1-9
Mesa y candelero	25,23-40	37,10-24
Altar del incienso, óleo	30,1-10.22-38	37,25-29
Altar y pila de bronce	27,1-8; 30,17-21	38,1-8
Atrio	27,9-19	38,9-20
Plata del rescate	30,11-16	38,25-28
Vestiduras sagradas	28,1-43	39,1-30
Unción y erección	29; 30,26-30; 40,1-13	39,31 – 40,33 (la consagración, en Lv 8)

Los capítulos 35-40 repiten casi palabra por palabra los capítulos 25-31: lo que Dios dijo «harás», Israel «lo hizo», y el estribillo «como el Señor había mandado a Moisés» lo subraya. El orden cambia: las instrucciones empiezan por el arca, lo más santo; la obra, por la tienda, y el Talmud lo explica con una anécdota de Beseleel (Berajot 55a). El sábado enmarca toda la obra, y entre las instrucciones y su cumplimiento está el pecado del becerro (32-34): la morada se construye después del perdón.

PAUSA

1. El pueblo dio «de buen corazón». ¿Das a Dios y a los demás con alegría, o por obligación?
2. Beseleel recibió del Espíritu un talento para el arte. ¿Qué talento tuyo podrías poner al servicio de Dios y de tu comunidad?

Para orar. *Espíritu Santo, que llenaste de sabiduría a Beseleel, haz de mis manos y de mis talentos un instrumento para tu gloria.*

36

Más de lo necesario

La obra comienza con una escena sorprendente: los artesanos tienen que pedir a Moisés que el pueblo deje de traer ofrendas, porque sobra (vv. 1-7). Después, el relato repite casi palabra por palabra las instrucciones del capítulo 26: las cortinas de lino, las cubiertas de pelo de cabra y de pieles, los tablones de acacia con sus basas de plata (vv. 8-34), y los dos velos (vv. 35-38). La repetición no es descuido: muestra que todo se hizo exactamente como Dios mandó. Pero el orden cambia: Dios empezó por el arca, lo más santo; los constructores empiezan por la tienda.

Más de lo necesario

1 Beseleel, pues, Ooliab y todos los maestros, a quienes dio
el Señor sabiduría e inteligencia [1] para saber fabricar con
arte las cosas necesarias al uso del santuario, pusieron ma-
nos a la obra, para ejecutar cuanto el Señor había manda-
do. 2 Y así Moisés, habiéndolos llamado, e igualmente a to-
dos los otros artífices peritos a los cuales el Señor había
dado inteligencia y que se habían ofrecido de suyo a traba-
jar en la obra,

3 les entregó todas las ofrendas de los hijos de Israel. Mien-
tras estaban ellos empleados en sus labores, el pueblo to-

dos los días por la mañana proseguía ofreciendo dones [2].
[4] Por lo cual los artífices se vieron precisados a venir [5] a
Moisés y decirle: El pueblo da mucho más de lo
necesario [3]. [6] Con eso mandó publicar Moisés a voz de
pregonero: Ni hombre ni mujer ofrezca ya más [4] para la
fábrica del santuario. Y así cesaron de ofrecer dones,
[7] visto que los ofrecidos bastaban, y aun sobraban [5].

Las cortinas y los tablones

[8] Todos los hombres, pues, de talento y habilidad [6] para
las obras del Tabernáculo hicieron diez cortinas de lino
fino retorcido, de color de jacinto, de púrpura, de grana
dos veces teñida, con varias labores y bordaduras [7]. [9] Cada
cortina tenía de largo veintiocho codos y cuatro de
ancho [8]; todas las cortinas eran de una medida. [10] Y unió
Beseleel cinco de estas cortinas la una con la otra, y del
mismo modo las otras cinco. [11] Para lo que hizo cincuenta
presillas o cordones de color de jacinto en la orilla de una
cortina por ambos lados, y lo mismo en la orilla de la otra
cortina, [12] de manera que confrontasen las presillas una
con otra, y recíprocamente se enlazasen. [13] A este fin fun-
dió también cincuenta sortijas de oro, en las que trabasen
las presillas de las cortinas, las cuales formaran así un solo
Tabernáculo o pabellón.

[14] Hizo asimismo once cubiertas de pelos de cabra [9] para
cubrir el techo del Tabernáculo. [15] Cada cubierta tenía

treinta codos de largo y cuatro de ancho; todas las cubiertas eran de una misma medida. 16 Cinco de las cuales unió en una pieza, y las otras seis en otra. 17 E hizo cincuenta presillas en la orilla de una cubierta, y otras cincuenta en la orilla de la otra, para unirlas entre sí. 18 Hizo además cincuenta hebillas de bronce con que se trabasen; de suerte que de todas las cubiertas se hiciese una sola. 19 Otra cubierta del Tabernáculo la hizo de pieles de carneros teñidas de rojo, y otra sobrecubierta de pieles de color de jacinto o moradas [10].

20 Hizo también de madera de setim [11] los tablones para el Tabernáculo, que debían colocarse de pie, unidos entre sí. 21 Cada uno tenía diez codos de largo y codo y medio de ancho. 22 Dos encajes había en cada tablón para trabarse uno con otro. Todos los tablones del Tabernáculo estaban dispuestos de la misma suerte. 23 De los cuales veinte estaban a la parte meridional, hacia el Austro, 24 sobre cuarenta basas de plata. Poníanse dos basas debajo de cada tablón a sus dos esquinas, donde terminan los encajes en los ángulos de los lados. 25 En la misma forma por la parte del Tabernáculo que mira al Aquilón, plantó veinte tablones, 26 sobre cuarenta basas de plata, dos por cada tablón. 27 Pero al occidente, esto es, a la parte del Tabernáculo que mira hacia el mar, fijó seis tablones, 28 con otros dos a las dos esquinas, detrás del Tabernáculo; 29 los cuales de abajo

arriba estaban unidos, y venían a formar como una pared firme. Lo mismo hizo en las esquinas de los dos lados. 30 De modo que en todo eran ocho los tablones, asentados sobre dieciséis basas de plata, es a saber, a dos basas por tablón.

31 Hizo asimismo cinco travesaños de madera de setim, a fin de asegurar y mantener unidos los tablones en un lado del Tabernáculo, 32 y otros cinco para asegurar y mantener unidos los del otro lado; y fuera de éstos, otros cinco travesaños a la parte occidental del Tabernáculo hacia el mar. 33 Hizo también otro travesaño, que por medio de los tablones cogía de una esquina a otra. 34 Estas mismas paredes de tablones las cubrió de planchas de oro, haciendo de fundición sus basas de plata. Hizo también de oro las argollas por donde habían de pasar los travesaños; los que asimismo cubrió con chapas de oro.

Los velos

35 También hizo el velo [12] de color de jacinto y de púrpura, y de grana, de un lino fino retorcido, tejido todo con variedad de colores y diversos recamos, 36 y cuatro columnas de madera de setim; las cuales y sus capiteles cubrió de oro, habiendo fundido de plata sus basas. 37 Hizo además para la entrada del Tabernáculo un velo de color de jacinto, de púrpura, de grana, y tejido de lino fino retorcido, obra de bordador; 38 y para sostenerle, cinco columnas con sus capiteles, que cubrió de oro, vaciando de bronce sus basas.

¿Sabías que?

Torres Amat llama «fábrica del santuario» a su construcción (36,6), con una palabra que viene del latín fabrica, «taller» u «obra». En la tradición de la Iglesia, la «fábrica» de un templo es tanto la obra material como los bienes destinados a construirlo y mantenerlo, y el encargado era el «obrero mayor». En Roma, la oficina que cuida de la basílica de San Pedro se llama todavía la Fábrica de San Pedro (Fabbrica di San Pietro), creada en el siglo XVI, cuando se construía la basílica actual.

PAUSA

1. Moisés tuvo que frenar la generosidad del pueblo. ¿Qué te impide a ti dar con esa libertad?
2. Los artesanos «se habían ofrecido de suyo». ¿Hay algún servicio en tu parroquia o comunidad para el que podrías ofrecerte?

Para orar. *Señor, que todo lo que tengo y todo lo que hago sirva para construir tu casa.*

37

El arca, la mesa y el candelero

Beseleel fabrica los objetos del interior de la morada, de dentro hacia fuera: el arca con el propiciatorio y los querubines (vv. 1-9), la mesa de los panes (vv. 10-16), el candelero de siete brazos (vv. 17-24) y el altar del incienso, con el óleo y el perfume (vv. 25-29). Es la repetición casi literal de 25,10-40 y de 30,1-5.22-38. Lo nuevo es el sujeto: lo que Dios dijo «harás», ahora «lo hizo Beseleel». Y con su nombre, «a la sombra de Dios», empieza el capítulo del arca, sobre la que los querubines extienden la sombra de sus alas.

El arca y el propiciatorio

1 Fabricó también Beseleel de madera de setim el arca [1], la
cual tenía dos codos y medio de largo, codo y medio de an-
cho y codo y medio también de alto; y la cubrió por dentro
y por fuera de oro purísimo. 2 Le formó alrededor una cor-
nisa de oro, 3 y en sus cuatro esquinas puso cuatro anillos
de oro fundido. 4 Hizo asimismo unas varas de madera de
setim, que cubrió de oro, 5 y las metió por los anillos, pues-
tos en los costados del arca, para transportarla.

6 E hizo igualmente el propiciatorio, esto es, el oráculo [2],
formado de oro purísimo, de dos codos y medio de largo y

codo y medio de ancho. 7 Labró también de oro a martillo
dos querubines [3], los cuales puso a los dos lados del propi-
ciatorio: 8 Un querubín a la extremidad de un lado, y el
otro querubín a la extremidad del otro lado; ambos queru-
bines en las extremidades más altas del propiciatorio,
9 con las alas extendidas, y cubriendo con ellas el propicia-
torio, mirándose uno a otro, y también al propiciatorio [4].

La mesa y el candelero

10 Además de esto hizo la mesa [5] de maderas de setim de
dos codos de largo, uno de ancho y codo y medio de alto;
11 y la cubrió toda de oro purísimo, y le hizo alrededor una
cornisa de oro, 12 y sobre la cornisa una guirnalda de oro
entretallada, de cuatro dedos, y sobre ésta otra pequeña
guirnalda de oro. 13 Fundió también cuatro anillos de oro,
que puso en las cuatro esquinas a los cuatro pies de la
mesa, 14 debajo de la cornisa, y metió por ellos las varas
para poder llevarla. 15 Estas varas las hizo también de ma-
dera de setim, y las cubrió de oro. 16 Además para diversos
usos de la mesa hizo de oro acendrado tazas, pilas, copas,
navetas y los vasos para ofrecer las libaciones.

17 Hizo también el candelero de oro purísimo [6], trabajado
a martillo; de cuyo tronco salían los brazos, con los vasi-
tos, globitos y lirios. 18 Seis brazos salían en todo, tres por
un lado y tres por otro. 19 Había en un brazo tres vasitos en
forma de nuez [7], con sus correspondientes globitos y li-

rios; y otros tres vasitos en forma de nuez, igualmente con sus globitos y lirios en cada otro brazo. La labor era igual en los seis brazos que salían del tronco del candelero. 20 En el mismo astil del candelero había cuatro vasitos a manera de nuez, cada uno con su globito y su lirio. 21 Había también un globito debajo de cada dos brazos, de los seis que salían del mismo tronco, tres globitos en tres lugares. 22 En suma, tanto los globitos como los ramos salían del candelero mismo; todo ello labrado a martillo, y de oro purísimo. 23 Finalmente hizo siete lamparillas [8] con sus despabiladeras, y las cazoletas donde se apagasen los pabilos, todo también de oro finísimo. 24 Un talento de oro pesaba el candelero con todos sus instrumentos.

El altar de los perfumes

25 Hizo además de madera de setim el altar de los perfumes [9], que tenía un codo en cuadro y dos de alto; de cuyas esquinas salían cuatro puntas o remates. 26 Y le cubrió de oro purísimo, como igualmente a su rejilla, y los costados y las puntas. 27 Y lo ciñó de una cornisa de oro, poniendo debajo de la cornisa, en cada lado, dos anillos de oro para meter por ellos las varas con que se pudiese transportar. 28 Hizo estas varas de madera de setim, y las cubrió con planchas de oro. 29 En fin, dispuso la confección del óleo para las unciones de consagración [10], y el incienso de exquisitos aromas, según arte de perfumería.

¿Sabías que?

En el Foro Romano se alza el Arco de Tito, levantado poco después de la muerte del emperador, en el año 81, para celebrar la conquista de Jerusalén del año 70. Uno de sus relieves muestra a los soldados romanos llevando en procesión el botín del templo: la mesa de los panes, las trompetas de plata y el gran candelero de siete brazos. Es una de las pocas imágenes antiguas de los objetos del templo, y la menorá de ese relieve sirvió de modelo para el emblema del Estado de Israel, adoptado en 1949.

PAUSA

1. El arca, la mesa, el candelero y el altar del incienso hablan de la palabra, el pan, la luz y la oración. ¿Cuál de los cuatro falta más en tu vida?
2. ¿Qué lugar ocupan en tu jornada la oración de la mañana y la de la tarde?

Para orar. *Suba mi oración como incienso en tu presencia, Señor, y mis manos alzadas como ofrenda de la tarde.*

38

El altar, el atrio y las cuentas

Beseleel termina las piezas del exterior: el altar de los holocaustos (vv. 1-7), la concha de bronce, hecha con los espejos de las mujeres (v. 8), y el atrio con sus cortinas y columnas (vv. 9-20). Después viene algo que no estaba en las instrucciones: un inventario con las cuentas del oro, la plata y el bronce empleados (vv. 21-31). Las cifras son enormes, y el texto de la Vulgata no coincide del todo con el hebreo. Pero el sentido es claro: la casa de Dios se construyó con transparencia, y de cada siclo se dio cuenta.

El altar y la concha

1 Fabricó asimismo Beseleel de madera de setim el altar de
los holocaustos [1], el cual tenía cinco codos en cuadro y
tres de alto, 2 de cuyas cuatro esquinas salían cuatro pun-
tas y le cubrió con láminas de bronce. 3 Y para el servicio
de este altar hizo diversos instrumentos de cobre, calde-
ras, tenazas, tridentes, garfios y braseros; 4 una rejilla de
bronce, a modo de red, y debajo de ella en el centro del al-
tar una hornilla; 5 fundiendo cuatro anillos en las cuatro
esquinas de la rejilla para meter las varas con que se ha de
llevar; 6 las cuales hizo de madera de setim, cubriéndolas
con láminas de bronce; 7 y las metió por los anillos que so-

bresalían en los lados del altar. Formado éste de tablas, no era macizo, sino cóncavo y vacío por dentro.

8 Fabricó también la concha de bronce con su basa, y la hizo de los espejos de acero [2], que ofrecieron las piadosas mujeres que hacían la vela en la puerta del Tabernáculo [3].

El atrio

9 Formó después el atrio [4], en cuyo lado meridional había cortinas tiradas por espacio de cien codos, tejidas de torzal de hilo fino, 10 colgadas en veinte columnas de bronce con sus basas, siendo de plata los capiteles de las columnas y todas las molduras. 11 Del mismo modo en la parte septentrional, las cortinas, las columnas, las basas y los capiteles de las columnas eran de igual medida, labor y metal. 12 Pero en la parte occidental las cortinas solamente cogían cincuenta codos, afianzadas en diez columnas que tenían sus basas de bronce; y los capiteles de las columnas con todas las molduras eran de plata. 13 Por la parte que mira al oriente puso cortinas por espacio de cincuenta codos, 14 con las cuales se ocupaban quince codos, por un lado, en tres columnas con sus basas, 15 y otros quince codos por el otro lado, con otras tantas columnas y basas; porque en medio de los dos lados hizo la entrada para el Tabernáculo. 16 Todas las cortinas del atrio estaban tejidas de lino fino retorcido. 17 Las basas de las columnas eran de bronce;

sus capiteles con todas las molduras de plata; y aun las mismas columnas del atrio las cubrió también de plata.

18 Y para la entrada de éste hizo un velo o cortinón bordado de color de jacinto, de púrpura, de escarlata y de torzal de lino fino; que tenía veinte codos de largo y cinco de alto, conforme a la medida de todas las demás cortinas del atrio. 19 Pero las columnas de dicha entrada eran cuatro, con sus basas de bronce y sus capiteles de molduras de plata. 20 Las estacas o clavazón del Tabernáculo, y del atrio que lo cercaba, las hizo también de bronce.

Las cuentas del santuario

21 Estas son las cosas de que se componía el Tabernáculo del Testimonio [5], que fueron inventariadas de orden de Moisés, y consignadas a los levitas por mano del sacerdote Itamar, hijo de Aarón. 22 Las cuales trabajó Beseleel, hijo de Uri, nieto de Hur, de la tribu de Judá, mandándoselo el Señor por Moisés [6]; 23 y teniendo por compañero a Ooliab, hijo de Aquisamec, de la tribu de Dan, que fue asimismo excelente escultor y bordador, y recamador en jacinto, en púrpura, escarlata y lino fino.

24 Todo el oro empleado en la fábrica del santuario, y ofrecido entre los dones, ascendió a veintinueve talentos y setecientos treinta siclos [7], según el peso del santuario. 25 Los que lo ofrecieron fueron los de veinte años arriba,

esto es, seiscientos tres mil quinientos cincuenta hombres [8] de armas tomar. [26] Además de esto se contaron cien talentos de plata, de que se fundieron las basas de las columnas del santuario, y de la entrada, donde está pendiente el velo. [27] Cien basas se hicieron de los cien talentos [9], a talento por basa. [28] De mil setecientos setenta y cinco siclos de plata hizo los capiteles de las columnas, y cubrió éstas de plata.

[29] También fueron ofrecidos dos mil setenta talentos de cobre [10], y además cuatrocientos siclos; [30] de que se fundieron las basas de las columnas que están a la entrada del Tabernáculo del Testimonio, y el altar de bronce con su rejilla, y todos los instrumentos concernientes al servicio de éste, [31] y las basas de las columnas que hay en el atrio, tanto en su ámbito como en la entrada, y todas las estacas del Tabernáculo y del atrio alrededor.

¿Sabías que?

El medio siclo de 30,13, con el que se pagó la plata de la morada, se convirtió en un impuesto anual para el templo de Jerusalén. En tiempos de Jesús se pagaba con una moneda de dos dracmas, y por eso Mateo cuenta que los recaudadores preguntaron a Pedro si su maestro pagaba «la didracma»; Jesús lo pagó con la moneda que Pedro encontró en la boca de un pez (Mt 17,24-27). Todavía hoy muchos judíos dan, en vísperas de la fiesta de Purim, unas monedas «en recuerdo del medio siclo».

PAUSA

1. Las mujeres dieron sus espejos. ¿A qué «espejo» de vanidad te cuesta renunciar?
2. La morada se construyó con cuentas claras. ¿Eres transparente en el uso de los bienes que se te confían?

Para orar. *Señor, purifícame en el agua de tu gracia, y haz de mi vida una ofrenda sin doblez.*

39

Las vestiduras sagradas

Se hacen las vestiduras del sumo sacerdote: el efod, el pectoral con las doce piedras, la túnica con granadas y campanillas, las túnicas, mitras y calzoncillos, y la lámina de oro con la inscripción «La santidad al Señor» (vv. 1-30). Es la ejecución del capítulo 28. Una frase lo marca como un estribillo: «según había mandado el Señor a Moisés», siete veces en treinta versículos. Después, el pueblo presenta a Moisés toda la obra terminada, pieza por pieza; Moisés la ve, comprueba que se ha hecho como Dios mandó y bendice a los que la hicieron (vv. 31-43), como Dios vio y bendijo su creación.

Las vestiduras del sumo sacerdote

1 Hizo todavía (Beseleel) de jacinto, de púrpura, de escarlata y de lino fino las vestiduras con que se había de vestir
Aarón al tiempo de ejercer sus funciones en el Santuario,
según mandó el Señor a Moisés [1]. 2 Hizo, pues, el efod de
oro, de jacinto, de púrpura, y de grana dos veces teñida, y
de lino retorcido, 3 siendo el todo un tejido de varios colores y cortó hojas de oro muy delgadas, que redujo a hilos
de oro [2], de modo que pudiesen entrar en el tejido de los
otros hilos de los varios colores ya dichos. 4 Hizo en él dos
aberturas, que se cerraban sobre los dos hombros, 5 y un

cinturón de los mismos colores, como tenía el Señor mandado a Moisés. 6 Dispuso también dos piedras oniquinas,
afianzadas y engastadas de oro, y grabados en ellas, según
arte de lapidario, los nombres de los hijos de Israel [3]. 7 Y
las colocó en los dos lados del efod para memoria de los hijos de Israel, según había el Señor ordenado a Moisés.

8 Igualmente hizo el pectoral, tejido como el efod, con una
mezcla de hilos de oro, de jacinto, de púrpura, y de grana
dos veces teñida, y de lino fino retorcido; 9 cuya forma era
cuadrangular [4], el paño era doblado y de la medida de un
palmo. 10 Y puso en él cuatro hileras de piedras
preciosas [5]: en la primera estaba el sardio o granate, el topacio y la esmeralda; 11 en la segunda el rubí, el zafiro y el
jaspe; 12 en la tercera el ópalo, la ágata y la amatista; 13 en la
cuarta el crisolito, el ónix o cornerina y el berilo: ceñidas
estas piedras y engastadas en oro cada una en su sitio.
14 Estas doce piedras tenían esculpidos los nombres de las
doce tribus de Israel: un nombre en cada piedra [6].

15 En el pectoral pusieron también dos cadenillas de oro finísimo, enlazadas entre sí, 16 y dos broches y otras tantas
sortijas de oro; las sortijas se pusieron a los dos lados del
pectoral, 17 de las cuales colgaban las dos cadenitas de oro,
prendidas en los broches que sobresalían en las puntas del
efod. 18 Ambas así por delante como por detrás se ajustaban de tal suerte que el efod y el pectoral quedaban mu-

tuamente enlazados, [19] apretados con el cinturón, y estrechamente atados con las sortijas, por medio de un cordón de jacinto, para que no se soltasen, ni se desprendiesen uno de otro, como se lo mandó el Señor a Moisés.

[20] La túnica del efod la hicieron asimismo toda en jacinto, [21] con un cabezón o abertura arriba en el medio, y una orla tejida alrededor del cabezón; [22] en lo bajo, hacia los pies, unas granadas hechas de color de jacinto [7], de púrpura, de escarlata, y de lino fino retorcido, [23] y campanillas de oro purísimo, las que pusieron entre las granadas por todo el ruedo de la túnica, [24] y entremezcladas una campanilla de oro y una granada: de este adorno iba revestido el sumo sacerdote en las funciones de su ministerio, según lo había mandado el Señor a Moisés.

[25] Hicieron asimismo otras túnicas de lino fino, tejidas, para Aarón y sus hijos, [26] y mitras también de lino fino con sus coronitas, [27] y calzoncillos de lo mismo; [28] además el ceñidor de lino fino retorcido, de jacinto, de púrpura, de grana dos veces teñida, con varios recamos, según tenía el Señor ordenado a Moisés.

[29] Hicieron finalmente la lámina de sagrada veneración, de oro acendradísimo, y grabaron en ella con buril de lapidario: LA SANTIDAD AL SEÑOR [8]. [30] Y la ajustaron a la tiara con una cinta de jacinto, según había ordenado el Señor a Moisés.

La obra terminada

31 De esta manera quedó concluida toda la fábrica [9] del Tabernáculo y del techo o tienda del Testimonio; e hicieron
los hijos de Israel todas las cosas que el Señor había ordenado a Moisés; 32 y presentaron a Moisés todos los
materiales [10] para el Tabernáculo y su techo, y todos los
utensilios, anillos, tablas, varas, columnas y basas, 33 la cubierta de pieles de carnero teñidas de rojo, y otra sobrecubierta de pieles de jacinto o moradas, 34 el velo, el arca con
sus varas, el propiciatorio, 35 la mesa con sus vasos, y panes de la proposición, 36 el candelero, las lámparas y todo
lo de su uso, con el aceite, 37 el altar de oro, el óleo de las
consagraciones y el incienso de los perfumes, 38 el velo de
la entrada del Tabernáculo, 39 el altar de bronce con su rejilla y varas, y todos sus instrumentos, la concha con su
basa, las cortinas del atrio y las columnas con sus basas;
40 el velo o cortinón de la entrada del atrio, sus cuerdas y
estacas. Nada faltó de las cosas que se mandaron hacer
para el servicio del Tabernáculo y del pabellón o Santuario
de la alianza.

41 También las vestiduras de que usan los sacerdotes en el
santuario, es a saber, Aarón y sus hijos, 42 fueron presentadas por los hijos de Israel, según que Dios lo tenía ordenado. 43 Las cuales cosas luego que Moisés las vio todas enteramente acabadas, los llenó de bendiciones [11].

¿Sabías que?

El libro de la Sabiduría dice que sobre la vestidura del sumo sacerdote «estaba el mundo entero» (Sab 18,24), y el historiador judío Flavio Josefo, en el siglo I, explicó cada parte como un símbolo del universo: el lino, la tierra; el azul, el cielo; las granadas, los relámpagos; las campanillas, el trueno; las doce piedras, los meses del año o los signos del zodíaco (Antigüedades judías III,7,7). El sumo sacerdote entraba en el santuario revestido del cosmos, como si toda la creación entrara con él a dar culto a Dios.

PAUSA

1. El sumo sacerdote llevaba los nombres de las tribus sobre los hombros y sobre el corazón. ¿A quiénes llevas tú así en tu oración?
2. «La santidad al Señor»: ¿qué parte de tu vida ordinaria podrías consagrarle hoy?

Para orar. *Señor, escribe tu santidad en mi frente y los nombres de mis hermanos en mi corazón.*

40

La gloria llena la morada

El libro termina con un comienzo: el primer día del año. Dios manda erigir la morada, ungirla y consagrar a los sacerdotes (vv. 1-15); Moisés lo hace todo, pieza por pieza, «como el Señor le había mandado» (vv. 16-33). Entonces la nube cubre la tienda y la gloria del Señor la llena, tanto que ni siquiera Moisés puede entrar (vv. 34-35). Los últimos versículos miran hacia el camino: desde ahora, la nube sobre la morada guiará a Israel por el desierto (vv. 36-38). El Dios que sacó a su pueblo de la esclavitud habita ya en medio de él.

Las órdenes del Señor

1 Entonces habló el Señor a Moisés, diciendo: 2 En el primer mes, el día primero [1] erigirás el pabellón o el Tabernáculo del Testimonio, 3 y pondrás en él el arca, y extenderás el velo delante de ella; 4 y entrada dentro de la mesa [2], pondrás encima, por su orden, las cosas que se habían dispuesto. Colocarás después el candelero con sus lámparas, 5 y el altar de oro, en que ha de quemarse el incienso delante del arca del Testamento. A la entrada del Tabernáculo pondrás un velo, 6 y adelante de éste colocarás el altar de los holocaustos; 7 la concha del lavatorio, la cual llenarás

de agua, estará entre el altar y el Tabernáculo. [8] Y pondrás cortinas alrededor del atrio y su entrada.

[9] Y tomando el óleo de santificación ungirás el Tabernáculo [3] y las cosas de su uso, para que sean santificadas; [10] el altar de los holocaustos y todos sus instrumentos; [11] la concha con su basa: todo lo has de consagrar con el óleo destinado a la santificación o consagración, a fin de que todas sean cosas santísimas.

[12] Harás venir después a Aarón y a sus hijos a las puertas del Tabernáculo del Testimonio; y después que estén lavados con el agua, [13] los revestirás de los ornamentos sagrados para que sean mis ministros; y será su unción para sacerdocio sempiterno [4].

Moisés erige la morada

[16] E hizo Moisés todo cuanto el Señor le había mandado [5]. [17] Y así el primer mes del año segundo, en el día primero, fue erigido el Tabernáculo [6]. [18] El cual alzó Moisés, poniendo los tablones y las basas y travesaños, y asentando las columnas, [19] y extendiendo la cubierta sobre el Tabernáculo, sobrepuestas las otras cubiertas, como el Señor tenía ordenado [7].

[20] Puso también el Testimonio o las tablas de la Ley en el arca [8], cubriéndola con el propiciatorio, y metiendo por debajo las varas. [21] Y colocada el arca dentro del Taber-

náculo, colgó delante de ella el velo, en cumplimiento del precepto del Señor. 22 Fuera del velo puso la mesa en el Tabernáculo del Testimonio, a la parte septentrional, 23 puestos por orden delante del Señor los panes de la proposición, como tenía el Señor ordenado a Moisés. 24 Asimismo puso el candelero en el Tabernáculo del Testimonio, enfrente de la mesa, a la parte meridional, 25 colocadas por su orden las lámparas, conforme al mandato del Señor.

26 El altar de oro le puso también dentro del Tabernáculo del Testimonio, delante del velo; 27 y quemó sobre él el incienso de aromas, según tenía el Señor mandado a Moisés. 28 Puso igualmente el velo a la entrada del Tabernáculo del Testimonio; 29 en cuyo atrio sentó el altar del holocausto, donde ofreció holocausto y sacrificios, según la disposición del Señor.

30 Colocó también la concha del lavatorio entre el Tabernáculo del Testimonio y el altar del holocausto, y la llenó de agua. 31 Y Moisés y Aarón y los hijos de éste lavaron sus manos y pies [9], 32 al entrar en el Tabernáculo de la Alianza y llegarse al altar, conforme lo había mandado el Señor a Moisés. 33 Finalmente, alrededor del Tabernáculo y del altar erigió el atrio, a cuya entrada puso un velo o cortinón. Concluidas todas estas cosas [10],

La gloria del Señor

34 una nube cubrió el Tabernáculo del Testimonio [11], y
quedó todo lleno de la gloria del Señor. 35 Ni podía Moisés
entrar [12] en el Tabernáculo de la Alianza, cubriendo como
cubría la nube todas las cosas, y brillando por todas partes
la majestad del Señor: todo lo cubría la nube.

36 Y siempre y cuando la nube se retiraba del Tabernáculo,
marchaban los hijos de Israel [13] por escuadrones o ban-
das. 37 Si la nube se quedaba encima parada, hacían alto en
aquel mismo sitio. 38 Porque la nube del Señor entre día
cubría el Tabernáculo, y por la noche aparecía allí una
llama [14], a vista de todo el pueblo de Israel en todas sus es-
tancias.

¿Sabías que?

La palabra «tabernáculo», con la que Torres Amat nombra la morada, sigue viva en las iglesias: así se llama también el sagrario, donde se reserva la Eucaristía. Tradicionalmente se cubría con un velo, el conopeo, que evocaba la tienda, y junto a él debe arder siempre una lámpara (Código de Derecho Canónico, c. 940), heredera de la que ardía en la morada «desde la tarde hasta la mañana» (27,21). El Catecismo pide que el sagrario esté en un lugar digno, que favorezca la adoración del Señor realmente presente (n. 1183).

El Éxodo en el Nuevo Testamento

En el Éxodo	En el Nuevo Testamento
El faraón manda matar a los niños hebreos; Moisés se salva (1,22 – 2,10)	Herodes manda matar a los niños de Belén; Jesús se salva (Mt 2,13-18)
«Israel es mi hijo primogénito» (4,22); Dios lo saca de Egipto	«De Egipto llamé a mi hijo» (Mt 2,15, citando Os 11,1)
El cordero pascual, sin quebrarle ningún hueso (12,46)	«Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmolado» (1 Cor 5,7; Jn 19,36)
El paso del mar bajo la nube (14)	El bautismo (1 Cor 10,1-2)
Cuarenta años en el desierto (16,35); cuarenta días de Moisés en el monte (24,18)	Cuarenta días de Jesús en el desierto (Mt 4,1-11)
El maná, pan del cielo (16)	«Yo soy el pan de vida» (Jn 6,31-35.48-51)
El agua de la roca (17,6)	«La roca era Cristo» (1 Cor 10,4); el agua viva (Jn 7,37-39)
Moisés recibe la Ley en el monte (19 – 20)	Jesús enseña en el monte: «oísteis que se dijo… pero yo os digo» (Mt 5,1.21-48)
«Esta es la sangre de la alianza» (24,8)	«Esta es mi sangre de la alianza» (Mc 14,24; Heb 9,18-20)
Moisés intercede y se ofrece por el pueblo (32,32)	Cristo vive para interceder por nosotros (Heb 7,25)
El rostro radiante de Moisés y el velo (34,29-35)	La Transfiguración: Moisés habla del «éxodo» de Jesús (Lc 9,29-31)
La nube cubre la morada y la gloria la llena (40,34-35)	«Te cubrirá con su sombra» (Lc 1,35); «puso su tienda entre nosotros» (Jn 1,14)

«Todo esto les sucedía en figura, y fue escrito para escarmiento nuestro» (1 Cor 10,11). Esta lectura tipológica no anula el valor propio del Antiguo Testamento (Catecismo, nn. 128-130).

PARA PROFUNDIZAR

La gloria que llena la morada

El Éxodo puede leerse como el viaje de la gloria de Dios. Al salir de Egipto, el Señor camina delante de su pueblo en una columna de nube y de fuego (13,21); en el mar, la nube se interpone entre Israel y los egipcios (14,19-20); en el desierto, la gloria aparece en la nube cuando el pueblo murmura por el pan (16,10); en el Sinaí, la nube cubre el monte y la gloria se posa sobre él como un fuego devorador (24,15-17); después del becerro, la nube baja a la puerta de la tienda donde Moisés habla con Dios (33,9). Ahora, en el último capítulo, la nube cubre la morada y la gloria la llena (40,34). La palabra hebrea kabod significa «peso»: la gloria es la realidad imponente de Dios que se hace perceptible. La nube la revela y la oculta a la vez. Así se cumple lo que Dios había prometido al empezar las instrucciones: «me fabricarán un santuario, y habitaré en medio de ellos» (25,8). El libro que empezó con Israel construyendo ciudades para el faraón (1,11) termina con Israel construyendo una casa para su Dios: del servicio al opresor al servicio del Señor.

El verbo hebreo de esa promesa es shakán, «habitar» o «acampar», y de él viene mishkán, «morada». Siglos después, los rabinos formaron con la misma raíz una palabra que no está en la Biblia: shejiná, la «presencia» o «inhabitación» de Dios. Los targumes, las traducciones arameas de la Biblia, la usan para hablar de Dios sin rebajar su trascendencia: donde el hebreo dice «habitaré en medio de ellos», el Targum de Onquelos dice «haré habitar mi Shejiná en medio de ellos» (Éx 25,8). Y el Talmud enseña, con

una imagen conmovedora, que adondequiera que Israel fue desterrado, la Shejiná fue con él (Meguilá 29a). El término es tardío, pero expresa bien lo que el Éxodo cuenta: el Dios trascendente quiere vivir en medio de su pueblo.

El Nuevo Testamento retoma estas imágenes para hablar de Cristo. Cuando el ángel anuncia a María que el poder del Altísimo «la cubrirá con su sombra» (Lc 1,35), usa el verbo con que la traducción griega describe la nube que cubría la morada (40,35). Por eso la tradición cristiana ha llamado a María «arca de la alianza», y el Catecismo dice que en ella, donde el Señor acaba de habitar, está «el lugar donde reside la gloria del Señor», «la morada de Dios entre los hombres» (n. 2676). San Juan lo dice del Verbo: «se hizo carne y puso su tienda (eskénosen) entre nosotros, y hemos contemplado su gloria» (Jn 1,14). En la Transfiguración, la gloria brilla en el rostro de Jesús, Pedro propone hacer tres tiendas, y una nube luminosa cubre a los discípulos con su sombra (Lc 9,32-34). El Catecismo ve en esa nube, como en la del Sinaí y en la de la tienda, un símbolo del Espíritu Santo (nn. 555 y 697).

La historia de la morada termina en el último libro de la Biblia. San Juan oye una voz desde el trono: «He aquí la morada (skené) de Dios con los hombres; acampará entre ellos, y ellos serán su pueblo» (Ap 21,3). En la nueva Jerusalén no hay templo, porque su templo es el Señor y el Cordero (Ap 21,22). Entre tanto, la Iglesia y cada cristiano son templo del Espíritu Santo (1 Cor 3,16; 6,19), y la presencia de Cristo en la Eucaristía, reservada en el sagrario, prolonga el misterio de la tienda en medio del campamento.

Por último, el final del Éxodo es también un comienzo. Moisés no puede entrar en la tienda llena de gloria (40,35), y queda planteada una pregunta: ¿cómo podrá un pueblo pecador acercarse a un Dios tan santo? El Levítico responde. Empieza con el Señor que llama a Moisés desde la tienda (Lv 1,1) y le da las leyes de los sacrificios y del sacerdocio; tras la consagración de los sacerdotes, la gloria se aparece a todo el pueblo (Lv 9,23-24). Los Números, por su parte, retoman la nube que guía las marchas (Nm 9,15-23) y cuentan la partida del Sinaí (Nm 10,11). El texto hebreo del Éxodo termina con la palabra «jornadas»: no con un pueblo instalado, sino con un pueblo en camino, guiado por la presencia de su Dios, de día y de noche.

PAUSA

1. La gloria de Dios llenó la tienda que el pueblo había construido. ¿Dejas espacio a Dios en tu vida, o la tienes ocupada con otras cosas?
2. La nube marcaba cuándo partir y cuándo quedarse. ¿Cómo disciernes los tiempos de Dios en tus decisiones?
3. ¿Cómo vives la presencia de Cristo en el sagrario de tu parroquia?

Para orar. *Señor, habita en medio de nosotros, y guíanos de día y de noche en nuestro camino hacia ti.*

Repaso

Preguntas para comprobar lo aprendido. Responde primero de memoria y luego toca el número para ver la respuesta.

Capítulos 1 a 6

1. ¿Cómo se llamaban las parteras que no cumplieron la orden del faraón? 1
2. ¿Qué ciudades edificaron los israelitas para el faraón? 2
3. ¿Por qué la hija del faraón llamó Moisés al niño? 3
4. ¿Cómo se llamaron los dos hijos de Moisés y Séfora? 4
5. ¿Qué nombre reveló Dios a Moisés desde la zarza? 5
6. ¿Qué señal dio Dios a Moisés de que era él quien lo enviaba? 6
7. ¿Qué tres señales recibió Moisés para que el pueblo le creyera? 7
8. ¿Quién iba a hablar al pueblo en lugar de Moisés? 8
9. ¿Cómo respondió el faraón a la primera petición de Moisés y Aarón? 9

10. ¿Cómo se llamaban los padres de Moisés y Aarón? 10

Capítulos 7 a 13

1. ¿Qué edad tenían Moisés y Aarón cuando hablaron al faraón? 1
2. ¿Qué pasó con las varas de los magos del faraón? 2
3. ¿Qué dijeron los magos cuando no pudieron producir mosquitos? 3
4. ¿Qué tierra quedó libre de las moscas, y por qué? 4
5. ¿Qué cosechas destruyó el granizo y cuáles se salvaron? 5
6. ¿Cuántos días duraron las tinieblas, y qué había donde vivían los israelitas? 6
7. ¿A qué hora anunció Moisés que el Señor recorrería Egipto? 7
8. ¿Qué día del mes se tomaba el cordero pascual, y qué día se inmolaba? 8
9. ¿Qué precepto sobre el cordero cita san Juan al narrar la muerte de Jesús? 9

10. ¿Cuántos años moraron los hijos de Israel en Egipto, según 12,40? 10

11. ¿Qué llevó Moisés consigo al salir de Egipto, para cumplir un juramento? 11

12. ¿Cómo guiaba el Señor a su pueblo de día y de noche? 12

Capítulos 14 a 20

1. ¿Qué responde Moisés al pueblo aterrado ante el ejército del faraón? 1

2. ¿Cómo reacciona el pueblo al ver a los egipcios muertos en la orilla? 2

3. ¿Qué hizo Moisés para endulzar las aguas de Mara, y qué vieron los Padres en ese gesto? 3

4. ¿De dónde viene el nombre del maná, según el texto? 4

5. ¿Por qué el sexto día había que recoger doble ración de maná? 5

6. ¿Qué ocurría en la batalla contra Amalec cuando Moisés alzaba o bajaba las manos? 6

7. ¿Qué consejo dio Jetro a Moisés? 7

8. ¿Con qué imagen recuerda Dios a Israel cómo lo sacó de Egipto, al proponerle la alianza? 8

9. ¿Con qué palabras empieza el Decálogo, antes del primer precepto? 9

10. ¿Qué motivo da el Éxodo para el descanso del sábado, y cuál el Deuteronomio? 10

Capítulos 21 a 24

1. ¿Cuántos años servía el esclavo hebreo, y qué ocurría después? 1

2. ¿Qué recibía el esclavo al que su amo le sacaba un ojo o un diente? 2

3. ¿Por qué no debía Israel oprimir al extranjero? 3

4. ¿Cuáles eran las tres fiestas en que todos los varones debían presentarse ante el Señor? 4

5. ¿Qué hizo Moisés con la sangre de los sacrificios al sellar la alianza? 5

6. ¿Cuánto tiempo permaneció Moisés en el monte? 6

Capítulos 25 a 31

1. ¿Qué se guardaba dentro del arca? 1

2. ¿Qué llevaba grabado la lámina de oro sobre la frente de Aarón? 2

3. ¿Cuánto debía pagar cada israelita en el censo, fuera rico o pobre? 3

4. ¿Quiénes fueron elegidos para dirigir las obras del santuario? 4

5. ¿Con qué estaban escritas las tablas de piedra que recibió Moisés? 5

Capítulos 32 a 34

1. ¿Con qué hizo Aarón el becerro de oro? 1

2. ¿Qué pidió Moisés a Dios si no perdonaba al pueblo? 2

3. ¿Dónde hablaba Moisés con Dios «cara a cara»? 3

4. ¿Qué vio Moisés desde la hendidura de la peña? 4

5. ¿Con qué palabras se describe Dios al pasar ante Moisés? 5

6. ¿Por qué se cubría Moisés el rostro con un velo? 6

Capítulos 35 a 40

1. ¿Quiénes dirigieron la construcción de la morada, y de qué tribus eran? 1

2. ¿Por qué tuvo Moisés que pedir al pueblo que dejara de traer ofrendas? 2

3. ¿De qué se hizo la concha o pila de bronce? 3

4. ¿Qué estaba grabado en la lámina de oro de la tiara? 4

5. ¿Qué día se erigió la morada? 5

Notas personales

Sobre esta edición

Si las notas no se abren

Las notas son comentarios estándar de PDF, las mismas «notas adhesivas» que crean Adobe Acrobat y otros programas. La mayoría de los lectores las abren al tocar el número. Si el tuyo pasa de página en lugar de abrirlas, toca justo sobre el recuadro gris o prueba una pulsación larga, y busca el panel de anotaciones del lector, donde suelen aparecer en lista. Xodo y Adobe Acrobat Reader para Android las abren con un toque.

Texto y notas

Texto bíblico: Sagrada Biblia, traducción de Félix Torres Amat (1823-1825), de dominio público, según la transcripción digital difundida en línea. Se corrigieron erratas evidentes de esa transcripción (puntuación, acentos y palabras cortadas o unidas). Los títulos de las secciones no forman parte del texto bíblico.

Los versículos siguen la numeración de la Vulgata. En muchas Biblias modernas, que siguen la numeración hebrea, 8,1-4 es 7,26-29 y 22,1 es 21,37, con el desplazamiento correspondiente en esos capítulos. La Vulgata resume en dos versículos (40,12-13) lo que el hebreo cuenta en cuatro (40,12-15): aquí faltan los números 40,14-15, y el resto del capítulo sigue la numeración hebrea (40,16 es el 40,14 de la Vulgata). Las referencias a otros libros siguen la numeración moderna: en los Salmos, Torres Amat suele ir un número por detrás.

Notas, introducciones, cuadros y preguntas: preparados para esta edición. Las citas del Catecismo de la Iglesia Católica remiten a sus números.

Tipografía: Literata y Noto Serif Hebrew (licencia OFL). Página de 114 × 152 mm, proporción 3:4, para lectores Boox.